

HESPERIA

LIBROS HISPANICOS

PLAZA LOS SITIOS, 10

ZARAGOZA

D & CL
A

T: 84959
C: 1099579



PENÚMBRA

R. BLANCO ARRILO

PENUMBRA

(POESÍAS Y RECITAS)

Manuel M. Arriola



MADRID
ESTABLECIMIENTO EDITORIAL Y DE DISTRIBUCIÓN
"LA LUNA DE MEXICO"

R. BLANCO ASENJO



PENÚMBRA

(POESÍAS Y POEMAS)



MADRID

IMPRESA DE FERNANDO CAO Y DOMINGO DE VAL
Platería de Martínez, núm. 1

1881



R. 62642

LIBRARY OF THE
BUREAU OF THE
CENSUS

ES PROPIEDAD.

PRÓLOGO.



I.

Las ilusiones son hojas del corazon, como diría Espronceda; pero tambien se ha de admitir que en este extraño árbol, jamas descrito por Linneo, los hábitos, esto es, la constante direccion de toda voluntad, de toda sávia, de toda energía, en invariables y determinados sentidos, son las ramas que á las hojas y á las ilusiones sobreviven. Los hábitos, como las ramas, tortuosos ó rectos, levantados ó caídos, son más inquebrantables y resistentes, cuanto más se han endurecido con los años.

Esta consideracion me la propongo á mí mismo como excusa. He sido periodista: ¿quién no lo ha sido alguna vez en esta última época de revueltas políticas? Hice el aprendizaje muy joven, y como el arbolillo era tierno, la torcedura que entónces se inició en el tronco, ha persistido despues endurecida por el tiempo; y hé aquí explicado por qué al comenzar este prólogo, una inveterada costumbre me impele hacia aquellos giros, fáciles por lo amanerados, con que en tantas ocasiones, se encabeza toda publicacion periódica que principia.

Después, si atentamente se considera, el prólogo de un tomo de poesías debe tener algo de manifiesto y ha de aspirar á ser casi un programa de gobierno, porque á pesar de lo mucho que se ha hablado de la república de las letras, Apolo es un verdadero rey constitucional: los poetas son sus ministros responsables; prometen un sistema que después no cumplen, en lo cual se parecen á los ministros responsables de todos tiempos.

Aparte de la verdad que hay en esto, no se puede negar tampoco que, aún en parodia, lisonjea decir: *somos gobierno*; sobre todo desde que las épocas variaron y las costumbres con ellas, no llegando, los que hoy escriben, á la cumbre de los poderes públicos por el camino de las letras, como ántes sucedía algunas veces, sinó que, por el contrario, desvanecidos por el triunfo los del campo de la política, con frecuencia invaden el terreno de las musas, alentados por los aplausos del vulgo que, en el vértigo que á los pequeños producen las alturas, confunden ignorantes las del Parnaso con las del presupuesto.

Dentro, pues, del escaso terreno que en el campo de las letras nos dejan las invasiones de los hombres de la política, se nos ha de permitir que, contaminados de los usos de éstos, hagamos á su semejanza y manera una exposicion ó *credo*, como se dice ahora, de algunas de nuestras doctrinas literarias. Pero con esta ocasion, sobre nosotros influyen, como ántes decíamos, antiguos hábitos adquiridos en la prensa diaria, de tal manera que, á dejarnos llevar de un natural impulso, ya hubiéramos encabezado las líneas de este prólogo, con aquellas titulares tan sacramentales: **LO QUE SOMOS. LO QUE QUEREMOS.**

Querer no es poder, aunque lo contrario afirme el re-

fran; pero no se puede negar que el querer es de una extension tan ilimitada, que bien pudiera considerarse á esta facultad inconmensurable, como la ventana por la que el hombre se comunica con el infinito. Los medios no corresponden siempre á la intencion, y de aquí que no en todas ocasiones se puedan cumplir todos los deseos; sin embargo, la imposibilidad de la empresa no disminuye la nobleza y elevacion del propósito. El fin sigue siendo grande aunque el esfuerzo sea insuficiente. La limitacion, léjos de negar, confirma la existencia del ideal.

Ahora bien; este ideal, vanamente perseguido, es *lo que queremos*, y la escasez de nuestras fuerzas representa *lo que somos*. Porque lo primero vale mucho y lo segundo casi nada, preferimos ocuparnos con anterioridad de lo primero. Ya lo hemos dicho: esto equivale á presentar un *programa de gobierno* que no hemos de cumplir; pero hay que resignarse, en este punto, con lo que las prácticas literarias tienen de constitucionales.

II.

Si la imágen es la expresion más adecuada á toda idea, y si de todas las imágenes, las más exactas y comprensibles son aquellas á las que dan sensibles formas las varias artes del diseño, ninguna manera más real y más propia de representar la poesía que determinar sus caracteres y diferencias, en los caracteres y diferencias del relieve, del color y del dibujo.

Bien sea que las artes, esenciales en su origen, conserven siempre comunes caracteres, vanamente disfrazan-

dos por la diversidad del procedimiento; bien que la poesía requiera plástica expresión, en cuanto en ella ha de cumplir la palabra el cometido del mármol y del lienzo, y ha de irradiar luz y producir relieve; lo cierto es que en este arte sublime, hay tres manifestaciones que corresponden á otras tres propias del arte del diseño.

La epopeya tiene toda la objetividad de la estatuaria. Los personajes épicos son figuras salientes y recortadas, faltas de color, pero llenas de exterioridad y relieve. La epopeya canta la hazaña, el mármol representa al héroe. Homero esculpe como Fidias.

Ahora bien: agrupad separadas estatuas enlazándolas en acción común sobre fondo que proyecte horizonte, y formaréis el bajo-relieve; haced que los personajes de una epopeya se muevan dentro de otro limitado horizonte, el fondo decorativo de un teatro, y produciréis el drama. Por esto, los grandes escultores de la antigüedad, más épicos que dramáticos, nos han dejado sublimes estatuas de héroes y dioses, pero no han sabido hacer del bajo-relieve esos terribles dramas con que los estáticos soñadores de la Edad Media, han decorado los zócalos de las catedrales sombrías.

Hay en las artes plásticas un momento en que la convexidad se deprime hasta fundirse en extendido plano; la profundidad desaparece; la línea, acusadora de la forma, tuerce hasta lo infinito las curvas que limitan los objetos, pero siempre sobre una misma superficie; las manchas oscuras reemplazan los huecos del relieve y la gradación de las sombras, el espacio que no existe; y entónces se crea la pintura. Hay también en poesía otro instante sublime en que toda prominencia se nivela, toda proyección es interior, todo horizonte se dilata hacia dentro, y entónces la poesía lírica aparece.

La épica nace de la contemplacion entusiasta de las luchas exteriores; la dramática, de esa misma contemplación sentida en la conciencia; la lírica, es la conciencia misma. La poesía lírica no es, pues, otra cosa que la espontánea expresion del estado del espíritu del artista al concebir y expresar cualquier sentimiento que, aunque producido por causa exterior, se asimile á su propia individualidad de tal manera que se funda en ella por completo, resultando como único y principal el sentimiento íntimo á través del elemento exterior, que le sirve de vestidura ó de pretexto. Hegel lo ha dicho: «El poeta lírico es, por sí, un mundo subjetivo cerrado, por lo cual puede confundir en sí mismo, la sensacion de lo exterior.»

De este carácter, esencialmente subjetivo del poeta lírico, se deducen las dos lógicas condiciones en que su genio se desarrolla: la *libertad* y la *personalidad*.

III.

La libertad consiste en una amplia facultad de elegir todas las formas y adoptar todos los géneros, conservando siempre el sello subjetivo. De la negacion ó el desconocimiento de esta ley, se han originado graves errores entre muchos críticos al observar no pocas veces que, sobre las limitaciones genéricas de los retóricos, ha sobrésalido la personalidad artística, produciendo una verdadera *anarquía*, apareciendo lírico dentro del drama, ó apropiándose, para la expresion de una íntima sensibilidad, las formas y moldes épicos.

Algunos, reconociendo el fenómeno, si no lo han

explicado, han enriquecido la vieja retórica con lo que se ha llamado desde entónces *géneros compuestos*: épico-lírico, lírico-dramático, etc.

«¡Palabras, palabras, palabras!» El arte es uno; en los géneros no hay fronteras. En poesía, la lírica hoy lo invade todo porque los antiguos preceptistas, que ni siquiera habían soñado con ella, se olvidaron de encasillarla y rotularla convenientemente. Bien es verdad que todo trabajo hubiera sido inútil: allá, en los comienzos del siglo XVI, en que se organizó aquella especie de artística cruzada en busca de la realidad perdida para la forma, en medio de los extravíos del idealismo religioso, al romper unos moldes para erigir otros acaso más estrechos, se convirtió á Aristóteles en una especie de legislador indiscutible, y á la poética de Horacio en un decálogo artístico sin ajustarse al cual, *nulla redemptio*. Entónces se prefijó á la lírica un hueco: el de la oda clásica. Los que esto hacían ignoraban que la cuna, adecuada cama para el niño, aplicada á la edad viril, es tormentoso lecho de Procusto.

Hoy que la lírica ha crecido, se han roto sus antiguas envolturas: apénas si quedan ya los derrotados vestigios de aquellas inclinaciones académicas que, confundiendo la ampulosidad con la elevacion, y la frialdad preceptiva con el gusto, vivían esclavas de la forma, vacías de inspiracion interior, afeitadas y compuestas como viejas ridículas que á deshora coquetean.

Pero esta libertad, que en la lírica se manifiesta como condicion primera, se relaciona, y áun casi puede decirse que se origina del carácter esencialísimo de personalidad que tambien hemos dicho la distingue. En la acepcion más general, es indudable que la expresion de la personalidad del artista es indispensable á todas sus

creaciones, en cuanto que el estilo jamás ha sido otra cosa. En pintura, en estatuaría y en literatura, los grandes artistas han tenido siempre una manera peculiar y propia de exponer la belleza por ellos concebida, y esta manera característica del genio, no es otra cosa que la personalidad artística; pero la personalidad del poeta lírico á que ahora nos referimos es aparte y distinta dentro de esta otra más general y extensiva.

La personalidad del poeta lírico no está en su estilo, ni en su peculiar manera de apreciar el arte y de sentirle, sinó en algo mucho más interno que se arraiga en sus propias condiciones individuales, hasta el extremo de reflejar en la obra producida, no sólo las cualidades elevadas de su espíritu, sinó sus errores y sus preocupaciones, sus propias caídas y sus propias debilidades. El poeta lírico es el escultor que lleva en su alma la cantera de la que esculpe sus héroes; es el pintor que tiene en sí el lienzo sobre que pinta, la conciencia, aquella *tábula rasa* de que hablaban los escolásticos; es el Ergásilo de Plauto, viviendo, como los caracoles, de su *propio jugo*, y la garza de la fábula que se nutría devorándose las entrañas. El poeta lírico es, ante todo, egoísta: para él, el centro del universo está en el Yo, y no en el sol como sospechaba Copérnico: todo cuanto á su rededor se agita se somete á la influencia de su poderosa irradiación individual; es verdaderamente un sol cuyos rayos llevan hasta los últimos límites del espacio que le rodea, los grados de su calor y la entonación de su luz, envolviendo los objetos exteriores en eflúvios que los confunden con su propia esencia y en reflejos que los asimilan á su propia personalidad.

IV.

El poeta épico se inspira en el héroe; el dramático en el hombre; el lírico en el individuo: esta gradacion que es lógica, es cronológica tambien: en la historia de la literatura el poeta lírico es el último que aparece, porque en los pueblos antiguos en que el poder social y la influencia teocrática anulaban la personalidad y oscurecían la conciencia, la poesía lírica era imposible.

Los hebreos tienen un drama: el libro de Job; y una epopeya: los libros históricos del antiguo testamento; pero en el mosaismo toda tendencia individual desaparece ante el fin político y religioso: sólo David, á título de monarca, puede cantar sus sensuales amores y sus dolorosas penitencias. Isaías, el más grande poeta de los hebreos, más que lírico es trágico, y si Jeremías y Ezequiel pulsan la lira de elegíacos es porque en su país no podían de otro modo ser tribunales.

En India y Grecia, en que la religion es filosofía, la conciencia amanece; pero dentro de ella, no se dibuja todavía la individualidad, y en las orillas del Ganges, como en las márgenes del Iliso, la contemplacion arrastra á un panteísmo idealista que da al arte indio las colosales proporciones de su escultura, y al arte helénico la gigantesca concepcion de sus héroes. En las costas de Jónia, y por los valles del Indo, se esparcen hálitos de espíritu y oleadas de vida que animan los átomos, divinizan la materia y hacen de cada sér manifestacion de forma dentro de infinitas existencias; de cada sustancia, producto de un poder creador representado por mitológica deidad; de toda conciencia, determi-

nacion oscura de la eterna y universal que en sí absorbe toda individualidad inteligente. Y entónces Anaxágoras proclama que las inteligencias individuales tienen existencia relativa, y Empédocles, que los séres son miembros vivos de una individualidad absoluta, y Thales que la inteligencia es un eflúvio que recorre las ondas rápidamente; al propio tiempo que en Asia, las escuelas filosóficas niegan toda individualidad, llegando á las más exageradas aspiraciones al reposo, en el aniquilamiento absoluto.

Por eso á la lírica sustituye, en India, un género de poesía didáctica que se refleja tambien en el apólogo griego: por eso Anacreonte, al cantar sus placeres, entona religiosos himnos á Baco; Píndaro es épico; Teócrito descriptivo y Calimaco didáctico y erudito.

Roma que en su política tiende á la unidad y en su filosofía al epicureismo, es el primer pueblo que, en la antigüedad, empieza á sentir la personalidad humana consagrada en el foro con la palabra *cives*, pero manchada despues con los excesos del triclinium y las obscenidades del cubículum. Sin embargo, allí, acaso por vez primera en la historia de las literaturas, se levantó la musa lírica, aunque tiznado el rostro con heces de vino y profanada la boca por los besos de las meretrices. Entónces aparecen el fogoso Catulo, el tierno Tibulo, el elegante Propercio; entónces la riquísima vena de Horacio vierte en las soledades de Tibur la copiosa espontaneidad y la ingeniosa invencion que esmaltan sus obras, y el cisne mantuano presiente y canta, con místico arrobamiento, la proximidad de una nueva era de paz y de progreso.

Y con efecto, la regeneracion se cumple: el monoteismo cristiano trae la individualidad á la conciencia, á

pesar del panteísmo platónico de la doctrina del *Verbo*. Pero en el orden moral, como en el orden físico, la verdad y la luz no irradian con la plenitud de su intension en rápido momento; al día preceden pálidos albores; á la razon larguísimos crepúsculos. Sobre los surcos que en el mundo antiguo abrió la espada de Alarico, se arrastra la Edad Media, larva oscura que en las ruínas de la Roma pagana deposita los gérmenes del Renacimiento. Y los nuevos ideales, que las conmociones políticas empujan hacia Alemania, forjan allí un dogma y se encierran en él, como el gusano de seda en su morada, hasta que herida la Reforma por los golpes de la Enciclopedia, el capullo se rompe y surge al espacio crisálida de alas de luz que en 1789 proclama los derechos del hombre y los extiende por toda la faz de la tierra en direccion de todos los vientos.

V.

La libertad política restaura la personalidad humana, porque sin la libertad no existe la personalidad, como lo reconocía la injusta ley de la antigua servidumbre que sancionaba la esclavitud valiéndose de la absurda ficcion de reducir las personas al estado de cosas; y la personalidad íntegra y espontánea, manifestándose en la poesía, superior expresion del arte, es la aparicion sublime de la lírica.

Por esto, entre nosotros, Quintana es el primero de los líricos y el único tambien hasta su época. Fr. Luis de Leon, el dulce; Herrera, el ampuloso; Rioja, el moralista; Garcilaso, el sencillo; el tiernísimo La Torre; el

alambicado Góngora; la apasionada Teresa; el minucioso Alcázar; el mordaz Villamediana; el intencionado Quevedo; todos grandes poetas místicos, didácticos, épicos, bucólicos, satíricos y descriptivos, y ninguno verdaderamente lírico. Esto debía ser así; en los siglos XVI y XVII hay dos instituciones que todo lo absorben: la monarquía y la religion. Ved los cuadros de nuestros grandes pintores: retratos de reyes ó asuntos místicos; ved las construcciones de aquella época: magníficos palacios ó catedrales soberbias; hojead las obras literarias y hallaréis, en prosa, crónicas de hazañas y vidas de santos, y en verso inspiraciones religiosas y canciones épicas. A veces la intuicion poderosa del génio formula grandes protestas; Velazquez adivina el realismo y Quevedo presiente á Voltaire, pero éstas son como chispas aisladas que cruzan la atmósfera ántes de declararse la voracidad del incendio.

Llega el siglo XVIII, y Rousseau, que tanto había influido en la revolucion política, inicia tambien la revolucion literaria: con el *Pacto social* prepara el 93, y con la *Nueva Eloisa* cava los cimientos del romanticismo, ese segundo renacimiento que, al evocar las formas de la Edad Media, trae al arte un ideal nuevo: la personalidad humana; al modo de aquel otro renacimiento, que restauró dos siglos ántes la forma pagana para ponerla al servicio del idealismo cristiano de aquella época.

Entónces, se proscribió del teatro la tiranía del coturno, como se había proscrito del solio la tiranía de los reyes; y á la musa trágica se la hizo empuñar el verde tirso de la retozona comedia, y la sublimidad épica, perdiendo su retumbante y sonora entonacion, comenzó á ser invadida por la onda creciente del excepticismo amargo, propio de un siglo de tan combatidos ideales.

En el orden social las diferencias de clases desaparecían, y en el orden literario fraternizaban los géneros; pero en el arte, dentro de estas nuevas tendencias, existía latente un principal impulso: la personalidad que preparaba el florecimiento de la poesía lírica.

La poesía épica y la poesía dramática habían hallado su crecimiento y desarrollo en épocas históricamente adecuadas á sus condiciones. El arte de todos los tiempos aspira á reflejar el sentimiento de lo humano, que se depura y progresa, tendiendo cada vez más á individualizarse. En los primitivos pueblos, no hay de humano más que el espíritu de raza; más adelante, aparece el sentimiento de la familia; por último, la conciencia se manifiesta y se revela el individuo. Ahora bien; las razas conquistadoras y fuertes implantan los gobiernos aristocráticos ó feudales, y las familias poderosas fundan las monarquías; el arte, sumiso á estas influencias de la vida política, responde á ellas creando la epopeya y el teatro. Las heroicidades de los helenos inspiran todos los cantos de los rapsodas, y los crímenes de la familia de los Atridas, se repiten durante tres generaciones de trágicos sobre el teatro de Atenas.

El individuo, cuya personalidad sólo puede desarrollarse dentro de la amplitud de la democracia, tiene como medio de expresion artística la poesía lírica que hasta ahora no ha podido por eso desenvolverse y vivir en épocas que están muy recientes todavía. La lírica, por tanto, que es la poesía de los tiempos modernos, es también la poesía propia de la democracia, porque, según hemos repetido, la fuente de toda inspiracion lírica está en la conciencia, y la conciencia no ha podido hasta ahora formular su expresion artística por no haberse podido hasta ahora desarrollarse en el arte

bajo estas dos condiciones reunidas: LIBERTAD y PERSONALIDAD.

VI.

Hablar de sí propio, és todavía más difícil que conocerse á sí mismo. Esto último es objeto de una especulación filosófica, que rara vez trasciende fuera del interesado que, con sus juicios acertados ó erróneos, queda satisfecho siempre. Hablar de sí, y hablar de sí delante de un auditorio más ó ménos extenso, ya es otra cosa muy distinta. Se corren muchos peligros, y el primero y más temible es el ridículo.

Me arrepiento muy de veras de no haber seguido el procedimiento más cómodo y puesto en uso; importunar á un amigo eminente, y descargar sobre él todas las responsabilidades de un prólogo. Esto es preferible por lo que halaga á la pereza y por aquello de que el pabellon cubre la mercancía. Pero como nada hay más estéril que el arrepentimiento tardío, no hay ya sinó resignarse y completar esta especie de programa con aquella parte segunda que debiera titularse: *lo que somos*.

¿Y por qué vacilar en confesarlo? En frente de los altísimos ideales que acabamos de manifestar: *somos nada*. ¡Que no haya intentado jamas algun ingenioso fabulista hacer hablar al átomo de arena! Cuanto digera de su humillante pequeñez, comparada con la inmensidad de los mares que sobre él ruedan confundiéndole, pudiera yo, con esta ocasion, apropiármelo. Pero ya lo hemos dicho; el fin sigue siendo grande, aunque el esfuerzo sea insuficiente, y puesto que hemos hablado de la gran-

deza del fin, hablemos ahora de la insignificancia de los medios.

Yo no sé si los versos que presento coleccionados, pertenecen ó no al género que los estéticos llaman poesía subjetiva, pero sí puedo asegurar que, tales como son, no hay, entre todos, ninguno escrito al azar y sin objeto. La inspiracion no habrá ayudado al deseo, pero jamas he cogido la pluma sin sentir ántes un indomable impulso, una necesidad verdadera de dar expansion á una amargura íntima, á una dolorosa decepcion, á una esperanza incierta. Me pertenecen tanto á mí, que temo que tal vez, á causa de esto, interesen muy poco á los demas; son tan míos que, al recordarlos, mi memoria construye la biografía completa de mi sentimiento, y hasta creo que un observador minucioso podría adivinar, por ellos, muchos de los acontecimientos de mi vida.

Temo tambien que tanta franqueza pueda á veces parecer ruda. Acaso tienen razon los que quieren que en el arte se respeten *conveniencias* que yo no he respetado, por falta de habilidad y por huir de afectadas hipocresías. Ni intenté jamas restañar la sangre que corría abundante del corazon herido, ni cubrí con flores la entrada de los abismos; por esta razon, con más fundamento se me podrá acusar de falto de arte que de falto de verdad.

Yo no sé si de esta espontaneidad extremada, podrán acaso originarse otros defectos. Léjos de procurar disimulo á las vaguedades sombrías de mi espíritu, poco reposado, las he vertido en mis versos sin vacilacion ni reserva. Si resulta, por esto, que hay en ellos oscuridad, excepticismo, atrevimiento ó amargura, censurables para aquellos que tienen del arte otra idea distinta, cúlpese primeramente á mis errores y debilidades, y despues al

engañado concepto que de la poesía lírica tengo, y que he procurado, á mi manera, exponer y desarrollar.

De este color, acaso excesivamente sombrío, que yo creo reconocer en mis versos, he derivado el título PENUMBRA. En la oscuridad caótica que, en épocas como esta, de renovacion y de crisis, envuelve á los espíritus, alguna, aunque ténue, claridad, envían siempre los reflejos de las pocas verdades que brillan como eternas constelaciones del pasado, y los albores de los ideales del porvenir que, ántes de difundirse vagamente, se anuncian en el alma por esa languidez, llena de espanto á lo desconocido, que en la naturaleza precede á la aparicion de una aurora. Vivimos en un siglo de duda y de negacion, y yo, como hijo de él, sometido me hallo á su influencia; pero entiéndase ahora que el período de duda precede al de negacion, como á la oscuridad cerrada de la noche la incertidumbre del crepúsculo vespertino, y que hoy los espíritus, avanzando en la sombra, progresan, porque cuanto más se oscurece el horizonte, más avanza la hora y más se acerca el instante de que el nuevo día amanezca.

Permítaseme creer que yo tambien me hallo más cerca de la negacion que de la duda: la negacion es una afirmacion antitética, y así me explico cómo á fuerza de negar se puede llegar á poseer algunas sólidas afirmaciones, á las que jamas se llegaría por el camino vacilante de la duda. No es fácil señalar límites al error cuando las afirmaciones, poco á poco, se extreman exageradas por el fanatismo y la pasion; pero es, á mi juicio, preferible caer en una cualquiera de estas violentas exageraciones, á columpiar perezosamente el espíritu en este término de timidez y de insuficiencia, propio de la duda sistemática y constante.

Bien sé que, con razon, se me podrá acusar de haber, con frecuencia, abusado de la negrura de las tintas, de dejarme casi siempre arrastrar con delectacion censurable hacia un fanático pesimismo y de complacerme en presentar el dolor como eterna realidad, y el mal como invariable sistema; pero admítase como descargo á la culpa reconocida, que, en medio de la oscuridad, presiento la aurora, y dentro del horror palpita en mí la esperanza. Por densas que sean las nieblas que las amarguras de mi vida hayan acumulado en este libro, tras de ellas vive una fé tan constante, que si se me obligase á buscar un lema, no vacilaría en escribir: *spero lucem*, al frente de mis versos, por algunos, acusados de demasiadamente sombríos.

Creo yo que la diversidad heterogénea de una coleccion de poesías debe, en lo posible, obedecer á una unidad, y procurando ésta he agrupado las mías en tres libros: I *Sombras*, II *Albores*, III *Saudades*; en los que se hallan repartidos, segun son sus asuntos *sombríos, esperanzados y tiernos*; precediendo, á todo el tomo, una poesía de introduccion, bajo su mismo título, y á cada libro otra de igual índole que explica y expone el pensamiento general de lo en él contenido. Esta division, á más de tender á la unidad, en cuanto esto sea posible en obras de tal naturaleza, establece una separacion racional entre las poesías cuyo asunto, aunque internamente sentido, trasciende á una esfera elevada y exterior, y aquellas otras, emanadas directamente de sentimientos y afectos individualísimos, originados á la vez de las relaciones y acontecimientos más comunes de la vida.

VII.

Ocasión es esta oportuna de apuntar, siquiera sea brevemente y de pasada, algunas ideas acerca de lo que en poesía llamo yo trascendente, ahora que tan revueltos andan los ánimos sobre la cuestión, hace tiempo entablada, de si ha de ser *el arte por el arte*, ó el arte debe ser *docente* y trascendental. No creo yo que el arte ha de tomar una tendencia didáctica hasta el extremo de que la lírica degenera en una especie de apólogo, la novela en un tratado filosófico, y el teatro en una parábola social ó moralista; pero sí creo que el arte, para alcanzar el sello de eternidad que caracteriza su grado de perfección suprema, ni debe aislarse en su propio círculo del movimiento general de su época, ni debe rechazar sistemáticamente los nuevos orígenes que preparan á la inspiración, no sólo los adelantos, sino hasta los trastornos producidos por las evoluciones de la vida moderna.

El arte, en su concepto superior de realización de la belleza, no consiste, como algunos creen, únicamente en la perfección de la forma, sino que hay en él además la imágen sentida que busca medios de expresión, y á veces el pensamiento que se manifiesta y encarna en esa imágen. El dominio simple de la forma lleva á los amaneramientos vacíos. ¡Brüeghel, qué gran pintor si no se hubiera preocupado tanto por las nimiedades de ejecución y de detalle en que demostró tanta maestría; Góngora, qué gran poeta, cuando no se entretiene puerilmente alardeando de su habilidad maravillosa de cincelar la frase en filigranas y arabescos! Entiéndase bien, sin embargo, que el artista ha de dominar la forma im-

prescindiblemente, pero si este dominio absoluto no lo pone á servicio de la imágen, aunque estimable y plausible su trabajo, tendrá ya otro carácter estilista y académico.

Por lo que hace á la trascendencia del arte, no ha de ser tampoco de antemano propuesta ni rebuscada, sinó que ha de surgir naturalmente de la elevacion del vuelo del artista. Otro procedimiento lleva necesariamente á un ridículo, por lo ménos, tan grande como el producido por la exageracion exclusiva de los primores en la forma. La trascendencia premeditada y preconcebida convierte al arte en un oscuro simbolismo ó en un conceptismo vano y presuntuoso, alejados siempre de toda realidad. La pintura gótica muestra el ejemplo de los extravíos del arte por las oscuridades simbólicas á que le arrastró el trascendentalismo místico y teológico; en los santos de luengas vestiduras á través de cuyos pliegues se buscaban en vano las formas humanas; en los mónstruos apocalípticos; en los ángeles sin cuerpo con cabezas aladas; en la Providencia representada por un ojo en el centro de un triángulo; la eternidad por la cruz, el *alfa* y la *omega*; la salvacion por el Cordero; el martirio por la palma; la fortaleza por la torre; la iglesia por las llaves; el espíritu de Dios por la paloma, y el espíritu del mal por la serpiente. En la literatura, el conceptismo místico ha producido tambien extravagancias y errores. ¿Hubiera llegado jamas á su esplendor glorioso nuestro teatro del siglo XVII si, no abandonando sus primitivos moldes, hubiera seguido siempre por el camino abstracto del drama teológico y del auto sacramental?

El arte, pues, no debe perseguir, como único propósito, la profundidad filosófica: este fin pertenece e

sivamente á la ciencia, pero entiéndase que, no por eso el arte se ha de distraer, tan sólo, en frívolas minuciosidades. El arte, imágen de la naturaleza, debe abarcarlo todo, imponiendo siempre á todas sus creaciones, su sello de belleza, espontaneidad y realidad; dentro de estas condiciones, la trascendencia cabe en el arte, siempre que su enseñanza venga á ser como una resultante, pero no como un anterior propósito. Calderon, en *La vida es sueño*, planeó el drama humano; el drama filosófico brotó dentro despues. Shakespeare tomó al príncipe de Dinamarca y le aposentó en el corazon esa horrible euménide, que se llama venganza, y en las sinuosidades sombrías que aún le quedaban, esparció despues la noche del espíritu, que se llama duda. Uno y otro llegaron, en el teatro, al mayor grado posible de trascendentalismo: la incertidumbre de esta existencia y el problema del más allá de la muerte. Aquí la filosofía y la psicología se enlazan al drama y le completan, pero le completan, entiéndase bien esto, en cuanto se le subordinan. Goëthe, por el contrario, sofoca la accion de su novela *Las afinidades electivas*, bajo el peso de una tésis puramente psicológica, y sus personajes, faltos de realidad, son sistemas de ideas, mas no séres, y su obra resulta filosófica y trascendental, en efecto, pero no artística.

Preferible es simplemente el arte, ó el arte por el arte, como dicen algunos, á estos extravíos especulativos desnudos de belleza; y, sin embargo, se ha de confesar que, si toda manifestacion artística que realiza lo bello es legítima, hay en esto una esfera mucho más superior, y es la esfera que, con razon, puede llamarse de lo trascendental; quien llega á ella, adquiere las proporciones colosales del génio; pero ya la hemos dicho: para lograrlo no basta empeñarse en subir buscando, como

Icaro, unas alas prestadas; basta simplemente tener la altura necesaria y mirar. Lo trascendental no se impone, se domina, y lo dominará mejor quien abarque más dilatado horizonte. Dante es un gramático consumado que, sin cesar, investiga las reglas poco fijas entónces de la prosodia italiana: Miguel Angel es geómetra y anatómico, dibujante vigoroso, atrevido escultor y experimentado arquitecto; pero por encima de todas estas cualidades, aciertan los dos á ver y abarcar de una sola mirada, el misticismo sombrío y la lucha gigantesca de un largo período en que la humanidad se agita, febril y delirante, entre criminales horrores y fanatismos siniestros; y entónces el poeta traspasa los límites de la belleza simplemente artística, y el pintor elévase á las más altas regiones de lo trascendental, y aparecen la *Divina Comedia* y los frescos de la Capilla Sixtina, en que la teología y la filosofía de aquellos siglos, vienen á complicarse con el arte.

El misterio de este procedimiento sublime, ya hemos dicho cuál es: la altura; dadas las facultades poderosas del génio, colocarse por encima de un siglo y mirar; en esta contemplacion inmensa, el arte se hace trascendental sin rebuscamiento; no es que el poeta se empeñe en hacer de sus versos una paráfrasis de la filosofía de su época, ni que procure el pintor derramar sobre un lienzo, bajo pretexto de unas cuantas figuras, los problemas teológicos más debatidos en su tiempo: espíritus artistas, en ellos la inspiracion es lo primero, pero además son espíritus superiores, y por eso, como no hay para ellos nada oculto ni nada desconocido dentro del vasto horizonte que desde su elevacion dominan, todo se lo apropian y todo lo abarcan: la filosofía y la religion, la cultura entera de un siglo y de un pueblo.

Acompaña, además, á toda producción artística un imprescindible sello de época. La vida exterior se refleja siempre, áun en las concepciones más subjetivas, y el artista que resiste á esta influencia se manifiesta en un imposible anacronismo ó en una realidad absurda y convencional. Por esto las tragedias de Séneca, de levantado estilo, de elegante dición urbana, de frase gramatical y correcta, abundantes en tropos felicísimos y retóricos atildamientos, inspiradas en los antiguos griegos, son inferiores á las comedias de Plauto, rudas y escritas en un latín primitivo y bárbaro, pero que reflejan en su sencillez espontánea, con vigorosa entonación de verdad, el carácter y la vida de la inculta plebe romana. Por esto también, la fría y melosa literatura arcádica del siglo XVIII, convirtiendo á la naturaleza en mentida mansión paradisiaca poblada de Nises, Filides y Nemorosos, responde al ridículo extravío de una debilitada y estéril decadencia.

Ahora bien; si el arte ha de reflejar necesariamente su época, ninguno tan predispuerto á ser trascendental como el arte de la época presente. Un siglo de análisis, de investigación, de discusión y de lucha en que los problemas de la naturaleza y la filosofía, la política y la religión, entregados son libremente á público y razonado exámen, ha de tener un arte ilimitado y múltiple en sus fines como él, inspirado en su vastísima idealidad, moviéndose en la libre condición en que le han puesto los preceptismos retóricos que se abolieron, las preocupaciones sociales que pasaron, los moldes estrechos rotos para siempre, las censuras previas desprestigiadas, la persecución imposible y el anatema en ridículo.

El grande arte marcha al frente de su época: marcha,

progresar, y el progreso no tiene tiempo de volver la vista atrás. ¿Por qué pretender que viva el arte de nuestro tiempo reflejando pasados ideales? Los de hoy le bastan para hacerle grande y trascendental. El horizonte es dilatado, y tal vez en demasía oscuro; no importa; interrogar la sombra es una misión sublime. El arte ha tenido en todas las épocas esta noble misión; especie de facultad adivinatoria que precede á la ciencia; pero entiéndase que el arte jamás ha de confundirse con la ciencia presentida, ni se le ha de poner servilmente á su servicio. Ciertos principios científicos se podrán exponer bajo una forma agradable, bella, y esto podrá tener una utilidad innegable; pero lo *bello-útil* está tan lejos del arte trascendental como los viajes de Mane-Reid están de la Odisea. Ya lo hemos dicho; para nosotros, la enseñanza del arte trascendental ha de ser una resultante, pero no un propósito.

VIII.

Y de esta trascendencia creciente se deduce su creciente importancia; y como todo lo importante ha de ser necesariamente esencial, y como todo lo esencial ha de ser necesariamente útil, vano será que, á nombre de un positivismo mal entendido, pretendan algunos que el arte llegó á su última evolución, que la literatura es manifestación de una cultura primitiva en pueblos que aún no alcanzaron el supremo desarrollo, y que la poesía es frívola ocupación, propia de espíritus perezosos y delirantes y de caracteres débiles y afeminados.

¿Por qué admitir la dogmática aseveración de Hegel?

¿No es aventurado escribir sobre el clasicismo y el romanticismo, columnas de Hércules del arte, un fatídico *non plus ultra*? ¡Contradicción extraña! En nombre de la ciencia, proclaman el progreso indefinido de todas las facultades humanas, y hacen del arte, manifestación compleja de todas ellas, una especie de región arcáica cerrada al porvenir y al presente, viviendo dentro del espíritu tan remota y aislada como vive dentro del mundo la amurallada China. Cada tiempo tiene su fanatismo: en nombre de Dios se anatematizó la razón, y hoy en nombre de la razón algunos niegan la infinita y eterna producción del arte.

Después de todo, acaso aseguren con verdad, que es frívola por inútil la obra del artista, y que todo poeta es un ser afeminado. Si la utilidad consiste en el inmediato bienestar material que produce el progreso de las industrias y en los inventos con que las ciencias experimentales vienen á fomentar su desarrollo, con razón proscriben esas concepciones exentas de realidad que sólo sirven para predisponer el espíritu á la contemplación y al éxtasis, enervando las facultades solicitadas por la pereza.

El poeta es un ser afeminado. El agricultor, el mecánico, el químico, el industrial, el artesano y el obrero propiamente dicho, producen riqueza y perfeccionamiento material; sus trabajos son útiles, sus esfuerzos verdaderamente viriles. En tanto sueña el artista. ¿Y para qué soñar? ¿No vale más que una catedral gótica un mercado, una línea de ferro-carril más que un poema, y más que un lienzo famoso un catastro extenso y un cuadro de estadística?

Los que esto dicen y piensan, sin duda tienen razón; pero no ven el otro lado de la verdad por ellos expuesta.

El poeta es como la mujer, pero como la mujer en la mision más sublime. Los pueblos tienen por padre que los rija, que los defienda y los alimente, al agricultor y al químico, al sábio y al comerciante, al industrial y al obrero; pero la madre que educa su corazón, estimula sus virtudes, alimenta sus esperanzas, consuela sus penalidades, eleva sus aspiraciones y templá sus maleados instintos, esa madre, tiernísima arrulladora del alma, es el poeta, es el artista.

Este hecho, que no se puede negar, podrá ser contrariado por algunos con decir: quédese en buen hora esa influencia del arte para los pueblos primitivos, que el niño cuando ya llega á hombre ha de buscar otra esfera que la del regazo materno; discurso que tanto tiene de insensatez como de ingratitude. ¿Niégase acaso la importancia y hasta la necesidad de la educación industrial y científica? ¿Pues á qué constituirse en orfandad deliberada cometiendo un verdadero crimen, el de premeditado parricidio, que á eso equivale anular y suprimir por el desprecio y la negación la posibilidad de toda vida artística?

IX.

Por fortuna estas exageraciones no cunden lo bastante, para que el poeta sea mirado hoy día con el universal menosprecio que algunos desearan. La poesía, la lírica principalmente, adquiere cada vez más importancia en los pueblos cultos modernos. Nosotros, que hemos heredado de los orientales la apatía y la indiferencia, tampoco negamos para ella admiración y laureles.

Otra cosa sería muy difícil en un país en que, por grande que sea la popularidad de un poeta, es siempre eclipsada por la del ménos reputado *diestro*. De aquí resulta, que no está exento de valor el que en España escribe y publica un libro de versos.

Platon proponía lo que se debiera hacer con los poetas en una república bien organizada: coronarlos de rosas, y arrojarlos más allá de la frontera. Aquí el procedimiento varía: se les corona de laurel, pero no se les destierra, dejándoles en plena libertad de seguir haciendo versos y de morir de hambre.

Hay un país, la mercantil Inglaterra, en que los editores pagan á Tennyson á libra esterlina por verso; en Francia Copée ha hecho una inmensa fortuna en pocos años; aquí... venturoso quien al publicar un libro halle al fin quien lo lea y no pronuncie, como decía Larra, *un monólogo en un desierto*.

¡Ah! si este afan de hacer versos no constituyese una enfermedad, como pensaba Byron, tan incurable como demostrara el reincidente Ovidio, yo ménos que nadie debería emplear mi tiempo en ocupacion semejante.

Atravimiento loco ha sido, ciertamente, dedicarme á componer un libro de versos; pero me consuela haber tropezado con otro atravimiento que, con mucho, supera al mío.

El del editor que se decide á publicarlos. (1).

Madrid 20 de Octubre de 1881.

RICARDO BLANCO ASENJO.

KENT. *¿Quién está ahí con este horrible tiempo?*
CABALLERO. *Un hombre cuya alma está tan borrascosa
como el tiempo.*

SHAKESPEARE.—*El Rey Lear.*

PENUMBRA.



¡Qué horror! ¡Qué oscuridad! En el Poniente
Hundió el pasado su esplendor de grana,
Y en sombra el alma busca en el Oriente
La luz del porvenir y aún no presente
El claro alborear de la mañana.

Ni una luz en la noche centellea;
Tan sólo, en vago albor, rayos inciertos
Lanza á veces el fuego de una idea
Que, con funesta claridad, ondea
Sobre las tumbas de ideales muertos.

Quedó de los antiguos campeones
La hueca cavidad de una armadura,
Resto que arrojan cien generaciones,

Como el mar, en hirvientes convulsiones,
Del muerto caracol la vestidura.

Arrastrando los timbres señoriales
Rodó la alta cornisa por el suelo,
Y, como inmensas tumbas ojivales
Donde yacen antiguos ideales,
Góticas torres suben hacia el cielo.

La catedral sobrevió al creyente;
Mas si muerta la fé del alma queda,
¿Qué es el templo que al cielo alza la frente?
Armadura sin cuerpo que la aliente,
Concha sin vida que en la playa rueda.

.....
.....

¡Qué oscuridad! ¡Qué horror! Sin fé ni guía
Caminar á los tibios arreboles
Que un alba vierte y que un ocaso envía,
Y en esta confusion de noche y día
Morir de sombra y frío entre dos soles.

Sentir dentro del alma el sacro anhelo
De un infinito, que persigue en vano,
Y lanzarse á las sombras de aquel cielo
Como el ave que va perdido el vuelo,
Como el nauta que rueda al Oceano.

Sumergirse y volar: sentir que asciende

La sombra como asciende la marea;
Y subiendo, á la luz que el alba enciende,
Adelantarse, y ver como se extiende
Por el espacio azul la nueva idea.

Y al vértigo que causan las alturas,
Vacilar y caer, y en el vacío
Rodando, sumergirse en las negruras
De un hondo mar de excépticas tristuras
Que envuelve al corazon en sombra y frío.

Espantoso luchar, rudo combate,
De sombra y luz y de esperanza y pena;
Sólo la sacra inspiracion del vate
Diera forma al horror que oculto late
Dentro de mí y el alma me envenena.

¡Formas! ¡Ay! Del ocaso en los fulgores
Contemplo á Atenas y su genio austero
Que inspira á Esquilo trágicos horrores,
A Anacreón la dicha en los amores
Y las hazañas bélicas á Homero.

Y unido á aquel fulgor agonizante
Miró tambien hundirse en el ocaso
La vírgen á la par de la bacante,
Con el deista Hesiodo, el triste Dante,
Y con Píndaro altivo, el tierno Tasso.

Los moldes rotos, la conciencia humana



¿Qué formas podrá dar al sentimiento
Si se agotó la inspiración pagana...
Y sólo queda de la fé cristiana
Las ruínas de un glorioso monumento?

Para cantar la angustia que me aqueja
¿Qué formas ¡ay! encontrará mi mente
Si ese, arte que en ocaso se refleja,
Es como el hueco caracol que deja
En la arenosa playa el mar hirviente?

Mas ¿qué importa que no halle en el concierto
De mi quejas, el ritmo y el encanto
De las formas de un arte que ya ha muerto?
Para verter las lágrimas que vierto
Me basta con sentir y tener llanto.

LIBRO PRIMERO



SOMBRAS

A LA MEMORIA

DE LA

SEÑORA DOÑA JOAQUINA ASENJO

Quiero escribir tu nombre, madre mía, al principio de este libro de Sombras, porque tu muerte, la primera sombra que sobre mi vida cruzó, fúe precursora siniestra de otras muchas que para siempre habían de sumergir mi espíritu en oscuridad tristísima, arrancándole estas notas de amargura.

EL CONSEJO DE JOB.

Tres mil años, seis mil, nadie lo sabe;
Un día fué; tal vez cuando el orgullo
Del Faraon edificaba ufano
En dura roca, lo que en seda suave,
Pirámide ó capullo
Nunca es más que la tumba de un gusano.

Un día fué. Del zénit á la altura
Llegaba el sol; el cielo se teñía
De oscuro azul, la tierra de blancura
Que á los reflejos de la luz ardía.
El viento no mecía
Las ramas de la escuálida palmera
Que en el suelo abrasado, al sol radiante
Dibujaba una sombra, cual si fuera

Negra mano gigante.
A trechos, las desiertas explanadas
Salpicaba un nopal, y en la ladera
Las tiendas de la tribu peregrina
Parecían ovejas acostadas
En torno de una higuera
Que daba sombra á una pared en ruína.

Y al pié de la pared, sobre un grosero
Esterillo de juncos, ya podrido
Por la humedad de inmundo estercolero
Sobre el que fué tendido,
Un hombre, que de humano no tenía
Rostro ni cuerpo, talle ni figura,
Mónstruo despedazado en quien mordía
La repugnante lepra con hartura,
Sin exhalar al cielo ni una queja
Al sentirse abrasado por su lumbre,
Para el dolor nacido y el tormento,
Con desconchada teja
Se arrancaba la inmunda podredumbre
Y en torno suyo la arrojaba al viento.

Y como viera que un amigo ocioso
Que con los de Theman y Namath vino
A consolar las penas del leproso,
En pliegues recogiera
Los bordes de su túnica de lino,
Quedándose á distancia receloso
Por no llegar hasta la hedionda estera,

Job dijo:—Sobre estiércol acostado
Yazgo en miseria: gangrenosa herida
Abrió el Señor en mí. ¿Por qué te asombra
Que el horror de este sitio desolado
Arroje fetidez tan corrompida?
El nardo aroma da, la palma sombra,
Tristeza el triste, y lágrimas la vida.
¿Qué buscas? Dí. Bajo dorado techo
Los reyes de la tierra dan honores.
¿Te llamé yo? ¿Qué buscas en mi lecho?
Yo sólo soy espléndido en dolores.

De la encendida púrpura que ostenta
Esparce el rey los resplandores rojos.
Yo del mal que sin tregua me atormenta
Me arranco esta otra púrpura sangrienta
Y esparzo sus despojos.
A tiempo estás. No mires; retrocede
Si te espanta mi estado miserable.
Quien se ofrece cual es, da lo que puede,
Y yo, de ser así, no soy culpable.—

Esto que Job decía, copio al frente
De este libro. Rechaza su lectura
Si la encuentras fatídica y doliente,
Mas no me culpes por llevar latente
Dentro del corazón tanta amargura.

LA NAVE.



A MI QUERIDO AMIGO

ANDRÉS MELLADO.

Que rápida la nave va vogando
Sobre el azul del mar.
Un niño va en la proa contemplando
Las costas que impaciente está anhelando
Correr y atravesar.
Y un anciano en la popa se desvela
En mirar la extension
Que la nave, que el mar cortando vuela
Va atrás dejando en plateada estela
Que dibuja el timon.
Siempre mirando el niño hacia adelante
Ansioso de ver más.
Con amarga sonrisa en el semblante
El anciano en un éxtasis constante
Mirando siempre atrás.
Una nave es tambien la vida humana
que en rápido correr
Lleva á proa al que espera en el mañana,
Y á popa lleva la memoria anciana
que vive del ayer.

EL CARTUJO.

A MI QUERIDO AMIGO

DON MANUEL TAMAYO Y BÁUS.

¿Qué cosa es el hombre para que
le engrandezcas?

Job.

¡Pobre cartujo! en su sayal hundido
Al dolor y al silencio condenado,
Del huerto en el rincon más apartado
Labrando está con pulso estremecido
En dura piedra su sepulcro helado.

Tiembla la mano descarnada y seca
De temor ó vejez; la losa dura
Cede al golpe constante que la apura,
Y va dejando una hendidura hueca
Como el seno de una ancha sepultura.

Débil el golpear, la piedra fuerte,

Caduco el monje, trémula su mano,
Cuando el fin de la fosa está cercano
El batir de las alas de la muerte
Ya se cierne en la frente del anciano.

Desesperado el monje, se apresura
A terminar la fúnebre morada;
Y en la marmórea lápida labrada
Que ha de cubrir la abierta sepultura
Graba un nombre su mano descarnada.

Va grabando las letras en hilera
Oculto en un rincón de su retiro;
La fiebre da á su mano torpe giro,
Y al hacer una letra, la postrera,
El monje lanza su postrer suspiro.

Artistas, vates, géneos soñadores
Que huyendo de los tristes corredores
De la mansión monástica y sombría,
Vivís de luz, de encanto, de armonía,
De aplausos, de venturas y de amores.

Por admirar tal vez santa escultura,
Gótica torre, célica pintura,
Iréis un día al lúgubre convento;
Con respeto pisad su pavimento
Por si pisáis alguna sepultura.

Bajo la nave triste y tenebrosa

Más de un monje hace siglos que reposa;
Sus restos allí están; aquel fué un hombre;
Ya nada queda de él; tan sólo un nombre
Pronto á borrarse de la antigua losa.

¡Horror! ¡horror! ¡Vivir aprisionado,
Vivir sin vida bajo el claustro helado
Que parece el alcázar de la muerte,
Y descansar despues el cuerpo inerte
En un rincon oscuro y apartado!

¡Vivir para morir! ¡Con triste anhelo
Labrar su tumba con ardor cristiano,
Vivir en solitario desconsuelo,
Grabar un nombre con empeño vano
Nombre que al fin se borrará del suelo!

Artistas, vates, génios soñadores,
La vida del cartujo os da temores,
Espanto os causa su sepulcro frío.
¡Necia ilusion! ¡extraño desvarío!
Vuestra vida tambien es de dolores.

¿Cuál es vuestra mision? ¡Vana locura!
Murillo, Rafael, cada pintura
Es vuestro nombre que la gloria alaba;
Como el cartujo en su sepulcro graba
Grabáis en vuestra propia sepultura.

Un lienzo es una losa. Un libro hallado

Una inscripcion sobre un sepulcro helado.
El lienzo dice: *aquí yace Murillo.*
Y el libro, convirtiéndose en lucillo,
Aquí yace Petrarca el afamado.

¡Escribir, cincelar, pintar! la suerte
Es siempre igual, es el cartujo inerte
Labrando en vida su futura fosa,
La memoria del hombre que reposa
Sobre el oscuro lecho de la muerte.

Héroes vestidos de aceradas mallas
Que taláis campos y arrasáis murallas;
Guerreros, esforzados campeones
¿Qué son vuestras victorias? Incripciones
De sangre que vertéis en las batallas.

Tito triunfa: se eleva Constantino;
¡Gloria al emperador César divino!
Y el pueblo les levanta arcos triunfales
Que hoy surgen como piedras funerales
En las ruínas de aquel pueblo latino.

Un imperio es el sol de un solo día;
La ambicion de Alejandro, sombra impía;
Aquel imperio inmenso se derrumba
Y sólo queda de él una ancha tumba
Y una inscripcion que dice: *¡Alejandria!*

Cetro, laurel, honor, gloria afanada,

Es ilusion, quimera, sombra, nada:
La vida es siempre igual; hierros, corceles,
Liras, plumas, coronas y pinceles
Que labran una fosa infortunada.

La nada siempre á nada se redujo;
Pompa, ambicion, poder, riqueza, lujo,
Penoso afan, empeño temerario...
¿Qué son al fin? letrero cinerario
Grabado por las manos de un cartujo.

NUBES Y OLAS.

~~~~~  
A MI INVOLVIDABLE AMIGA

SEÑORITA DOÑA LUISA BARTRINA.

---

Nubes que el cielo surcan desgajadas  
Cual girones que lleva el vendabal;  
Ondas que siguen con eterno viaje  
Rodando sobre el mar.  
¿Qué son las ilusiones y deseos  
Que el alma llenan de continuo afan?  
Nubes y olas; caminan y caminan  
y no llegan jamas.

NUBES Y OLAS  
SIN FONDO.

Júpiter impasible; hondo el Averno;  
Eterna excelsitud; dolor eterno;  
Divina crueldad; humano llanto;  
Abajo el fondo del sombrío infierno;  
Arriba el cielo de azulado manto.

Un tonel; en cansada comitiva  
Una mujer y otra mujer derriba  
Un ánfora que vierte con trabajo;  
Pero el agua jamas llega hasta arriba;  
El tonel está roto por debajo.

Sereno el cielo; impávida natura;  
En el fondo del alma, la amargura;  
En lo exterior la calma de lo inerte;  
Siempre un oscuro infierno que tortura;  
Siempre un Dios que castiga airado y fuerte.

Tonel sin fondo ó corazón humano,  
Danaides ó pasiones, el arcano  
Es siempre igual; es el deseo ignoto  
Con que llenar pretende el hombre en vano,  
Un corazón sin fondo, un tonel roto.

Sueños de gloria, amantes ilusiones,  
Mansos placeres, fieras ambiciones...  
Todos llegan, y en turba presurosa  
Al corazón arrojan sus pasiones,  
Mas nunca lleno, el corazón rebosa.

Nublado y negro, azul y sonriente,  
El cielo arriba á todo indiferente:  
Abajo, en delirante desvarío,  
Ansiando el hombre con afán vehemente  
Llenar su corazón siempre vacío.

Allí lo inexorable; aquí el infierno.  
Tal es la vida. En el oscuro Averno  
Hubo el castigo del tonel sin fondo.  
En esta vida hay el deseo eterno  
De henchar un corazón que aún es más hondo.

EL CIPRÉS Y EL SÁUCE.

---

A MI QUERIDO AMIGO BERNARDO ACEVEDO HUELVES.

---

Cuando llegue el plazo incierto;  
Cuando el bronce toque á muerto;  
Cuando con vidriados ojos,  
Faz pálida y pecho yerto  
Yazga mi cuerpo en despojos,

Dénme en la tierra un rincon  
Y encima, en vez de inscripcion,  
Hagan que broten despues  
Un sáuce del corazon,  
De la cabeza un ciprés.

Porque al esplendor postrero  
Del sol, cuando en el otero  
Sepulte su luz dorada,  
Oiga al sentarse el viajero  
Junto á mi tumba ignorada,

Que el ciprés al cielo erguido  
al viento lanza un gemido,  
Mientras murmurando flota  
El ramaje desprendido  
Del sáuce que el suelo azota.

Y aquel viento que murmura  
Del ciprés sobre la altura  
Y del sáuce en la caída,  
Contará en mi sepultura  
Los dolores de mi vida.

Dirá el ciprés este anhelo,  
Este afanar sin consuelo  
De un alma que, en ansia loca,  
Como el ciprés busca el cielo  
Y nunca en el cielo toca.

Y el sáuce, cuyo ramaje,  
Del aquilon al coraje,  
Contra el suelo se extremece  
Y en desatado oleaje  
El polvo arrastrando mece,

Dirá que, en alto nacidas  
Y hacia la tierra tendidas,  
Las más puras ilusiones  
Son ramas en polvo hundidas  
Al sople de las pasiones.

# GÓLGOTHA <sup>(2)</sup>

A MI QUERIDO AMIGO

POD FRANCISCO JÑIGUEZ DE LA TORRE.

El que no toma su cruz y me si-  
gue no es digno de mí.

*San Mateo, cap. X.*

Todo es tiniebla en redor;  
El cielo surca una luz,  
Un hombre sobre una cruz  
Lanza el postrer estertor.  
Con pavoroso fragor  
Se abre el abismo profundo;  
El clavado moribundo  
Gime con último anhelo,  
Y en sombra cúbrese el cielo  
Y tiembla de espanto el mundo.

Alma que gime oprimida  
En el terrestre horizonte,

Como en la cruz de aquel monte  
Vive enclavada en la vida.  
Existencia dolorida,  
Eterna crucifixion...  
Es la vida una pasion,  
Y el hombre enclavado siente  
Las espinas en la frente,  
La llaga en el corazon.

Bajo el cielo suspendido,  
Sobre la tierra elevado,  
El espíritu enclavado  
En la cárcel del sentido;  
De amor el pecho encendido,  
Vislumbra con ojos yertos  
Tras horizontes desiertos  
Un ideal que no alcanza,  
Y tiende en loca esperanza  
Sus brazos en cruz abiertos.

Sed de ciencia le devora  
Y en fuego de amor se quema;  
Ama con pasion extrema;  
Saber quiere cuanto ignora.  
Mas en vano auxilio implora;  
En mofa al anhelo aquel  
Le otorga el destino cruel  
Le hieran en la esperanza,  
Del desengaño la lanza  
Y de la ciencia la hiel.

¡Ay! del llanto tributario  
Vive el hombre, que es la vida,  
Cual dolorosa subida  
A la cumbre de un calvario,  
Vano empeño temerario  
Es rechazar por odiada  
La sentencia fulminada,  
Que humano pecho que alienta  
Es un Gólgotha que ostenta  
Un alma crucificada.

---

# SOLEDAD.

A MI QUERIDO AMIGO JOSÉ MATHEU.

---

¡Tranquila soledad! ¡mansion de olvido!  
Léjos del mundo y sus pasiones locas,  
Nunca turbaron tus calladas rocas,  
La pompa vana y el humano ruido.

En tí no se oye el murmurar fingido  
Ni el vano elogio de falaces bocas;  
Mucha la calma, las desdichas pocas  
Siempre, en tu albergue solitario, han sido.

En tu retiro, de silencio lleno,  
No cabe gloria ni riqueza vana,  
Ni de ambicion el corruptor veneno,

Ni de la envidia, la pasion insana,  
Agita al hombre que, en tu dulce seno,  
El mundo olvida y la virtud afana.

# CLAMAVI.

---

Á MI RESPETABLE AMIGO

DON GASPAR NUÑEZ DE ARCE.

A tí clamé, mi Dios, y no me oíste.  
Yo uní mi voz al misterioso acento  
De la campana de metal sonoro,  
Que al cielo lleva el viento,  
A la par del murmullo grave y lento  
De las sagradas vírgenes del coro.

Yo te adoré en la imágen de madera  
De tu madre bendita,  
Que por santa patrona se venera,  
No léjos de mi pueblo, en la ladera  
De un monte, donde elévase una ermita.

Yo te busqué en los góticos pilares,

A través de los vidrios de colores,  
Y á través del incienso, en los altares  
Llenos por tí, de joyas y de flores.

Yo te busqué en el mágico concierto  
Del órgano, y el cántico y las luces,  
Y en el fulgor incierto  
De las capas de seda y de brocado  
Que agítanse con iris nacarado  
En torno de los círios y las cruces.

Yo te buscaba; pero tú, Dios mío,  
Tú no oíste mi voz; murió en mi pecho  
La santa fé que cobijó mi cuna;  
Helóse el alma de la duda al frío,  
Y el corazón deshecho  
Sin ley, ni norte, ni esperanza alguna,  
Solo quedó en las sombras y el vacío.

## LA GRAN TRILOGIA.

A MI QUERIDO AMIGO

ALFREDO GONZALEZ PITT.

Tengo en casa tres joyas; en mi estante  
Tres libros hay de páginas divinas.  
Tres mundos son. El uno es el Oriente:  
Su sol abrasador brilla radiante  
En las altas colinas;  
Tienden los cedros sus inmensas sombras  
Al pié de los collados;  
Cruza el desierto el patriarca errante  
De negros ojos y de lengua barba,  
Blanca como el turbante  
Tejido con vellon de sus ganados;  
El lamentar se escucha  
De Job que gime con dolor profundo,  
Desesperado grito  
Que lanza el hombre en la gigante lucha

Que sostiene en su vida sobre el mundo  
 Contra el mal que se escuda en lo infinito.

Allí de Jehová la voz resuena  
 Y enfurecida truena  
 Del Sinaí, sobre la excelsa cumbre.  
 Resonando en las trompas de sus fieles  
 Ora arrasa murallas;  
 Ora ciudades arrebatada en lumbre;  
 Ora pára la luz del firmamento  
 Porque de su enemigo en las batallas  
 El exterminio sea más sangriento.  
 Gime el rey penitente;  
 Canta el rey sabio, amor y ciencia enseña;  
 Grita Isaías, Jeremías llora  
 Y á la ciudad doliente  
 Anuncian la invasion asoladora.

## II.

El otro libro, como inmensa ogiva  
 Abierta sobre el mundo del pasado,  
 Muestra la edad del hombre primitiva.  
 Latente aún la fuerza creadora  
 Por el cielo y la tierra se derrama,  
 Envolviendo su llama  
 Al hombre y la natura en luz de aurora.  
 Todo es vida, calor, fermento, ruido.  
 El mar es mónstruo que furioso brama,  
 La tierra madre que de amor palpita,

El cielo es un tirano que se irrita,  
Y el huracan titánico vagido.

Se abre la tierra en hondas cavidades,  
Y el hombre, al penetrar en sus entrañas  
Fundé el metal que ocultan las montañas  
Y labra las desiertas soledades.  
Brotá almenas el muro en las ciudades  
Al par que espigas la fecunda tierra,  
Y lanzas y paveses  
Al sol brillan y ondulan como mieses  
Con espantoso estrépito de guerra.  
El remo azota al mar, la trompa al viento,  
El viento al dardo que el guerrero lanza,  
Y el dardo al hierro, en fragoroso acento  
Que incita al exterminio y la matanza.  
Triunfa Aquiles: la cólera divina  
Que en sus entrañas late  
Da la victoria al valeroso griego.  
Ilión fenece, y su gloriosa ruína  
Al vagabundo Ciego,  
Convierte un día en gigantesco vate.

### III.

Pero nunca en la Biblia fué pintada  
Ni en Homero la lucha pavorosa  
Que sostiene el mortal consigo mismo,  
Y ha de ser contemplada

En Shakespeare, que, en imágen tenebrosa,  
Copió del alma el insondable abismo.

El alma es á la par sima y altura,  
Lago y cielo. Una idea que fulgura  
Es á veces estrella luminosa,  
Y una pasion impura  
Es un fondo de charca cenagosa.  
El hombre es cieno y luz. Si á un tiempo cabe  
Sumergirse y volar, ser buzo y ave,  
Si hay álguien que sondea  
Del corazon humano las regiones,  
Alguien que hendió el espacio de la idea  
Y á los antros bajó de las pasiones,  
El es, Shakespeare; el genio poderoso  
Que poblara de albores siderales  
El espacio anchuroso  
Donde hallaron asiento,  
Agrupándose en cien constelaciones,  
Cuanta luz ilumina el pensamiento,  
Cuanto ardor alimentan las pasiones.

#### IV.

El vértigo que el hombre experimenta  
Cuando en serena noche al cielo mira  
Y ve el espacio que sin fin se ostenta,  
Es la emocion que inspira  
Contemplar el abismo que ha descrito

El dramático inglés; abismo oscuro,  
Como el cielo sin límite, infinito.

Aquella gigantesca nebulosa  
Que se extiende del alma sobre el cielo,  
Imágen de la duda misteriosa  
Que amarga el corazón con vago anhelo,  
Es Hamlet, es el alma que batalla,  
Ved la sospecha que en amor estalla  
Surgir en astro oscuro, en negro Othelo.  
Brilla Julieta de Romeo al lado  
Y es la constelación de los amores;  
Allí está Mácheth, astro ensangrentado,  
Y Yago, mundo de traición y horrores;  
Cordélia fiel; Desdémona inocente;  
Loca Ofélia de flores coronada;  
La virtud sucumbiendo castigada  
Y la razón tenida por demente.  
Y debajo del cielo, en lago oscuro  
De fondo cenagoso,  
Flotando lo deforme y lo espantoso:  
Falstaff sensual y Caliban impuro;  
Glocester insensato y Juan odioso.

## V.

La agresión contra el hombre es incesante.  
Viene á veces de arriba: el rayo estalla;  
De Jehová la voz trueno imperante;  
Crece el diluvio, y de la charca inerte

Levanta el sol la insana calentura  
Que esparce el viento en hálitos de muerte.  
Fuego la nube sobre el hombre arroja;  
Vuelve el mal contra el hombre su bravura  
En espiral que hirviente se agiganta,  
Y en la extensa llanura,  
Por el rigor del sol, árida y roja,  
La escasez contra el hombre se levanta.

El drama sigue. La agobiada frente  
Levanta el hombre, de sufrir cansado,  
Y al ver que contra el cielo es impotente,  
Sus iras y rencores,  
Vuelve contra los séres de la tierra,  
Y extiende sobre el mundo los horrores  
Que arrasan Troya en espantosa guerra.

Después del Dios que lanza su castigo,  
Después del crudo azote del guerrero  
Sigue el drama creciendo en proporciones,  
Y en combate postrero  
Nace á la humanidad otro enemigo:  
Es el fuego que alienta las pasiones  
Y que todo mortal lleva consigo.

La Biblia, Homero, Shakespeare; ¡gran trilogía!  
La maldición de arriba; el mal de abajo;  
El misterio interior noche sombría  
Sobre el cielo; en la tierra lucha impía;  
En el alma, la angustia y el trabajo...

## ULTRA-TUMBA <sup>(3)</sup>

---

A MI QUERIDO AMIGO

VICENTE MORENO DE LA TEJERA.

---

To be, or not to be.

*Shakespeare.*

Cuando, del sol los últimos reflejos,  
Amortiguados por la opaca niebla  
Con moribundo resplandor, lucían  
Sobre la faz de la enlutada tierra,  
Con lento paso, en las sombrías calles  
De los cipreses que en silencio elevan  
Sus copas funerales sobre el campo  
Donde la muerte su morada asienta,  
Cruzaba absorto, y silencioso y triste,  
Meditando en la rápida carrera  
De la vida del hombre, cuyo ocaso  
Señala el fondo de la tumba abierta.

Se hundía el sol; su luz agonizaba;

En negra sombra la campiña envuelta,  
Vestía el luto de la noche triste  
Al ver la luz que declinaba muerta.  
¡Rápido luto! El astro luminoso  
En los espacios girará la vuelta,  
Y tornará á brillar en el Oriente  
Con nuevo ardor, su inextinguible hoguera.  
Muere y renace, tras la noche oscura  
Sigue la aurora plácida y risueña,  
Tras la muerte, la vida, tras las sombras  
Los resplandores de una luz eterna.

Morir es renacer. La ley que rige  
Al lumínar de la celeste esfera,  
¿No ha de regir también á ese otro foco  
De luz inmaterial, de luz intensa  
Que alma se llama, y que ilumina al hombre  
Con el divino rayo de la idea?  
La muerte no ha de ser eterna noche,  
La vida no ha de ser fugaz centella,  
Crepúsculo que apáguese en la tumba  
Albor que entre las sombras se disuelva.  
Frente al ocaso, Oriente se levanta;  
No hay noche á que una aurora no suceda.  
¿Quién sabe si del fondo de una fosa  
Se alza la aurora de otra vida nueva?

Y meditando en el fatal misterio  
Del más allá, que el ataúd encierra,  
Recordó mi memoria aquellas frases

De amarga duda, de ansiedad siniestra,  
Profundas como el caos, tempestuosas  
Como nubes que arrastran la tormenta,  
Oscuras, cual las sombras que se agitan  
En el profundo abismo de la huesa  
Y cruzan por los senos de otro abismo,  
El corazón que late en el poeta.

«Ser ó no ser, es la cuestión. ¿Es noble  
»Que el alma sufra con valor las penas  
»De la fortuna cruel, ó que procure  
»Armada, resistir la violencia  
»Del proceloso mar de los dolores?  
»Morir, dormir no más; ya nada queda;  
»Y decir que con este sueño acaban  
»Torturas mil que al corazón aquejan  
»Males que son legado de la carne.  
»¿Quién este desenlace no desea?  
»Morir, dormir... Dormir, soñar acaso;  
»La duda es esta, sí, ¿qué es lo que sueña  
»El alma cuando al sueño de la muerte  
»La ruda carga de la vida deja?»

Morir, dormir... Dormir, soñar acaso;  
La amarga duda de la muerte es esta.  
¿Es el morir, dormir en el sepulcro  
El sueño del no ser, la noche eterna  
Del alma que en las sombras de la nada  
Se extingue cual la luz entre tinieblas,  
O es el morir, dormir y en otra vida

Soñar el alma como sueña en esta,  
Dolores que no son, mentidas glorias,  
Pasiones que huyen, dichas que se alejan,  
Virtudes imposibles, culpas vanas,  
Luchas sin fines, ambicion sin riendas,  
Dudas, delirios, caos, mar sin fondo,  
En el que el alma sumergida espera,  
Con inquietud y vaguedad sombrías,  
Romper de sus prisiones las cadenas  
Para hundirse en el fondo de la nada  
O renacer en vida más perfecta?

# EXCEPTICISMO.

A MI QUERIDO AMIGO AUGUSTO MOSQUERA.

---

Cruel es amor desdeñoso  
Que engendra en nosotros celos;  
Cruel es la envidia y anhelos  
De un corazon ambicioso.

Sañudo el odio que excita  
Al hombre hacia la venganza,  
Y es horrible la pujanza  
Del pecho que la ira irrita.

Pero el más cruel ardimiento  
Del humano corazon,  
La más terrible pasion  
Se llama descreimiento.

Y es la horrible enfermedad

Que invade amenazadora;  
Es la fiebre que devora  
La moderna humanidad.

Es esa batalla ruda  
Del pensamiento que oscila,  
De la virtud que vacila  
Y del corazón que duda.

Mezcla de amor y egoísmo  
Que al pecho roba la calma,  
Aguda tisis del alma  
Que se llama excepticismo.

Mal que roba la pasión  
Y del sentir desconfía;  
Mal que hará que sea un día  
Un estorbo el corazón.

Así cual de polo á polo  
Dicen que el mundo se apaga  
Hasta que al fin se deshaga  
Y quede el vacío sólo.

Así el alma en su elemento  
Va perdiendo su calor,  
Hasta que muera el amor  
Y se extinga el sentimiento.

Y la fé su luz apaga

Y crece la sombra oscura,  
Y en noche de desventura  
El alma sin norte vaga.

Y ántes que sin fuego y yerto  
Quede el mundo en el vacío  
Inerte, apagado y frío,  
El espíritu habrá muerto.

.....  
.....

Morirá el mundo en su calma;  
Pero terror más profundo  
Que el del cadáver de un mundo  
Causa el cadáver de un alma.

---



# LA ESTATUA DE SAL.

A MI QUERIDO TIO

DON FRANCISCO ASENJO.

---

Cuando dejaba la ciudad culpable  
La familia de Lot,  
Que nadie atrás mirara, les decía,  
El ángel del Señor.

Quebrantando el precepto, hacia la espalda  
Se volvió una mujer,  
Y en estatua de sal fué convertida  
Por el Dios de Israel.

Cuántos pueblos, que niegan el progreso,  
Mirando siempre atrás,  
Permanecen sin vida, convertidos  
En estatuas de sal.

# ESCLAVITUD.

A MI QUERIDO AMIGO

ANDRÉS PIÉDROLA.

*Hamlet.*—Dinamarca es una cárcel.

*Ricardo.*—Tambien el mundo lo será.

*Hamlet.*—Y muy grande, con muchas guardas, encierros y calabozos.

*Shakespeare.*—*Hamlet.*

Triste humana condicion

Que á esclavitud nos condena

Al alma dando cadena

Al cuerpo dando prision.

¿Qué es la vida? Una mansion

Del hombre, cárcel pequeña

Que en vano en romper se empeña

Cuando el destino resiste,

Pues en la vida no existe

La libertad con que sueña.

Desde que animado fui,  
Desde que viviente soy  
En esclavitud estoy  
Y la libertad perdí.  
Si en algun tiempo viví  
En más perfecta existencia,  
Hoy lloro mi independencia  
Cual bien pasado y perdido;  
Mi cuerpo vive oprimido  
Y oprimida mi conciencia.

Llama que luce escondida  
En fanal aprisionada;  
Alma en un cuerpo encerrada  
Siendo su cárcel la vida.  
Esclavitud oprimida,  
Existencia sin solaz,  
Turbada vida, sin paz  
En que luchan á la vez  
Del cuerpo la pequeñez  
Y del alma el vuelo audaz.

El mar que la arena besa  
Tiene en la playa su fin,  
Y de la tierra el confin  
En las ondas del mar cesa.  
Así la natura expresa  
Como vasallo y rendido  
El alma tiene al sentido  
Y como el cuerpo grosero

Al espíritu ligero  
Tiene preso y oprimido.

Cuando el alma se enagena  
En un estático anhelo  
Quisiera ascender al cielo,  
Pero el cuerpo la encadena.  
Materia vil y terrena  
A el alma también oprime;  
Sólo la muerte redime  
De esta cárcel el quebranto;  
Preso al cuerpo está entretanto  
Presa en tanto el alma gime.

Al espíritu, en prisiones  
Le limitan la arrogancia  
Los hierros de la ignorancia  
La cárcel de las pasiones.  
Unidas como eslabones  
Unas tras otras las penas,  
De llanto y tristeza llenas  
Preparan nueva tortura  
Y estrechan la cárcel dura  
Con más pesadas cadenas.

Así como el prisionero  
Tras de su reja imagina  
Libre subir la colina  
Libre bajar el otero,  
En éxtasis lisonjero

El alma llega á soñar  
Que al fin pudo quebrantar  
De la vida la prision  
Y piensa en loca ambicion  
En lo infinito bogar.

¡Vano afan! La reja ruda  
Hierde al preso; el alma airada  
Se hierde desesperada  
En los hierros de la duda.  
La duda, punzante y cruda  
Que al espíritu envenena  
Es el castigo que pena  
Al orgullo del esclavo  
Que intenta limar el clavo  
Del cual pende su cadena.

Cuando de esta esclavitud  
Corre la muerte el cerrojo  
Cárcel da al frío despojo  
La llave de un ataud.  
Terminada la inquietud  
De la materia en su imperio  
¿Qué es del alma? ¡Cruel misterio!  
¿Libre el caos ha de henchir  
O tal vez vuelve á gemir  
En un nuevo cautiverio?

## LA VIDA ES EL DOLOR.

Á MI QUERIDO AMIGO JOSÉ ZAHONERO.

El mal es cosa comun á todos los  
planetas del universo.

*Leopardi.*

Al Poniente, ilumina  
De rojo albor, la luz crepuscular;  
La estrella vespertina,  
Brillando como chispa diamantina,  
Levántase en Oriente sobre el mar.

En la playa desierta  
Un niño ríe y quéjase un varon.  
Su esposa llora muerta;  
Y el niño juega, y á entender no acierta  
Del padre la tristeza y la afliccion.

Un sabio está presente  
En contemplar absorto y en seguir,  
Con el mágico lente,

El astro de la tarde refulgente  
Que se alza sobre un cielo de zafir.

Y el hombre y el infante,  
Contemplando la estrella están tambien.

Dice el niño ignorante:  
—El cielo tiene un ojo de diamante.  
Y dice el padre:—¿Si será el Eden?

Y el sabio, que murmura,  
Añade, el astro hermoso al contemplar:

—La estrella que fulgura  
Es otro mundo, y otra criatura  
En ese mundo inmenso ha de habitar.

Y dice el niño:—Quiero  
Coger la luz que allá veo lucir.

Y el hombre:—Ese lucero  
Es la mansion del bien, y en él espero  
Hallar mi esposa luégo de morir.

Y exclama el sabio:—¿Hiciste,  
fuerza que crea, al mundo aquel mejor?

Y luégo añade:—¡Ay triste!  
Si vida alienta, allí la pena existe;  
Aquí y allí, la vida es el dolor.

---

## ¡ESTO MARCHA!



¿Pues qué mayor desdicha puede ser, replicó Panza que aquella que aguarda al tiempo que la consume y á la muerte que la acabe?

*Cervantes.*

### I.

Conozco un doctor que tiene  
De sábio renombre y fama;  
Siempre de negro vestido,  
Siempre con la faz nublada  
Llevando en el entrecejo  
El triste luto del alma;  
Sin que le muevan á risa  
Los donaires y las gracias;  
Sin que jamas á sus ojos  
Arranquen las penas lágrimas;  
Sombrió como un cadáver,  
Callado como una estátua;

Si en la calle le preguntan  
—¿Cómo le va?—cuando pasa,  
Siempre sonriendo dice:  
—¡Muy bien, muy bien; *esto marcha!*

## II.

Del doctor cuentan las gentes  
La monomanía extraña,  
Que en su rostro sólo hay risa  
Cuando dice estas palabras;  
Por más que la risa aquella  
En vez de alegrar espanta.  
Al mirar su negro traje  
Y al ver su sombría cara,  
Que debe tener, afirman,  
Muy negra por dentro el alma.  
Y miétras unos le elogian  
Y miétras otros le agravian,  
Que unos por santo le tienen  
Y entre otros por diablo pasa,  
A sanos que le saludan  
Y á enfermos sin esperanza  
Los dice siempre riendo:  
—¡Muy bien, muy bien; *esto marcha!*

## III.

Era una noche de otoño.

En una lúgubrè estancia

Una jóven que fué hermosa

Con anhelo respiraba.

—¡Aire, más aire!—decía;

Doctor, aliento me falta.

Noches tras noches en vela,

Días tras días sin calma,

Y este dolor no se cura

Y este sufrir no se acaba.

¡Qué angustia, doctor, qué angustia!

¿Por qué no curáis mis ánsias?—

—Valor, el médico dijo,

Que ántes de lucir el alba,

Si Dios quiere y no me engaño,

Habéis de quedar curada.

—¿Estoy mejor?

—Casi buena.

—¿Será verdad?

—*¡Esto marcha!*

## IV.

Y dijo bien. En Oriente

La aurora lució sus galas,

Y sus rojos arreboles  
Llegaron á aquella estancia  
A luchar con los reflejos  
De seis círios que alumbraban  
A una jóven que dormía  
Sobre un ataúd echada.  
El sol siguió su carrera,  
Y envuelto en nubes de grana,  
Al hundir en Occidente  
Su luz moribunda y pálida,  
Alumbró triste cortejo  
Que el cementerio dejaba,  
Y á los últimos fulgores  
Contemplé la risa amarga  
Del doctor que me decía:  
—¡Cuando digo que *esto marcha!*

## V.

¡Pobre doctor! En la muerte  
Cifra toda su esperanza,  
Y ni las penas le duelen,  
Ni los placeres le agradan,  
Y unos por loco le tienen  
Y otros malvado le llaman;  
Mas no es maldad ni locura;  
Es que aprendió, por desgracia,  
Que al fin venturas y penas

Delirios son que se acaban.  
La dicha es luz que se extingue,  
La pena sombra que pasa,  
Y sombra y luz son mentira  
Con que los ojos se engañan.  
Por eso en próspera suerte  
Y en suerte desventurada,  
Ni surcan sus labios risas  
Ni vierten sus ojos lágrimas;  
Y como el péndulo grave  
Que en golpe pausado marca,  
Así el instante dichoso  
Como las horas amargas,  
El doctor, á todo ageno,  
Cuenta el tiempo que se pasa,  
Y al par del péndulo dice:  
—¡Muy bien, muy bien; *esto marcha!*

## VI.

Mas no contéis esta historia  
Que en vano fuera contarla.  
Los dichosos no la oyeran,  
Los tristes no se asombrarán;  
Que todo aquel que en su pecho  
Oculta amargura guarda;  
Todo aquel que hora tras hora  
Ve correr sin esperanza...

Cual yo, las noches de insomnio,  
 Trocado el dolor en rabia,  
 Pidiendo en vano consuelo,  
 En vano anhelando calma...  
 Entre las sombras ha visto  
 La sonrisa de un fantasma  
 Que se acerca murmurando  
 ¡Valor, valor, *esto marcha!*

# PARED POR MEDIO.

## POEMA.

À MI QUERIDO AMIGO D. ANTONIO SANCHEZ MOGUEL.

—  
Mi vida es un erial,  
Flor que toco se deshoja,  
Que en mi camino fatal  
Alguien va sembrando el mal  
Para que yo le recoja.

*Becquer.*

## CANTO PRIMERO.

AL LADO Y LÉJOS.

I.

Vivían pared por medio  
Ella hermosa, y él galán,  
Y entre los dos no tenían  
Ni cinco lustros de edad.  
Crecieron sin conocerse  
Como crecen á la par  
A los lados de una tapia  
Un girasol y un rosal.  
Ella cumplió veinte abrilés;

Él veinte tuvo de edad;  
Cuando él soñó con amores,  
Ella comenzó á soñar.

## II.

Él no la vió; sólo un día  
Miró un rostro celestial  
Que era asombro de las gentes  
A la puerta de Juliá.  
Ella no le conocía;  
Sólo una vez, por azar,  
Leyó de él unas endechas  
A una incógnita beldad.  
Él, admirando el retrato,  
Amaba el original;  
Leyendo los versos ella  
Suspiraba sin cesar,  
Y los dos, pared por medio,  
Sin que se viesen jamas,  
Las almas sintieron llenas  
Del mismo amor ideal.

## III.

Un tren, de noche hacia Madrid volvía.  
Un wagon de primera hacia la vía  
Una luz misteriosa reflejaba  
Que al par del tren, los campos recorría,

Y en el cuadro de fuego que formaba  
De una mujer la sombra se veía.

Era ella la dama; y un viajero  
Que aquel perfil fantástico y divino  
Admiraba, siguiendo el torbellino  
Del tren, que deslizábase ligero  
Por los delgados hierros del camino,  
Era aquel, que, por culpa del destino,  
Desesperado amante,  
Perseguía aquel léjos tan cercano,  
Siempre pared por medio y tan distante.

Volaba el tren, y ráuda, sobre el llano  
La luz de las abiertas ventanillas,  
Reflejaba un rosario temeroso  
De vagas claridades amarillas.  
Pero ¡ay! aunque el amante presuroso  
Corría tras la sombra de su amada  
Delante de la suya reflejada  
Sobre la oscura alfombra  
Del verde campo, vuelto tenebroso  
En las calladas horas de la noche,  
Siempre á distancia igual, sombra tras sombra  
Caminaban en rápida carrera,  
Sin que alcanzar pudiera  
Un coche persiguiendo al otro coche.

CANTO II.

EL PRINCIPIO DE UNA COMEDIA.

I.

En casa de una prima que tenía,  
 Un álbum vió el galán sobre una mesa,  
 Hallando con sorpresa  
 Que estaba su retrato,  
 Al lado de ideal fotografía  
 Que delineaba el continente grato  
 Del ensueño de amor que perseguía.

Preguntó con instancia.  
 Las dos se conocieron en la infancia,  
 Juntas en un colegio se educaron,  
 Juntas despues crecieron,  
 Y tanto desde entónces se quisieron  
 Que apénas si despues se separaron.

Supo entónces que el día en que él faltaba

A la tertulia que en la casa había,  
La mujer que adoraba,  
Por un extraño azar, siempre venía;  
Que el año que en Valencia  
Juntas las dos pasaron el estío,  
No estuvo por fatal coincidencia;  
Así lo quiso Dios ó el hado impío.  
Que la voz melodiosa  
Que oyó hablar con su prima en una estancia  
Era la voz de la deidad hermosa  
Que perseguía en vano su constancia;  
La misma, que en la noche tenebrosa,  
Del oscuro camino en la ladera,  
Reflejaba su sombra misteriosa  
Al resplandor de un coche de primera.  
Y tanto supo, en fin, que fué creyendo  
Que aquel continuo andarse persiguiendo  
Sin cruzarse jamas, ni verse al paso,  
Aquel irse buscando al par que huyendo  
Era ley inflexible del acaso.

## II.

El día en que la vió, cubrió á la hermosa  
El tinte de la rosa,  
Cuando en el mes de Mayo  
Entre las otras flores hace alarde  
Luciendo sus matices orgullosa  
Al postrimero rayo  
Que rojo inclina al espirar la tarde;

Y es que la rosa vive enamorada  
Del sol que vierte en ella sus fulgores,  
Y de amor sonrojada  
Su palidez se torna en encarnada,  
Que el rojo es el color de los amores.  
Y quiso la ventura  
Del dichoso galan, que aquel semblante  
Rojo de amor, como la rosa pura,  
Fuese el reflejo de pasion amante  
Que en el pecho nacía  
Y en nube ardiente hasta la faz subía.

¡Era tarde! Con ojos de tristeza  
Ella miró. Acabóse la velada;  
La asió del brazo un hombre, con rudeza,  
Y él entónces oyó que era casada.

### III.

Despues... Lector, si imaginaste acaso  
Al juzgar del principio de mi cuento,  
Que, con pintura viva,  
A referirte voy paso por paso  
De una pasion adúltera el tormento,  
Por ser esta pasion la que hoy más priva...  
Sabe, que no es mi culpa si la esposa  
Amó en silencio y devoró su pena,  
Y si el amante, al respetarla pura,  
La romántica accion terminó en prosa  
Y huyó léjos por no hacerla perjura.

La virtud es vulgar, y porque sea  
Aún más vulgar la historia comenzada,  
Sabed que aquel amante sin ventura,  
Medicina estudió, y en una aldea  
Entre breñas y montes ignorada,  
Juró con noble empeño  
Vivir sin ver jamas á su adorada.

Y su deseo hubiérase cumplido  
Si un oculto poder desconocido  
No decretara, inexorable y cruento,  
Que aquel amor, ahogado en el olvido,  
Retoñara con bárbaro tormento.

## CANTO III. (4)

IGNOTO DEO.

Cuando ilumina el cielo sol ardiente  
 Y se arrodilla con fervor la gente  
 Ante el pábulo, las luces y las flores  
 Que cruzan bajo el toldo al sol creciente  
 De cánticos, esquilas y tambores;

Cuando la antorcha lúgubre, amarilla,  
 Sobre el paño enlutado opaca brilla,  
 Y el sacerdote asperja de agua el suelo,  
 Y dobla la campana en la capilla,  
 Y en niebla oscura se encapota el cielo;

Cuando la nieve se cuajó en la cumbre  
 Y hay dentro del hogar amor y lumbre,  
 Y fuera, á los reflejos de la luna,

Festeja alborozada muchedumbre  
A un Dios nacido en miserable cuna;

Cuando del fondo de una luz brumosa  
El manto de la vírgen dolorosa  
Triangular y negro se desprende,  
Como vela de nave misteriosa  
Que hacia ignorada orilla el rumbo tiende,

Y sigue al tosco leño, que vacila  
De cirios rodeado en doble fila  
Y sobre el cual, con el postrer aliento  
Se inclina un rostro, y esparcido oscila  
Luengo cabello desatado al viento;

Ora en la oscuridad gimiendo el coro  
El *Miserere*, el órgano sonoro,  
Esparza por la nave solitaria;  
Ora brille el altar como ascua de oro  
Y del *Tedeum* se oiga la plegaria;

Ora el bronce, en las viejas abadías  
Con acentos de vagas armonías,  
Interrumpa la calma en los eriales;  
Ora en sombra y silencio, sus crujías  
Extiendan las desiertas catedrales...

A todo mudo, á todo indiferente,  
Porque al fervor no se dobló mi frente  
Ni se encendió la fé en el pecho mío,

De espanto llena la sencilla gente,  
Dice al verme pasar: ¡ved al impío!

Luengas noches pasé en recinto estrecho,  
Con luz escasa, sin tocar el lecho,  
Avido de saber, febril y loco  
Hundiéndome las manos en el pecho  
Viendo la fé que huía poco á poco...

Mas si la fé vacila ¿quién ataja  
Ese reflujo que incesante baja,  
Esa ley que preside á las mareas  
Y que al mar de sus costas desencaja  
Y del cerebro arranca las ideas?

Hoy, ya sereno, á todo resignado,  
Ni busco en las creencias del pasado  
A esta vida promesa salvadora,  
Ni en la ciencia que el siglo ha proclamado  
Hallo más que el orgullo del que ignora.

Mas la protesta altiva del ateo  
No existe en mí, que en mi conciencia creo  
En no se qué deidad vaga y oscura;  
Voluntad de un satánico deseo  
Que al hombre rige y su dolor procura.

Y no es casualidad imprevisora  
Que, con la ceguedad asoladora  
Del torrente que rueda desprendido,

Con ímpetu de saña destructora  
Espance el mal sin móvil ni sentido,

Sinó una sábia providencia oculta  
Que el bien deprime y la virtud insulta  
Con el deleite inexorable y fiero  
Del asesino que á traicion sepulta  
En pecho, sin defensa, agudo acero.

¡Inteligencia poderosa y clara,  
Implacable deidad que el mal prepara  
Con sabio afan y encarnizada guerra,  
En cuyo honor se extiende como un ara  
Regada en sangre y lágrimas la tierra!

Antigua como el hombre, presidías  
En las selvas espesas y sombrías  
El sacrificio druídico sangriento,  
Y al gemir de las víctimas, refás  
Cuando en las hojas susurraba el viento.

Por tí, del hondo seno calcinado  
Del metálico mónstruo, idolatrado  
Del púnico en los yermos arenales,  
Salía ese clamor desesperado  
Con que exhalan la vida los mortales.

Por tí, se encuentra Layo en su camino  
Al hijo de quien haces su asesino,  
Y porque tanto horror aún no te basta,

Invocando las leyes del destino  
La llama impura enciendes en Yocasta.

Y entónces, tu victoria se completa;  
Riges la vida; Esquilo te interpreta;  
Diosa *Fatalidad* Grecia te aclama;  
Blandes el tirso; inspiras al poeta,  
Y de tu propio horror creas el drama.

Después, cuando tu risa de ironía  
Hizo el mártir dudar en su agonía  
Y el imperio del mal aseguraste  
Cuando en la cruz en vano prorrumpía:  
«¡Señor, Señor, por qué me abandonaste!»

En la vida feudal apareciste,  
Y, de horror insaciable, prometiste  
Hacer de la existencia un drama eterno:  
Sobre la tierra, corto, pero triste;  
Sin fin y aterrador en el infierno.

Hoy, el pastor no ve en la encrucijada  
Tras la luna, tu sombra endemoniada,  
Y, no atendiendo al mágico conjuro,  
Sólo asomas tu faz petrificada  
De bizantina iglesia sobre el muro.

La risa de Voltaire te trasfigura;  
Arrojas la terrible vestidura;  
Vuelves de nuevo al insondable abismo,

Y, dios pagano ó creacion impura,  
Siempre riges el mal, y eres el mismo.

Eres tú, quien, á modo de la planta,  
Que el piso hollando con fragor que espanta,  
Ya detiene, ya aplasta al hormiguero,  
El paso del obstáculo levanta  
De la vida del hombre en el sendero.

Tú eres quien la catástrofe precisa,  
Moviendo al tiempo á rapidez y prisa.  
Tú, de las horas deteniendo el paso,  
Procuras que la accion corra indecisa  
Si el mal se ha de cumplir con el retraso.

Y á tu implacable empuje violento  
Los hombres, hojas que arrebata el viento,  
Ya abrazados se juntan, ya se alejan,  
Ya se embisten con bárbaro ardimiento,  
Ya por el suelo sus despojos dejan.

¡Divinidad inexorable y ruda!  
Creyendo en tí, tu magestad saluda  
Quien, atado á tu carro de victoria,  
La interrumpida narracion sañuda  
Ha de seguir, para cantar tu gloria.

## CANTO IV.

## EL FINAL DE UN DRAMA.

## I.

—Pastor, ¿no hay pueblo cercano  
 Donde haya un buen cirujano?  
 —Del arroyo que allá corre  
 Torced á la diestra mano  
 Y veréis luégo una torre.  
 Seguidla, y habéis de dar  
 En el meson de un lugar;  
 Y una vez allí, señor,  
 Ni en la córte habéis de hallar  
 Otro médico mejor.

## II.

—Andrés, al médico llama.  
 Y tú, Anica, ten las llaves  
 Y de aquel arcon que sabes

Saca las ropas de cama.  
Verás que suave tufillo  
A holanda y limpieza arrojan;  
Como que entre ellas se alojan  
Seis manzanas y un membrillo.  
Y porque se templen luégo  
Y tengan más grato olor,  
Ponlas al azufrador  
Y quema azúcar y espliego.  
¡Vamos, pronto! ¡Dios la asista!  
¡Cabalgar por los alcores  
Entrada en meses mayores!...  
¿Hay mujer que lo resista?  
Dicen que el marido es dueño  
Yo no sé de qué cortijo,  
Y que allí le nazca el hijo  
Quiere con extraño empeño;  
Pues pudiera ser ahora  
Que el empeño le costara  
Harto caro, y se quedara  
Sin rapaz y sin señora.

## III.

¡Ay madre, madre, nos valga  
La Virgen del Romeral,  
Que pienso que la señora  
En grave peligro está!  
Hora, al salir don Eduardo  
Bajé á alumbrarle al zaguan,

Y del candil al reflejo,  
Ví en la escalera su faz.  
Llevaba fruncido el ceño,  
La color toda mortal,  
Los ojos, cual si quisieran  
Las lágrimas refrenar;  
Y la mano con que asía  
La baranda de metal,  
Estaba fría, y sudaba,  
Y temblaba sin cesar.  
Le pregunté, y nada dijo;  
Volví con empeño igual  
A preguntarle de nuevo,  
Y dió de nuevo en callar.  
Así bajamos. Yo abrí.  
Un tempestuoso huracan  
Entró por donde él salía  
Huyendo en la oscuridad.  
Tronó el cielo; yo cerré;  
Pero airado el vendabal  
Mató el candil, y en la sombra  
Quedé con medroso afan,  
A tiempo que por de fuera  
Oí cual loco gritar,  
A don Eduardo, diciendo:  
«¡Maldita fatalidad!»  
Aquel semblante nublado,  
Aquel sombrío callar,  
La luz que apagara el viento  
Y aquel grito de ansiedad,

Agüeros son de desdicha  
 Que en muerte me hacen pensar.  
 ¡Ay, madre, madre, nos valga  
 La Virgen del Romeral!

## IV.

En una estancia sombría  
 Un hombre á solas gemía  
 Con agitacion violenta,  
 Miéntas, por fuera, rugía  
 La rábia de la tormenta.

Afuera, el cielo tronaba:  
 Adentro, un pecho estallaba;  
 Llovía el llanto á raudales,  
 Y la tormenta azotaba  
 Con lágrimas los cristales.

Que cuando es hondo el pesar  
 Es poco hacer retemblar  
 El mundo, dando al sentir,  
 La lluvia para llorar  
 Y el trueno para gemir.

«¡Ella!—decía angustiado  
 Con paso precipitado  
 Cruzando la habitacion.  
 —¡Ella otra vez á mi lado!

¡Destino de maldicion!—

—Corred, corred; mal parada  
Yaciendo está en mi posada,—  
Andrés dijo,—una señora.—  
Sentí inquietud presagiada,  
Mas fuí corriendo en mal hora.

Llegué. En ansiedad revuelta  
Un cuerpo de forma esbelta  
Que en las almohadas vertía  
Blonda cabellera suelta,  
De fiebre se estremecía.

Encendió la calentura  
El carmin con que fulgura  
Aquel rostro, que se mueve  
De la holanda en la blancura,  
Como una rosa entre nieve.

Mas el fuego carmesi  
Del rostro aquél, prendió en mí;  
Que en un momento fatal,  
La miré y enrojecí;  
Me miró, y quedó mortal.

Quise gritar, y callé.  
En sus labios, yo no sé  
Qué palabra se formó.  
Yo sin sentido quedé,

Y ella sin vida cayó.

Sin vida, sí; devorada  
Por la fiebre, mi llegada  
La causó emoción tan fiera,  
Como ruda puñalada  
Que el corazón la partiera.

Al rayar del nuevo día  
El alba nublada y fría  
No dará luz á sus ojos,  
Y en honda caja sombría  
Alumbrará sus despojos.

¡Yo la he muerto! ¡Hado inclemente!  
Dame que el pecho reviente  
Al dolor que en él rebosa,  
Para que cubran mi frente  
Con la tierra de su fosa.»

Dijo, y golpeóse airado,  
Y de una pistola armado  
Se revolcó sobre el lecho;  
Sonó un tiro, y desplomado  
Cayó, dividiendo el pecho.



## CANTO V.

Como oxidado hierro, el toso muro  
 Amarillo y oscuro;  
 Los arcos rotos, la cornisa en ruína  
 Labrada con fantásticos caprichos  
 Y las ventanas hondas como nichos,  
 Levántase una iglesia bizantina.  
  
 Una vieja pared forma un cercado  
 Que al cerrar en cuadrado  
 Una corta extension de la llanura,  
 Parece un marco que, gigante artista  
 Dejó, por un olvido que contrista,  
 De dibujo vacío y de pintura.  
  
 Vacío, no; la ventanilla abierta  
 Sobre la añosa puerta

Entretejida de tablones gruesos  
Que, blancos de humedad y podredumbre  
Resaltan con la pálida vislumbre  
De carcomidos y enlazados huesos,

Permite ver el cuadro pavoroso  
De un lugar silencioso,  
En que el lampazo cubre los eriales,  
Y la cicuta entre las piedras crece,  
Y la amapola sus capullos mece,  
Y por las tapias trepan los zarzales.

Mas si del sitio aquél, lleno de horrores,  
No alegraron las flores  
Los parajes sombríos y desiertos,  
Retoñando en eterna primavera,  
Brotan del suelo cruces de madera,  
Plantas que tienen por semillas muertos.

En tanto que testigo solitario  
Ruinoso campanario  
Destaca sobre el fondo vespertino,  
Con recortada forma, el negro muro  
Roto por dos ventanas que en lo oscuro  
Resaltan con destello blanquecino.

Y como se cayeron las campanas  
De las huecas ventanas,  
El torreón, con ojos siempre abiertos,  
Ojos de luz que lanzan sin pupila

Yertas miradas de estupor, vigila  
El pavoroso campo de los muertos.

## II.

La tarde era apacible; el sol lucía  
Tras niebla pasajera,  
Que al reflejar del íris los colores,  
Como un sueño de amor se deshacía,  
Como un sueño de amor se deshacía,  
En esa lluvia mansa y placentera  
Que el valle puebla de tempranas flores,  
Y da al viento los cálidos olores  
De la tierra mojada en primavera.

Sobre el oscuro verde de los prados,  
Del sol á los reflejos,  
Sus sombras paseaban los nublados;  
Y allá léjos, muy léjos,  
De la niebla rompiéndose los tules,  
Veíanse vertientes y collados  
Irse perdiendo en límites azules.

Del fondo de aquel valle donde humea  
La pequeña barriada de una aldea,  
Pausado, triste y lento  
Surge tambien, y en el espacio ondea,  
De una campana el funerario acento;  
Mientras del valle á la áspera colina  
Que sustenta en su altura  
El cementerio de una iglesia en ruína,

Subiendo va, como serpiente, oscura,  
Senda tortuosa y pina,  
Muchedumbre que reza ó que murmura.

## III.

Canta la clerecía, el pueblo llora,  
El bronce tañe, la mortuoria caja  
Al fondo oscuro de la fosa baja,  
Y retumbando en cavidad sonora  
La tierra en paletadas se desgaja.  
La postrera oracion dice la gente;  
Cesa el rumor; descende por la cumbre,  
Dispersa, la callada muchedumbre;  
Con crujido estridente,  
Los goznes gimen de la añosa puerta;  
Nace otra cruz en la region desierta,  
Y en vibracion lejana,  
Sigue diciendo al viento la campana  
Que allí quedan los restos de una muerta.

Más tarde, cuando pálida declina  
La claridad del día y vagorosa  
Quiebra del horizonte la neblina  
Y por el cielo sube silenciosa  
La luna que los campos ilumina,  
Dos hombres, de la noche en el misterio,  
Al pié del paredon alto y sombrío  
Que cerca el cementerio,

Segun órden de un párroco indignado,  
A las cenizas del suicida impío  
Dan sepultura fuera de sagrado.

## IV.

Ni una inscripcion grabada en una losa,  
Ni una cruz de madera que atestigüe  
Que un hombre allí reposa.  
Sólo, con prevencion supersticiosa,  
No hay tímida aldeana  
Que, llena de terror, no se santigüe  
Cuando del sitio aquel cruza cercana.

De aquel lugar maldito y desolado  
Cuentan horribles cosas, cuando airado  
El cierzo silva y los nublados mueve  
Sobre el menguante rostro de la luna;  
Cuando el reló con golpe amortiguado  
Hiere el metal que se cubrió de nieve;  
Cuando se mece en el hogar la cuna  
Al compasado ruido de la rueda,  
Rompe en hervor descomunal caldero,  
Se enrojece el hollin, chispea el tuero  
Y arde gimiendo la retama seca.

Dicen entónces, que en la noche oscura,  
De la olvidada fosa del suicida  
Resucitando el alma maldecida

Con azulada claridad fulgura,  
Y en pos de una mujer que adoró en vida  
Saltar la tapia del sagrado intenta.  
Mas vano afan; cuando tocar parece  
Del cercado la cumbre,  
Su claridad opaca y macilenta  
El soplo de la brisa desvanece,  
Y al suelo rueda su apagada lumbre.

## V.

De pedazos de rocas empedrada,  
Fríos y duros como el hado impío,  
Y de espinas de zarza coronada  
Como la imágen del dolor sombrío,  
Del cementerio la pared oscura,  
Cómplice inexorable de la suerte,  
Surgiendo entre una y otra sepultura,  
Los sigue separando hasta en la muerte.

Casualidad ó devoción piadosa,  
Del suicida brotó sobre la fosa  
El flexible ramaje de una hiedra  
Que extendiendo sus brazos amorosa  
Por la pared trepó de piedra en piedra;  
A tiempo que, del muro al otro lado,  
Sobre el sepulcro dentro de sagrado,  
Nació un rosal, que al rebasar creciendo  
La tapia del cercado,

En sus ramas la hiedra fué prendiendo.

Y siempre que en Abril la brisa mece,  
Sobre lo alto del muro, hojas y flores,  
Tiembra el rosal, la hiedra se extremece,  
Y abrazados publican sus amores.

---

# LA CASA CERRADA

A MI QUERIDO AMIGO

D. URBANO GONZALEZ SERRANO

---

Un sueño fué; más que verdad tenía  
Aquella verde y aromosa vega,  
El lago, aquel, que al viento se movía,  
Aquel cielo en que el sol amanecía  
Y aquella altiva casa solariega.

El lago era sereno y trasparente  
Como el remanso de abundoso río,  
Que ántes que el valladar rebose hirviente,  
En calma gime y riza la corriente  
De blanca espuma sobre azul sombrío.

Era la casa de rugoso muro,  
Que de la aurora al encendido rayo  
Parecía un semblante rojo y duro,

Cuyas ventanas, de enrejado oscuro,  
A las ondas miraban de soslayo.

En el muro, empotrado, aparecía  
Ancho porton, del polvo á la vislumbre,  
Y el musgo con que el roble se cubría;  
Antro cerrado, como tumba fría,  
Lleno de añosa y oxidada herrumbre.

Y en el espacio, enarenado y breve  
Del lago hasta los góticos umbrales,  
Sobre dos cabecitas rosa y nieve,  
Flotaban rizos de oro, al soplo leve  
De la brisa que hendía los maizales.

Eran dos niños que al gemir bravío  
Del hondo lago, y á la informe altura  
De aquel ruinoso castellar sombrío,  
Reían con la cándida frescura  
De las flores que se abren al rocío.

De pronto, el sol se apaga amarillento;  
Tupida nube los espacios puebla;  
Surge del lago horrísono lamento;  
El trueno estalla, se enfurece el viento,  
Y el rayo rompe la cerrada niebla.

Y el lago crece, y al crecer amaga  
Subir bramando á la melena rubia  
Del tierno infante que asustado vaga,

Y amparo pide á la revuelta aciaga  
De las ondas, del rayo y de la lluvia.

Lllaman, y en vano; la oquedad funesta  
Sigue cerrada en el añoso muro;  
Gimen, y el trueno aterrador contesta,  
Y el lago hierve, y á subir se apresta,  
Y el horizonte se hace más oscuro.

En mi afan, por salvarlos, presuroso  
Voy á correr, y quédase mi planta  
Inmóvil á mi esfuerzo generoso;  
Y al pretender gritar gimo anheloso,  
Y el grito aquel no suena en mi garganta.

¡Oh qué angustia! Mas súbito enmudece  
El furioso aquilon; la lluvia cesa;  
En las nubes el iris resplandece;  
El sol sale, y en calma languidece  
El manso lago que la playa besa.

Mece, el maizal, arrulladora brisa;  
En la floresta umbría trina el ave;  
Truecan los niños su temor en risa,  
Y sigue, del cimiento á la cornisa,  
La casa sin abrirse, muda y grave.

—O nadie mora allí, ó á gozo y pena  
Es impasible y de mezquina entraña.—  
Esto dije, y... ¡horror! áspero suena

El rugido feroz de inmunda hiena  
Que una gruta arrojó de la montaña.

Los niños lloran y la fiera embiste;  
La famélica fauce abre furiosa;  
Se apresta á devorar, y otra vez, triste,  
No halla acento mi voz, mi pié resiste,  
Y la casa prosigue silenciosa.

.....  
.....

Despierto al fin bañado en sudor frío.  
¡Oh, qué dicha! Soñado fué mi anhelo;  
Brilla, tras del balcon, el sol de estío,  
En la calle, se aumenta el vocerío,  
Y, la campana, escandaliza, á vuelo.

¡Oh, qué dicha! Tan solo en sueño pasa  
Que el inocente gima, y con crudeza  
Se cierre ante él, la inexorable casa.  
No es sordo el cielo; su piedad sin tasa  
Dicen que acude á todo el que le reza.

---

LIBRO SEGUNDO



ALBORES



AL SEÑOR

DON GREGORIO BLANCO

---

Su nombre, queridísimo tío, al frente de este libro es una justa relación entre su asunto, y la bienhechora influencia que su inquebrantable rectitud de espíritu hasta el mío ha llevado en circunstancias dolorosas de mi vida.



## LA VETA BLANCA.

Era inmenso el taller. La alta techumbre,  
De plomos y cristal, la luz cernía  
Del sol de Italia, en ardoroso estío,  
Y todo era fragor: con pesadumbre  
El martillo al cincel vibrante hería;  
Y el alegre rumor y el vocerío  
De aprendices y artistas, se perdía  
Junto, con el crujido del herraje,  
Cuando en el mármol que desvasta choca.  
Y aquel continuo martillar de fragua,  
Y aquel sordo murmullo de oleaje  
Al asaltar la roca,  
Extremecían techo y pavimento,  
Con extraño rumor de fuego y agua  
Unido á un manso susurrar de viento.

Sobre ancha losa, cuyo negro oscuro,  
Era cual de azabache cristalino,  
Encorvábese un hombre, y en el duro  
Seno de mármol, sin cesar clavaba  
El acerado escoplo florentino.  
Mas, en la negra superficie lisa,  
De mármol de Alabanda tenebroso:  
Como giron que desgajó la brisa  
Sobre un fondo de cielo tormentoso;  
Como luz zodiacal, cuando indecisa  
Corta centelleante  
El negro espacio de la noche inmensa;  
Pálida veta, de través surgiendo,  
Cual lágrima de luz rauda y brillante  
Entre sombras cayendo,  
Manchó del mármol la negrura densa.

El escultor, labrando, se afanaba  
En agotar la mancha, y sorprendido  
Veía que aunque el mármol desgastaba,  
Desde el fondo, surgiendo, se agrandaba  
El luminoso trazo aparecido.  
Y á la impotencia de su empeño vano  
Debió sentir la saña del tirano  
Que la luz aborrece,  
Y ahogarla en sombra intenta, y se extremece  
Cuando á los golpes de su airada mano,  
La luz herida se dilata y crece.

Yo tambien, golpeando aquí, en mi seno,

---

Como el artista aquel sobre la losa,  
En medio de la noche tempestuosa  
Y las tinieblas de que se halla lleno,  
Veo, á veces, surgir vagos albores,  
Manchas de luz, radiantes rasgadasuras,  
Que al modo de las flores  
Que aumentan del abismo los horrores,  
Vienen á hacer mis sombras más oscuras.

Si á este fondo de duelo en mí constante,  
Negro como aquel mármol, por acaso  
Le cruza una ilusion vaga y errante,  
Meteoro de paso,  
Con su fulgor mi oscuridad inquieta  
Y muere al fin, que en mi alma de poeta  
En que la sombra manda  
Es tan rara la luz, como es la veta  
En el oscuro mármol de Alabanda.

---

# LA OLA



A MI QUERIDO AMIGO

J. ORTEGA MUNILLA

---

Sus huesos se han convertido en corales, sus ojos en perlas. Nada de él ha perecido.

SHAKESPEARE.—*La tempestad.*

En la márgen azul del mar sereno  
Riza la brisa un pliegue que, oscilando  
Va creciendo á la par que va rodando  
Sobre el espacio por las aguas lleno.

Rie, murmura, estalla como el trueno  
Su corona de espuma levantando;  
Se agita, hierve, y con fragor bramando  
Se hunde en el mar que le arrulló en su seno.

Y en sus aguas disuelta y esparcida  
Al rugir de otra ola brava y fiera,  
En nueva forma, adquiere nueva vida.

Una ola es el hombre; áun cuando muera  
Su esencia existe; la ola es destruída,  
Pero el mar ni perece ni se altera.

# PROMETEO <sup>(5)</sup>



A MI QUÉRIDO AMIGO

DON RAMON CAMPOAMOR.

---

¡Grandes Dioses! yo sufro males  
innumerables: todo mi pueblo des-  
fallece y toda la ciencia humana  
es impotente á socorrerle.

SÓPHOCLES.—*Edipo Rey.*

Las gradas estaban llenas;  
Ruidosa y alborotada  
La muchedumbre apiñada  
Cabía en el circo apénas.  
Desierta quedóse Atenas  
Desde el Pireo al Pecilo,  
Que más que al famoso Milo  
El atleta de Crotona,  
El pueblo aplaude y pregona  
Los personajes de Esquilo.

Hierva la inmensa canalla  
Con estrépito sonoro;  
Comienza á cantar el coro  
Y el ronco murmullo calla.  
Cruza el rayo, el trueno estalla;  
Sobre el Cáucaso elevado,  
Desnudo y ensangrentado  
Gime un hombre sin consuelo,  
Pero en vano clama al cielo  
Prometeo encadenado.

De aquel gigante caído  
Que en vano impotente lucha,  
Con espanto, el pueblo escucha  
El aterrador gemido.  
Bate el pueblo conmovido  
Las palmas con emocion,  
Sin saber que la ficcion  
Que en el escenario aprueba,  
Es la tragedia que lleva  
El hombre en el corazon.

Como gigante oprimido  
Que se revuelve y se agita,  
Así el corazon palpita  
Dentro del pecho escondido.  
Misterio no comprendido  
Que le condena á ser reo,  
Cadenas forja al deseo  
Que intenta romper en vano;

Cada corazon humano  
Lleva dentro un Prometeo.

No hay razon por que se asombre  
El pueblo ante aquella escena:  
Arriba, el cielo que truena;  
Abajo, el dolor del hombre.  
De otra tragedia sin nombre  
La humanidad es actora;  
Eterna y aterradora  
La gran tragedia se mueve:  
Arriba el cielo que llueve;  
Abajo el hombre que llora.

Inquietud gigante, inmensa,  
Que al espíritu combate;  
Lo que en el corazon late,  
Lo que en el cerebro piensa.  
Esa vaguedad intensa  
En que se agita el deseo:  
Fé inspirada en Galileo,  
Constancia heróica en Colon,  
Ensueño, caos, razon,  
¡Prometeo, Prometeo!

Destino, error, fatalismo,  
Virtud, serena conciencia...  
De un lado, el bien y la ciencia;  
Del otro, el mal y el abismo.  
En medio, noble heroismo

Que alienta en el corazón:  
Por el hombre, abnegación;  
Por la patria, libertad;  
Por el progreso, verdad;  
Por el cielo, religión.

Firme fé, que contra el yugo  
De la ignorancia y del vicio  
En heroico sacrificio  
Su cerviz rinde al verdugo.  
Defender al bien le plugo  
En titánica disputa,  
Y el temor nunca la inmuta;  
Ante el bien, nada le arredra;  
Ni Esteban teme la piedra,  
Ni Sócrates la cicuta.

El cielo airado; teñido  
De nieblas el horizonte;  
Sobre la cima de un monte,  
Desnudo un hombre oprimido.  
Mal que triunfa; bien vencido;  
Verbo de Dios encarnado...  
Cristo en la cruz enclavado...  
Llanto y dolor... No os asombre.  
Es la tragedia del hombre:  
Prometeo encadenado.

Rodando en la inmensidad  
Peñasco informe es la tierra,

---

Quebrado monte que encierra  
Sujeta á la humanidad.  
Luchando por la verdad  
Y de la ignorancia esclava,  
Su dolor el tiempo agrava  
Y su mal nunca remedia;  
Esa es la eterna tragedia,  
Tragedia que no se acaba.

¡Ay! al pueblo que aplaudia,  
Más que el esfuerzo de Milo,  
El génio sacro de Esquilo  
Que el Prometeo escribía,  
Nadie le dijo aquel día:  
La poética ficcion  
Que tu aplauso y tu emocion,  
En el escenario, aprueba,  
Es la tragedia que lleva  
El hombre en el corazon.

---

# ELECCION

---

A MI QUERIDO AMIGO EMILIO FERRARE

---

Mi mente juvenil enardecida,  
Soñára en la feliz adolescencia  
Un ideal de amor y de inocencia;  
Y á la belleza idolatré rendida.

Crecí en edad; dolores de la vida  
Me dieron la verdad de la experiencia;  
Y á la belleza preferí la ciencia,  
Y hallé en la ciencia la quietud perdida.

Despues, el tiempo me enseñó cuán vano  
Era el saber que del orgullo es hijo,  
Y de la ciencia desprecié el arcano.

Mas nuevo norte aparecióse fijo:  
La virtud era; me tendió su mano,  
Y desde entónces la virtud elijo.

# ASPASIA.

---

## I.

Sobre el mullido lecho recostada;  
De rosas y de lirios coronada  
La blonda cabellera de mi frente;  
La estancia perfumada  
Por aromas traídos del Oriente;  
En torno de mis ojos,  
Danzando al son de la armoniosa lira,  
Mis esclavas doncellas,  
Mientras el vino gira  
Sobre las copas en raudales rojos,  
Y los dulces sonidos  
Que á Anacreon amor inspiró tierno,  
Arrullan mis oidos.

Sin ceñir la cintura;  
El talle con holgura  
Entre pliegues velado;

Desnudo el hombro, el brazo aprisionado  
Por brazaletes de oro;  
El blanco cuello, orlado  
Por ágatas que valen un tesoro;  
El ancho escote abierto,  
Y movido de amor y de ternura  
El palpitante seno descubierto....  
A Eros, Dios del placer, hora tras hora,  
Mi vida le consagro,  
Desde que Apolo el horizonte dora  
Hasta morir el día;  
Desde el principio de la noche umbría  
Hasta la nueva aurora.

## II.

Extranjero venido  
De remotos lugares,  
Surcando en tu bajel los roncocos mares  
Por admirar á Atenas,  
La ciudad del saber, cuyo renombre  
Llevó la fama con veloces alas;  
Su genio no te asombre,  
Que en su cerco de almenas,  
Se alza y preside, la divina Palas.

Aquí es donde se aprende  
De Platon y de Sócrates la ciencia,  
El hablar de Alcibiades,  
De Solon la prudencia,

Y el valor de Cimon y de Milciades.  
Y si de Apolo al fuego  
Tu corazon se abrasa de entusiasmo,  
De la lira de Píndaro los sonos,  
De Sóphocles las nuevas invenciones  
Oirás, enmudecido  
De admiracion y pasmo.

Mas, sí, tu pecho juvenil y amante,  
Eros enciende y, en sus goces, quieres  
Entibiar los latidos de tus venas,  
Con deleite y placeres,  
Afrodite, tambien preside á Atenas.

## III.

Ven, ven á mi morada  
Y á la ventura entrega tus sentidos.  
Mi casa, rodeada  
De columnas, á un templo se parece.  
Un rosal allí crece,  
Emblema del sigilo  
Que el amor apetece.  
Abrese, luégo, el ancho peristilo  
Y el átrio lleno de agrupadas flores,  
De perfumado aliento.  
Rico tapiz, en Pérgamo labrado,  
De Apolo ardiente templa los rigores  
Y sombra da al hermoso pavimento  
De mármol de colores.

Más allá, en el vestíbulo, indecisa  
La claridad se extiende,  
Y como albor de luna se derrama,  
Y en trípodes de plata arde la llama  
Del pebetero que, su aroma tiende,  
En alas de la brisa.  
Allí, están mis esclavas de Beocia,  
En ropas, blancas cual la nieve, envueltas;  
Es pálida su tez, sus ojos bellos,  
Sus cinturas esbeltas,  
Y al ébano semejan sus cabellos.

Ellas de rosas ceñirán tu frente  
Y soltarán la espada de tu cinto,  
Y enjugarán con telas de Corinto  
Tus piés, bañados en dorada fuente.

## IV.

Penetrarás, por fin, al gineceo,  
Y me verás sentada  
En ancho lecho de marfil de Siria  
Y de oro del Pangeo.  
Haré que á tu llegada  
Mis Thesalianas, en tocar famosas,  
Eleven sus canciones,  
De la lira al compás, en dulces sonos;  
En tanto que, bailando voluptuosas,  
Giran medio desnudas  
Las Lesbianas hermosas.

Yo haré que te presenten á porfía  
De Zerasus el fruto apetecido,  
Dulce como la miel que Himeto cria;  
Vino en Chipre cogido,  
Y que entre hielo de Oloson se enfría;  
Quesos de Cytnos, tortas de Megara;  
Una fuente de plata, donde humea  
Cecina de la Eubea;  
Miel del Taigeto, trasparente y clara;  
Rubios racimos de Andros y de Herea,  
Y un jabalí dentado,  
Que aún tiene, el dardo del Lacon, clavado.

¿Acaso viste en Gnido  
A Afrodite, la diosa  
Por Praxiteles con primor tallada?  
¿Viste su planta noble y majestuosa,  
Su forma vigorosa  
Y su faz de belleza no igualada?  
¿Viste á Parthenia y al divino Apolo  
Que Fidias esculpiera?  
Mayor tu asombro fuera  
Al admirar mi brazo torneado,  
Mi talle, que de gracias está lleno,  
Mi dorso, cual Pentélico labrado  
Y mi robusto seno.

De Fidias las estatuas voluptuosas  
Y el cincel que admiraste en Praxiteles,  
Y sus obras famosas,

Son inspiradas en las gracias mías.  
Divina es mi beldad; Zeuxis y Apeles  
Jamás tanta belleza imaginaron  
Al mover su pinceles.

## V.

Ven, ven, y mi hermosura  
Deja que te consagre  
Desde que Apolo el horizonte dora  
Hasta morir el día;  
Desde el principio de la noche umbria  
Hasta la nueva aurora.

---

# ARMINDA.



A MI QUERIDO AMIGO JOSÉ VELARDE.

## I.

¡Oh, tú, mancebo gallardo,  
El de rubia cabellera  
Medio oculta por la pluma  
De una gorra milanesa,  
Roja cruz de paño grana,  
De tu noble pecho llevas,  
Y una espada de Toledo  
De tu cinto va sujeta,  
Y en la tez de tu semblante,  
Donde el bozo nació apénas,  
El sol de la Palestina  
Su tostada luz refleja;  
Tén el paso presuroso,  
Y dime, si desde Edesa

A Bretaña y Normandía,  
Viste dama que me exceda  
En lo dulce de los ojos  
Y en lo luengo de las trenzas.

## II.

Dueña soy de este castillo  
Coronado por almenas,  
Y ceñido de anchos fosos  
Y labrado sobre piedras.  
Sola vivo con mi padre,  
El señor de las aldeas,  
De los sotos y campiñas  
En contorno de dos leguas.  
Es de reyes mi linaje,  
Quince Abriles tengo apénas,  
Y me cantan por hermosa  
Los juglares de Provenza.  
Sé de amores lo que dicen  
En sus trovas los poetas,  
Que, aún amor, no ha penetrado  
En mi pecho de dondella;  
Nunca salgo del castillo  
Sinó al prado ó á la vega,  
O á la caza con mi padre  
Por la falda de la sierra.  
Triste y sola en esta torre  
La blanca aurora me encuentra,  
Y también me halla la luna

Triste y sola como ella.  
Una imágen de María  
Y un breviario de vitela  
Y un laud y unas agujas  
Consolaban mi tristeza.  
Ya, ni rezos ni cantares  
Me entretienen en mis penas,  
Y mis manos ya no toman  
Los bordados y la rueca.

## III.

Ven, las noches del estío,  
Cuando á mi ventana llegan  
En los besos de la brisa  
Los murmullos de la vega.  
Ven, á la hora misteriosa  
En que la luna se eleva,  
Y en los vidrios de colores  
Luz fantástica refleja.  
Cuando se agitan los fosos  
Con claridades inciertas  
Y se encienden las ojivas  
En las góticas iglesias.  
Cuando, en torno del castillo,  
Fatigado el centinela,  
Calla el cántico guerrero  
Y se duerme en las almenas.  
Yo veré, de mi ventana,  
El albor de tu cimera

---

Y oiré, el galope lejano  
De tu bridon, en las piedras;  
Y al sonido de tu guzla,  
Me cantarás tus endechas,  
Hasta que la aurora ría  
Y se apaguen las estrellas.

# EL TIEMPO

---

A MI QUERIDO AMIGO

MANUEL DE LA REVILLA (6)

---

¿Qué es el tiempo? ¿El metálico gemido  
Del péndulo que muévase á compás?  
¿Las horas que á las horas se suceden?  
¿Los días que se van?

¿La pompa del abril, presto agostada  
Por los rayos del sol canicular,  
A cuyo ardor se siguen los rigores  
Del invierno glacial?

¿El impetuoso giro de la tierra  
Rodando en el espacio sin cesar?  
¿La marcha de mil mundos que cruzándose  
Pueblan la inmensidad?

¿O es el latir del corazón humano,  
Que, preso en cárcel mísera y mortal,  
Dentro del pecho, es el reloj que marca  
La vida que se va?

¿Qué es un instante? ¿El vuelo presuroso  
Del minuterero rápido al girar?  
¿El paso de la ráfaga que impele  
Rugiente vendabal?

¿Es la estrella que surca el horizonte  
Como piedra lanzada de un volcán?  
¿Es de la nube oscura y tenebrosa  
Relámpago fugaz?

¿Es el grano de arena suspendido  
Entre cóncavos senos de cristal,  
Monótono cayendo acompasado  
Con incesante afán?

¿O es el tiempo que tarda el pensamiento  
El espacio sin límite en cruzar,  
Trasportándose á tiempos que pasaron  
O á tiempos que vendrán?

¿Qué es un siglo? Cien giros de la tierra  
En torno del inmenso luminar,  
Centro de mundos que á su luz se agitan  
Con eterno compás.

Cien años que alumbraron sobre el globo  
Generaciones que al sepulcro van,  
Y otras generaciones que á la vida  
Se empiezan á animar.

Una página más para la Historia,  
Que en sus anales escribir podrá  
Las hazañas de pueblos que durmiendo  
En el olvido están.

Satélite de un sol, que de otro centro  
Quién sabe si satélite será.  
¿Son los cien años, siglo de la tierra,  
Sólo un día solar?

¿Qué es el instante al siglo? Gota de agua,  
Del mar, perdida, en la ancha inmensidad.  
¿Qué son los siglos en lo eterno? Instantes,  
Instantes nada más.

¿Quién, prefijando límites al tiempo,  
Lo que es el tiempo intentará explicar,  
Si despues de pasado todo un siglo  
Es á un momento igual?

¿Si al alma que padece, es una hora  
Un año de sufrir y de penar,  
Y el dia que es al alma venturoso  
Es instante fugaz?

.....

.....

Los años ¡ay! su destructora huella  
Imprimen en la máquina mortal,  
Masa de sangre y nervios que se mueve  
Y al alma hace pensar.

Los años son los surcos que en el rostro  
Preceden á la triste ancianidad;  
Las canas de las sienes desprendidas  
Que el viento hace volar;

La muerte que los miembros entorpece;  
La tumba con su mármol funeral;  
La vida de los restos cinerarios  
Tornando á germinar;

Las grietas que en el muro endurecido  
Abriera con su azote el temporal;  
La piedra que al rodar de la cornisa  
Empuja á las demás.

Lo que despojo fuera del pasado  
Y que del porvenir gérmen será;  
Lo que, mudando, cambia; ese es el tiempo;  
El tiempo es el mudar.

Y en medio de este piélagos infinito  
Cuyas olas se agitan sin cesar  
En formas que se chocan y se cruzan  
Que vienen y que van;

Gigante roca en vano combatida

Por las rugientes olas de aquel mar...  
Del tiempo, mar sin límites, cercada,  
Se alza la eternidad.

.....  
.....  
¡Ay pobre corazón! en tus latidos  
Cuento mi vida que á perderse vá,  
Antes que por cien veces trace el globo  
Su círculo solar.

Tus compasados golpes tiempo marcan;  
Lo que es sujeto al tiempo morirá;  
La vida que latir siento en mi pecho  
Un día ha de acabar.

¡Mas ay! el alma que medita y quiere,  
El alma cuyo vuelo espiritual  
Ni se contiene en tiempo ni en espacio  
Y es libre en su pensar,

No morirá con el postrer latido  
Que dé en el tiempo el corazón mortal;  
Ante el tiempo lo eterno se levanta,  
Y en mí lo eterno está.

---

## IN ILLO TËMPORE.

---

### Á MI QUERIDA HERMANA CECILIA

---

Cuántas veces sentada en mis rodillas,  
Hastiada ya de oirme las consejas  
De la beldad de *los cabellos de oro*  
Y de la pobre y súa *cenicienta*,  
Háblame, me decías, de las cosas  
Que hay arriba en el cielo, y de las guerras  
Que hubo en la antigüedad; y yo, Cecilia,  
Con avidez, en tus pupilas negras  
Sorprendía la luz en que irradiaba  
Una infantil curiosidad de ciencia;  
Y te contaba hazañas y conquistas,  
Y te hablaba de mundos y de estrellas.  
Hoy que eres niña aún, y que los versos  
Amas y en su armonía te deleitas,

Oye, y en lo más íntimo del alma  
Lo que te voy á referir conserva.

—

En aquel tiempo en que Jesús venía  
Del mar de Cinnereth por la ribera,  
Vió que un hombre azotaba á un hijo suyo;  
Y le dijo Jesús:—¿Por qué le pegas?  
Y el hombre dijo:—Descuidado y torpe  
Es el muchacho; me perdió una oveja.  
—¿No más?—dijo Jesús.—Rompió unas redes  
Que en Bethsaida compré, y estaban nuevas.  
Y le dijo Jesús:—¿No más?—Y el hombre:  
—No más;—dijo.—Y volviendo la cabeza  
Jesús á los discípulos y á todos  
Los que detrás seguíanle de cerca:  
—En verdad, exclamó, que el hombre es malo;  
Nunca en su hijuelo se cebó la fiera  
Y, éste se vuelve airado y rencoroso  
Contra la misma sangre de sus venas.  
Y dijo al hombre:—¿En las profundas aguas  
Y en el profundo umbrío de las selvas  
Pudiste penetrar? ¿Sabes si al fondo  
Llegó la red y se quebró en las peñas,  
Y si de las montañas bajó el lobo  
Y en noche oscura se llevó la oveja?  
¡Ay! ¡Si el padre del cielo nos juzgara  
Como tú juzgas, padre de la tierra!  
¡El, que todo lo ve, todo perdona  
Y tú, que ciego estás, hieres sin pena!

Y luego, la parábola contando  
Del pródigo que huyó á lejanas tierras,  
Y pobre y pecador y envilecido  
Volvió temblando á la mansion paterna,  
Y halló, en vez de castigos alegrías,  
Y en vez de reprensiones halló fiestas,  
Al hombre dijo:—Si al perverso y malo  
El padre trató así, ¿por qué se venga,  
Tu cólera, en la hechura de tu cuerpo  
Que un alma pura y sin delito alienta?  
Mi padre, te le dió para honra tuya,  
No para que le humilles ni le ofendas.  
Si te falta, perdónale, y si vuelve  
Otra vez á faltar ponle á tu diestra.

Esto dijo Jesús; y por las playas  
Siguió del Cinnereth, cuando la estrella  
De la tarde subía en los espacios  
Y bajaban las sombras de las sierras.

LA CLAVELLINA AZUL.

POEMA

A MI AMIGA

LA SEÑORITA DOÑA MARÍA DEL PILAR RANCEL.

CANTO PRIMERO.

LAS FLORES PASAN.

I.

Treinta años tiene, y de hastío  
 Se muere el pobre baron;  
 Es de noche, siente frío,  
 Arroja al fuego un tizon  
 Y exclama:—¡Qué desvarío!  
 Mi frío es del corazon.  
 Pues murió cuanto he amado,  
 Nada me queda que hacer  
 Sinó vivir del pasado.—  
 Abre luégo un *secreter*,

Saca un libro encuadernado,  
Y así comienza á leer:

## II.

«La he visto, y al mirarla frente á frente  
He temblado de dicha y de dolor;  
Estaba escrita en su mirada ardiente

    Mi sentencia de amor.»

## III.

«Ella miró; yo la ví.  
¿Me amas? mi voz preguntó;  
Si su voz dijo que no  
Su mirar dijo que sí.  
Desde entónces aprendí  
Que son pueriles enojos  
Sufrir por dos labios rojos  
Que al pecho causan agravios;  
Que á veces niegan los labios  
Lo que confiesan los ojos.»

## IV.

«Como en uno se juntan los colores  
En la paleta que el pintor prepara;  
Cual dos notas que forman un suspiro  
    Robado á un arpa.

Cual dos olas que ríen y se chocan  
Y en una se confunden y se enlazan ;  
Así, cuando nos vimos, se juntaron  
Nuestras dos almas.»

## V.

«*Marzo, catorce.* Del color del cielo  
Era el traje de seda que hoy vestía,  
Y negro cual sus ojos era el velo  
Que sobre el rostro el viento removía.  
La he mirado en silencio y he sentido  
Su mano que en mi brazo descansaba;  
Después huyó: después de su vestido  
Vió el azul que crugiendo se alejaba.  
Después... cuando perdíase en el valle  
Con breve paso y gracia peregrina,  
Por el color y la esbeltez del talle  
Me pareció azulada clavellina.»

## VI.

Al llegar aquí el baron,  
Llevó con triste ademan  
Una mano al corazón  
Y dijo:—De aquel volcan  
Aún siento la combustion.—

## CANTO II.

## LAS HOJAS SE MARCHITAN.

III.

—

I.

¿Quién cuando niño en apacible otoño,  
Corriendo por los valles,

No vió las nieblas que en girones cruzan  
Los verdes prados al morir la tarde?

¿Quién no vió del vapor en los reflejos

Lagos, torres, ciudades,  
Montes de nieve, gasas gigantescas  
Y ejércitos de sombras sepulcrales?

Se corre en pos de la ilusión, se llega,

Y todo es sombra y aire;  
Se sigue, y á la espalda y á lo léjos  
Surge otra vez la perseguida imagen.

## II.

El baron pretendía  
No mirar el fantasma del pasado  
Que en el fondo de su alma aparecía;  
Y cuanto más huía,  
Por la distancia más hermoseedo,  
Más plácido y feliz le sonreía.

## III.

Y murmuraba el baron  
Con infantil sencillez:  
—La amé con tanta pasion,  
Que mi pobre corazon  
No puede amar otra vez.

## IV.

Y un día que besaba delirante  
Un papel y unas flores que guardaba  
Como únicos recuerdos de su amante,  
Con tristeza exclamaba:  
—¿Qué me queda de aquel sueño de amores?  
Una página escrita,  
Una flor ya marchita,  
Un recuerdo que vive de dolor.  
Tambien junto á las tumbas nacen flores;  
Tambien las tumbas inscripcion reciben;

Tambien recuerdos de las tumbas viven;  
Tambien murió mi amor.

## V.

Despues, con la audaz bravura  
De la fiebre ó la locura,  
Se abalanza sobre el pliego,  
Sonríe con amargura,  
Lo rompe y lo arroja al fuego.  
Y no teniendo valor  
De condenar á la flor  
Al castigo del papel,  
El cerrado mirador  
Abre, y la arroja por él.

### CANTO III.

INVIERNO.

—

I.

Se engaña quien imagina  
Desarraigar la pasión  
Que en el corazón germina.  
¿Quién arrancará la espina  
Sin que muera el corazón?

II.

Después del día aquel, ¡cuántas veladas  
Absorto y delirante  
Pasaba imaginando que en la lumbre,  
Que un infierno pequeño parecía,  
La carta de su amante,  
Rota y quemada, súbito surgía!  
Y unas veces, cual ráudo meteoro

Que los espacios cruza en noche oscura,  
Como en lluvia de luz, de amor las frases  
Con asombro veía  
Escritas en el aire, en letras de oro;  
Y al saltar una chispa que fulgura,  
Imaginaba, en loco desvarío,  
Leer un *¡yo te adoro!*  
Y ver escrito en fuego un *¡Carlos mío!*  
Y al recordar sus dichas amorosas,  
Veía en los fantásticos encajes,  
De ráfagas y luces caprichosas  
Surgir y deshacerse los paisajes.  
De la ceniza en la nevada cumbre  
La casa de María;  
Allá léjos los bosques y collados  
Al reflejo de rosa que la lumbre  
Cual luz de aurora envía;  
La llama sobre el leño ennegrecido  
Ondula como diáfana corriente,  
Y de un valle de fuego en la vertiente  
Tiembla una sombra, cruje un estallido,  
Y el admirado amante, en su embeleso,  
Ve, en la sombra, la falda de un vestido  
Y oye, en la leña, el estallar de un beso.

## III.

Por eso en esta ocasion  
Dijo otra vez el baron:  
—Con tan loca insensatez

La amé, que no sin razon  
 Pienso que mi corazon  
 No puede amar otra vez.

## IV.

Y no pudiendo olvidar  
 La carta y la flor azul,  
 Dejó su casa y su hogar  
 Y no paró de viajar  
 Desde Madrid á Stambul.

### CANTO IV.

#### PRIMAVERA.



#### I.

El cielo estaba azul, el sol ardía,  
 La brisa murmuraba,  
 Todo sobre la tierra sonreía:  
 Era Abril que llegaba.

Del estanque en las olas  
 Rielaba la luz del firmamento,  
 Y en sus aguas hundían las corolas,  
 Azotadas del viento,  
 Azules campanillas,  
 Y flores amarillas  
 Y rojas amapolas.

Florecían la zarza y los espinos  
 Que bordan á lo largo los caminos,

Y las verdes laderas,  
Y el almendro, y el árbol del amor:  
Y trepaban ligeras,  
Los troncos de los sauces y los pinos,  
Altas enredaderas  
Que abren al viento su morada flor.

Todo sobre la tierra sonreía:  
La brisa murmuraba,  
El cielo estaba azul, el sol ardía;  
Era Abril que llegaba.

## II.

Decían en el zaguan  
Los criados del baron:  
—Baja el coche á la estacion  
Y á las nueve llegarán.

## III.

—En los dos años que ha faltado usía  
Nadie ha entrado hasta aquí.  
—Está bien. Vete. En tan hermoso día  
Bello estará el jardín.

.....  
.....

—¡Qué miro! ¡Oh Dios! ¿La flor marchita y lacia  
Que aquel día arrojé,

Prendió, y subiendo en ondulante gracia  
Ya en mi balcon se ve?

## IV.

Preocupado y sombrío  
Penetró en la habitacion;  
Mas, realidad ó extravío,  
Oyó decir: ¡Cárlos mío!  
Con acento de pasion.

Volvió espantados los ojos,  
Vió en el suelo los despojos  
De sus memorias escritas,  
Y dijo lleno de enojos:  
—¡Conciencia, por qué me gritas!

## V.

«*Marzo, catorce.* Del color del cielo  
Era el traje de seda que hoy vestía,  
Y negro cual sus ojos era el velo  
Que sobre el rostro el viento removía.  
La he mirado en silencio, y he sentido  
Su mano que en mi brazo descansaba;  
Despues huyó: despues de su vestido  
Ví el azul que crugiendo se alejaba;  
Despues... cuando perdíase en el valle  
Con breve paso y gracia peregrina

Por el color y la esbeltez del talle  
Me pareció azulada clavellina.»

## VI.

Rompió el papel el baron  
Cuando acabó de leer,  
A tiempo que en el salon  
Entró una hermosa mujer.

Miéntas se oyó en el zaguan:  
—¿Para curar el *esplin*,  
Los nobles de España irán  
A enamorarse á Berlin?

## CANTO V.

### LAS FLORES VUELVEN.

---

#### I.

Cuenta la historia que despues del día  
En que volvió el baron, en compañía  
De la Vénus prusiana, que es su esposa,  
Ya no volvió á acordarse de María.

#### II.

Mas cuando llega la estacion hermosa  
En que la tierra cúbrese de flores,  
Hasta el balcon se suben columpiando  
Largas enredaderas,  
Que en florecer son siempre las primeras  
De las brisas de Abril al soplo blando.  
No son lilas, ni lirios, ni abedules;

No son sinó pequeñas campanillas  
De cálices azules  
Que nacieron de aquellas florecillas  
Lanzadas al espacio  
Por el hastiado dueño de un palacio.

## III.

Sus recuerdos de dichas y de amores  
Imaginó el baron  
Arrancar, arrojando aquellas flores  
Por encima del hierro de un balcon.  
Mas vano afan; las flores arrojadas  
Brotaron en el suelo de un vergel;  
Y sus pasiones yertas y apagadas,  
De nuevo, un día fueron evocadas  
Y nacieron en él.

Del corazon la eterna primavera  
Ignoraba el baron, y en su quimera,  
Por no poder amar huyó á Stambul;  
Y el día en que volvió regenerado  
Adorando á una hermosa compañera,  
Imágen de su amor resucitado,  
Vió en su balcon la CLAVELLINA AZUL.

---

## AMBROSIO Y BERNARDO



A MI QUERIDO AMIGO

TOMÁS SENDEROS.

---

En esta santa mansion,  
Ni son todos los que están  
Ni están todos los que son.

*(Campoamor.)*

Había en un hospital  
De locos, que yo me sé,  
Dos, que tuvieron á fé  
Una manía especial.

El uno, una carabina  
Forjó de caña horadada,  
Y el otro, se hizo una espada  
De cierto palo de encina.

Y los dos, con su arma al brazo,  
Se paseaban diciendo:

—«Si saco el sable y la emprendo...»

—«Si apunto y doy un balazo...»

Y, haciendo los temerones,  
Uno en el suelo afilaba  
El palo, y otro cargaba  
La escoba con cañamones.

El de la espada decía:  
—«Yo soy Alejandro el Grande:  
No hay region en que no mande  
La ley de la espada mía.»

Y el de la escoba:—«Es completa  
Mi gloria; á los ojos salta:  
Hasta la estrella más alta  
Alcanzo con mi escopeta.»

El uno:—«El nudo gordiano  
He de cortar, si yo quiero.»  
Otro:—«Si tiro á un lucero,  
Lo tendré al punto en la mano.»

—«¡Quién de mi furor se salva,  
Si el mundo á mis plantas miro!»  
—«¡Quién me iguala, si de un tiro  
Parto al lucero del alba!»

Mas, al venir los loqueros,  
Huían de la refriega

El Alejandro *de pega*  
Y el cazador *de luceros*.

Y cuando, poco despues,  
Enjaulados se veían,  
A la par los dos decían:  
—«¡Qué loco, qué loco es!»

Y ambos, puestos á resguardo,  
No cesaban de gritar:  
—«¡Ambrosio es loco de atar!»  
—«¡Es loco de atar Bernardo!»

Añade la tradicion  
Que, del hospital aquél,  
El médico D. Miguel  
Gaspar Nuñez de Leon,

Profundo sabio, al decir  
De cuantos llegó á tratar,  
Los dos locos al mirar  
Llegó un día á prorumpir:

—«Ambrosio y Bernardo son  
Extraños locos á fé:  
Su desvariada razon  
Los ha llevado á un teson  
Que da risa al que los vé.

Pero es lo peor del mal

Que aquel maniático empeño  
Va siendo tan general,  
Que temo que el hospital  
Al cabo será pequeño.

Hay político profundo  
Que, al ver que el mundo está malo,  
Pretende arreglar el mundo.  
¡Pobre loco furibundo  
Que esgrime espada de palo!

Hay otro que se imagina  
Hacer de saber acopio  
Con la lente cristalina.  
¿Qué va de una carabina  
De cañas á un telescopio?

Siempre del linaje humano  
La miseria fué el destino:  
Terrible nudo gordiano  
Que intentan cortar en vano  
Con una espada de pino.

Y aquél que á lo inmenso mira,  
Aquel que en sus ambiciones  
Hasta lo infinito aspira...  
Ese, es un loco que tira  
Al cielo con cañamones.

Ambrosio y Bernardo son

Locos de solemnidad;  
Mas su manía en cuestion  
Es la eterna aspiracion  
Del hombre y la humanidad.

El hombre lucha y se lanza  
Tras de un ideal... ¡Qué importa!  
¡Cómo lograr su esperanza  
*Con un fusil que no alcanza*  
*Y una espada que no corta!»*

---

# Á LA ABOLICION DE LA ESCLAVITUD <sup>(7)</sup>

~~~~~

ODA

Á MI RESPETABLE AMIGO Y EMINENTE MAESTRO

DON NICOLÁS SALMERON Y ALONSO.

¡Una nave! se aparta de la orilla,
Voga veloz; los mares de Occidente
Quiebran sus olas en rizada espuma
En torno de su quilla,
Y la nave, se pierde entre la bruma,
En pos de un continente
Donde clavar la insignia de Castilla.

Agua y cielo; una nave; tres abismos;
Frágil leño que surca el Oceano
Entre abismo y abismo suspendido:
Arriba el cielo, abismo soberano;

Abajo, el mar, abismo no medido;
En medio el hombre, el náuta, el que pelea
Con el cielo y el mar, quien desafia
La rabia de las olas y los vientos,
El que la nave guía,
Otro abismo también, el de la idea.

La amarga onda se embravece y gime:
Con inútil rugir, bate impotente
Frágil tabla que el mar quiebra y oprime,
Rauda nave española
Donde lucha la idea frente á frente
Con el ciego furor del elemento;
En vano el mar se agita turbulento;
No sumerge una ola
Una nave que lleva un pensamiento.

El loco, el génio, el navegante osado,
Tierra descubre; en lontananza brilla
El mundo que Colon hubo soñado,
El mundo que Colon legó á Castilla.

La nave que cruzó por vez primera
La vasta soledad de aquellos mares,
Ocultos en las nieblas del arcano,
Fué la blanca paloma, mensajera
De un ósculo de paz que á un mundo hermano
El mundo antiguo daba.
Sus gérmenes llevó de ciencia y vida
Allende el Oceano,

Cual semilla caída
De un continente al otro desprendida.
Y llega á los postreros horizontes
De la region indiana
La enseña salvadora
Que al mundo libertó de sus cadenas:
La cruz del Redentor que, ardiente, adora
La religion cristiana.

Mas ¡ay! el pueblo emprendedor y bravo
Que á conquistar aspira el globo entero,
Por dominar al indio, le hace esclavo.
De su noble mision reniega impío;
A Dios hacerle plugo
De saber y de paz el mensajero,
Y él se convierte en bárbaro verdugo.

Nave española que en tu proa llevas
Del Salvador del mundo la cruz santa,
Cuyo pesado herraje
Pronto será dogal en la garganta
De los que moran en comarcas nuevas;
Torna tu vista atrás del oleaje
Que el ancho timon deja.
A España vuelve. La doliente queja
Del negro, por tu infamia aprisionado,
A Dios pide venganza.
Vuelve la vista á atrás; Dios ha escuchado
El gemido que lanza
El negro encadenado.



Levántase sombría, oscura, densa,
Niebla que empaña el alba, allá en Oriente.
¿Qué sucede en el viejo continente?
¿Quién esa hoguera inmensa
Que al sol nubla, con fúnebres vapores
Pudo encender en el hispano suelo?
¿Quién pudo?... Sólo el cielo,
El cielo sí, que á esclavitud condena
Al pueblo castellano,
Que en vez de protector, rudo y tirano
A otro pueblo encadena.
¿Esclavitud le diste?
¡Mísera España! Hoy luce en esa llama
Tambien tu esclavitud; hierro y tormento
Diste al cuerpo del negro aprisionado;
La justicia de Dios te ha condenado;
Una hoguera te oprime el pensamiento:
¡La Inquisicion! El negro está vengado.

Tres siglos trascurrieron;
Tres siglos en que España penitente
Espía su extravío,
Y esclava bajo el yugo y poderío
De raza austriaca se rindió su frente;
Y de viles y torpes ambiciones
Que con tirano afan de sus cadenas
Labraron los ferrados eslabones.
Gimió oprimida, pobre, esclavizada.
¡Torpe delito!... A la risueña Antilla
Llevó una esclavitud abominada,

Y en otra esclavitud se hundió Castilla.

.....

.....

.....

Despues, cuando en tus venas
Ardió el amor de libertades patrias,
Con hazaña esforzada y generosa,
Mil veces tus cadenas
Intentaste romper; suerte azarosa
Por largos años impidió tu intento,
Y no porque faltara el ardimiento
Ni la fé al denodado combatiente;
Es que pesaba aún sobre tu frente
Anatema tiránico y sangriento.

Hoy de la libertad en los altares
Borraste tu delito.
Una chispa de fuego hendió los mares,
Y á remotos lugares
Llevó nueva feliz y venturosa.
¡Ya no hay esclavitud! Deja que vibre
El eco de la ley santa y piadosa
Que del esclavo rompe la cadena.
Tambien con ella acaba tu condena;
Desde hoy, España, empiezas á ser libre.

CAIDA.



á mi querido amigo

JOSE ALVAREZ SIERRA.

I.

El torno, veloz, giraba,
El débil hilo silbaba
Al retorcerse en la rueca,
Y la vieja que lo hilaba,
Meciendo el cuerpo, cantaba
Con voz compasada y seca:

«Del cielo baja la nube,
De la nube agua descende,
Y el agua va despeñada
Cayendo, cayendo siempre.

El tiempo en las murallas
Mueve las rocas.
En las ramas, las brisas

Mecen las hojas.
Hojas y piedras,
O siglos las derriban
O al viento ruedan.»

«Primero cayó sentada,
Despues echada y con fiebre,
Y de la cama á la tumba
Cayendo fué hasta la muerte.»

II.

Quebrado el hilo saltó;
La vieja el torno paró,
Y al detenerse á anudar
Como en su canto cesó,
Por lo bajo seguí yo,
Continuando su cantar:

«¡Ay, triste humana vida!
¡Ay, vida humana!
Eres copo de nieve,
Hoja mecida,
Vellon de lana
Que el viento mueve,
Espacio breve
De una caída.»

«Del cielo bajan las lluvias,
Las hojas vienen del bosque,

Las piedras ruedan del muro...
El alma humana, ¿de dónde?

Vellon de lana mecido
Por brisas y vendabales,
Ora hasta el cielo subido,
Ora en el polvo caído,
Ora prendido en zarzales,

El alma cayendo oscila
Y ora hasta el polvo descende,
Ora se eleva tranquila,
Ora al dolor se aniquila,
Cuando entre penas se prende.

Que aunque es rápido el caer
Que dura al alma el vivir,
En brisas se ha de mecer,
Tormentas ha de correr
Y en zarzales se ha de herir.

Hoja leve desprendida
O piedra que se derrumba,
Presurosa ó detenida,
Sigue rodando esta vida
Hasta parar en la tumba.»

NOSTALGIA.

~~~~~  
POEMA  
—

A MI QUERIDO AMIGO ANGEL R. CHAVES.  
—————

## CANTO PRIMERO.

ORGÍA.  
—

I.

Corran los vinos sin fin  
Y aumente la confusion  
De la orgía y del festin  
Hasta embriagar la razon.

Risa, canto y alegría  
Llenen las horas del día,  
Y de placer en placer  
Nos lleven, desde el nacer,  
A la sepultura fría.

Triste vate soñador,  
Sombrío y doliente sabio,  
Abrid el pecho al amor,  
La copa llevad al labio;

Que es la vida, sin amores,  
Como un desierto sin flores,  
Y es el vino manantial  
De beleño celestial,  
Que amortigua los dolores.

## II.

En quimera imaginaria,  
Hay quien sueña con lo inmenso  
Y eleva vana plegaria  
Entre espirales de incienso;

Y al son del órgano grave,  
Que se pierde por la nave  
De la catedral sombría,  
El pueblo, rezando, fía  
Que el rezo su mal acabe.

Y el viento que el eco lleva,  
En lamentos prolongados,  
Repite:—«Los hijos de Eva  
A tí claman desterrados.»

Vanas frases suplicantes;

No saben los ignorantes  
Que en la queja está su yerro,  
Pues no puede haber destierro  
Sin haber libertad ántes.

A no ser que, con Platon,  
Quieran afirmar tambien,  
Que ciertas ideas son  
Recuerdos de un vago eden.

¡Vanidad, sueño, locura!  
La vida es tiempo que dura  
Desde el nacer al morir;  
Nada es ántes de vivir  
Y nada en la sepultura.

## III.

Pues es tan corto el camino,  
La vida sembrad de flores,  
Ahogad las penas en vino,  
Buscad deleite y amores.

Y nunca, por vuestro mal,  
Corráis tras el ideal  
De otra existencia mejor;  
Ideal que hundi6 en dolor  
La existencia de Pascal.

Vano ideal que á la vida

En yugo opresor convierte  
Y, sólo, á dicha convida  
En las sombras de la muerte.

## IV.

Todo el humano saber  
Nunca podrá resolver  
De vida ántes y futura,  
Sinó que, la vida dura  
Al morir desde el nacer.

## CANTO II.

HISTORIA DE UN ALMA.

---

### I.

¡Abre tus puertas, destino!  
Yo anhele andar el camino  
Sin preguntar dónde estoy,  
Ni qué he sido, ni qué soy,  
Ni á dónde voy peregrino.

Dame que apague el volcan  
De este juvenil afan,  
De una mujer en los brazos;  
Sus amorosos abrazos  
Mi eterna dicha serán.

Haz que aliente para mí  
Aquel barro que por tí  
Vivió en Aspasia y Friné;

Y aquella ilusion que fué  
Ondina, xana (8) y hurí.

Dame que cubra mi frente  
Ferrado casco luciente  
Con roja pluma que ondea  
Al fragor de la pelea  
En el campo combatiente.

Piafe el noble bridon;  
Retumbe ronco el cañon;  
Truene el rumor de la guerra,  
Y tiemble á mis piés la tierra  
Hasta saciar mi ambicion.

Deja que lleve el espanto,  
La ruína, la muerte, el llanto,  
Cubriendo el mundo de escombros,  
Con tal que ostente en mis hombros  
De los Césares el manto.

El pueblo, sumisa grey  
Que se humilla ante la ley  
Del valeroso guerrero,  
Trueque mi casco de acero  
Por la corona de un rey.

Dénme reinos sin confines;  
Alcázares y jardines;  
Bravas huestes numerosas;

Damas y esclavas hermosas,  
Y torneos y festines.

Mi poder ha de alcanzar  
Cuanto pudieron soñar  
Sardanápalo y Neron.  
Quiero ahogar mi corazón  
En un eterno gozar.

## II.

Mas, ¿quién es, quién es aquel  
A quien el pueblo en tropel  
Admira, aplaude y pregona,  
Y, la ancha frente, corona  
De entretegido laurel?

Jamás le ví en el combate;  
Ni calza duro acicate,  
Ni es de acero su diadema;  
Dicen que escribió un poema,  
Y el pueblo le llama vate.

¡Destino, destino impío,  
Tú me diste poderío,  
Gloria, riqueza y honor;  
Dame en postrero favor  
Que no me mate el hastío!

Dame más pompa, poder;

Dame más goces, mujer;  
Da más deleite, licor...  
Riqueza, vino y amor...  
¡Cuán vano es vuestro placer!

¡Esta ansiedad que me inquieta,  
No halla ventura completa  
Ni en la embriaguez de la orgía!...  
Corona, te cambiaría  
Por el laurel del poeta.

Dame que al cielo levante  
Mi noble frente arrogante,  
No la insignia del monarca,  
Sinó el laurel del Petrarca  
Y la corona del Dante.

### III.

Ya escucha el pueblo, y admira  
Los acordes de mi lira  
Cual de arpa celeste y santa.  
¿Y dicen que el vate canta?  
¡Ay! ¡No canta, que suspira!

Es corona de quebranto  
El laurel que anhelé tanto;  
Pues quiere el destino cruel  
Que sólo alcance el laurel  
El que lo riega con llanto.

Vates, sabios, pensadores...  
Una corona de flores  
La frente os ciñe por palma,  
Y, otra corona, en el alma  
Lleváis, de pena y dolores.

¡Ay! ¿Qué valen ni qué son  
Para saciar mi ambicion  
Los aplausos de esa gente,  
Si el laurel llevo en la frente,  
Y el llanto en el corazon?

## IV.

¿Por qué anhelo? ¿Qué ambiciono?  
Me dió el placer abandono,  
Ardor bélico el combate,  
Sacra inspiracion el vate,  
Riqueza y poder el trono.

Y ni el oro, ni el placer,  
Ni el aplauso, ni el poder,  
Tregua dan á esta amargura.  
Tras del goce va la hartura  
Y el dolor tras del saber.

## CANTO III.

MÁS ALLÁ.

---

I.

¿Por qué la embriaguez da fin,  
Y despues de la ilusion  
De la orgía y del festin,  
Se despierta la razon?

¿Por qué en risa y alegría  
No ha de pasar cada día  
De un placer á otro placer,  
Yendo así, desde el nacer  
A la sepultura fría?

Beleño insano es el vino;  
Fugaz placer los amores;  
La vida, largo camino  
Por un desierto sin flores.

## II.

¿A dónde la dicha cabe?  
¿A dónde el placer? ¡Quién sabe!  
Cesó el báquico cantar,  
Y aún se oye el confuso orar  
Bajo la gótica nave.

Y el viento que el eco lleva,  
En lamentos prolongados,  
Repite:—«Los hijos de Eva  
A tí claman desterrados.»

Y tras la reja de hierro,  
La virgen, desde el encierro  
De la severa clausura,  
Con fé rezando, murmura:  
—«Y despues de este destierro. ...»

## III.

Esta insaciable ambicion  
Que no halla dicha ni bien,  
¿Será, cual dijo Platon,  
Recuerdo de un vago eden?

¿Qué inspiracion dice en mí  
Que aunque ignoro lo que fui  
Y no sé lo que seré,

En lo eterno viviré  
Como en lo eterno viví?

Que un alma divina anida  
Entre la materia inerte  
Para la que hay nueva vida  
En las sombras de la muerte;

Que este sublime ideal  
Que en el goce mundanal  
Sólo halla hastío y dolor  
Logrará el mundo mejor  
Con que soñaba Pascal.

Que si el problema del sér  
Jamás resolvió la ciencia,  
Donde enmudece el saber  
Comienza á hablar la conciencia.

Y este hastío y vaguedad,  
Y esta penosa ansiedad  
Por un bien, visto á lo léjos,  
Son en el alma, reflejos  
Que envía la eternidad.

---

# Á CALDERON

EN EL SEGUNDO CENTENARIO DE SU MUERTE <sup>(9)</sup>



(25 DE MAYO DE 1881.)

---

¿Por qué con alegre son  
El bronce repica á vuelo?  
¿Por qué se extremece el suelo  
Al retumbar del cañon?  
Gualdo y rojo pabellon  
Flamígero al viento ondea  
Por un nombre y una idea,  
Que desde Cádiz á Hendaya  
Se extiende, como en la playa  
El hervor de la marea.

¿Qué príncipe esclarecido  
Las gradas del trono sube,  
Del incienso entre la nube  
Por crisma sagrado ungido?  
¿Qué César jamás vencido  
El sólio imperial pretende?  
No es César ni rey, y asciende  
A la más egregia altura  
El génio, del pueblo hechura,  
Que al soplo de Dios se enciende.

Ese aplauso que resuena  
Por rey al ingenio aclama,  
Aplauden al rey del drama  
Al orgullo de la escena.  
Reina quien manda y ordena,  
Y es rey de fama notoria,  
El génio reina en la historia  
Y reinado por reinado,  
¡Cuánto rey habrá envidiado  
Ese reinado de gloria!

Reinado que tanto dista  
De los comunes combates,  
Que en todo el mundo, tres vates  
Alcanzaron su conquista.  
Esquilo en el pueblo artista  
Que edificó el Parthenon;  
En la nebulosa Albion  
Shakespeare taciturno y fiero;

Y en España, el genio austero  
De don Pedro Calderon.

Si algo el hombre se avecina  
Al Dios que de nada crea,  
Es cuando viste á la idea  
Formas que el arte imagina.  
Y si fué á imágen divina  
El hombre creado y hecho,  
En círculo más estrecho,  
El vate que crea un drama,  
¿No le templará en la llama  
Que oculta lleva en su pecho?

\* Vagando en la selva oscura  
Que al templo de Eleusis guía,  
Esquilo se siente un día  
Llena el alma de pavora.  
Siente sombra y amargura,  
Y, dentro, un vago deseo  
Estéril y giganteo,  
Por algo que no se alcanza,  
Y á su propia semejanza  
Crea, entónces, Prometeo.

Con la torre de Elsingor  
Shakespeare una noche sueña,  
Y en una tajada peña  
Ve un espectro aterrador.  
Se despierta el soñador

Y asombro tanto recibe,  
Que duda si muerto vive;  
*Pues, pudiera ser,* advierte,  
*Soñada vida la muerte;*  
Y en Hamlet su sueño escribe.

No es Grecia, ni Albion, la tierra  
Giron de Europa al ocaso,  
Donde el Océano el paso  
Al antiguo mundo cierra.  
Comarca fértil que encierra  
Circos y arcos imperiales,  
Ruinosos muros feudales,  
Y entre vergeles de flores,  
Templos de árabes primores  
Y góticas catedrales.

Tierra de un pueblo bravío,  
Como el romano altanero,  
Como el moro aventurero,  
Y como el germano frío.  
Pueblo risueño y sombrío,  
Contemplativo y sensual,  
Que comparte por igual  
En su ardiente corazón  
La desbordada pasión  
Y el misticismo oriental.

Por eso el vate que un día,  
Dando riendas á su vena,

Hace surgir en la escena  
La imágen de tu hidalguía:  
La cristiana fé por guía  
Y por estrella el amor,  
En delirio embriagador,  
Galan místico, se inflama,  
Y eleva hasta Dios su dama,  
Y hace un culto del honor.

Y cuando al profundo abismo  
De la existencia se asoma,  
Y ve que la sombra toma  
Posesion dentro de él mismo,  
Del amargo excepticismo  
Se liberta con desdén  
Diciendo: que aunque se ven  
Tantos soñados empeños,  
Nada importa, *que áun en sueños*  
*No se pierde el hacer bien.*

Prometeo es el gigante  
Que insulta al rayo y la nube;  
Hamlet, la duda que sube  
De un corazon delirante;  
Segismundo, el hombre errante  
Que con la vida batalla;  
La duda en su mente estalla,  
Pero la fé le sublima;  
Sabe que sueña, y se anima,  
Y espera en el bien, y calla.

Del alto cielo caído,  
Y en un monte encadenado,  
Un titán con el costado  
Por buitre feroz herido.  
Príncipe á quien ha mordido  
La voraz duda en el pecho;  
Príncipe que, en duro lecho,  
Soñando la dicha toca,  
Y halla al despertar la roca  
Que cierra el recinto estrecho.

Alma que viene de arriba  
Y halla al caer aquí abajo  
Del mundo el quebrado tajo  
Que la encadena y cautiva.  
¡Tragedia eterna! ¡aflictiva  
Batalla sin trégua y ruda!  
¡Ensueño, Cáucaso ó duda  
Es igual! La lucha inquieta  
No varía, aunque el poeta  
De forma y de símil muda.

Altura igual; en su vuelo  
El génio busca horizonte,  
Como por cima del monte  
El condor persigue el cielo.  
Llega quien siente el anhelo  
De esa sacra inspiracion,  
Que del génio en la region  
Rige la grandeza igual,

Y si Esquilo es colosal  
Es inmenso Calderon.

Su amplitud es tan extraña  
Y tan colosal su altura,  
Que siente asombro y pavora  
Quien su génio desentraña.  
Por eso la noble España  
Que fué de su cuna asiento,  
Con patriótico ardimiento  
Celebra al genio fecundo,  
Que eternizó en Segismundo  
La lucha del pensamiento.

¡Gloria al genio y la nacion  
Que en su gloria se engrandece!  
Ya el espacio se extremece  
Al zumbido del cañon.  
Ya el hispano pabellon  
Flamígero al viento ondea  
Por un nombre y una idea  
Que desde Cádiz á Hendaya  
Se extiende, como en la playa  
El hervor de la marea.

Mas no sólo en las regiones,  
Suelo de sus patrios lares,  
Le celebran con cantares  
Y estruendo y aclamaciones.  
Las más remotas naciones

---

Honran su génio inmortal;  
Y entre fausto nacional  
El ageno aplauso muestra,  
Que si la alegría es nuestra  
Es su gloria universal.

## LOS DOS DESTERRADOS.

---

A MI QUERIDA AMIGA

POÑA BERNARDA SANCHEZ DE PEÑA-RODRIGO.

---

Nublado el cielo; el surco amarillento  
De lengua carretera, serpeando  
El pedregoso valle ceniciento,  
Al albor de una tarde agonizando.

De azul plumizo la quebrada roca;  
Pardo y oscuro el árido rastrojo;  
En donde el cielo con la tierra toca  
Un radiante giron, cárdeno y rojo.

Y sobre el fondo aquél la sombra inquieta

De un hombre jadeante que camina  
Tras de otra sombra fija, la veleta  
De la aldea que oculta una colina.

Le alcanzo, le pregunto, y me responde:  
—¡Ay, mísero de mí! Sierra y llanura  
Corro sin rumbo, sin saber á donde  
Y atrás dejo mi patria y mi ventura.

¡Mi patria! un verde valle, un puro cielo,  
Y en él, blancas palomas á millares  
Que bajan á beber á un arroyuelo  
En cuya orilla humean los hogares.

Largas filas de chopos blanquecinos  
Cuyas sombras esmaltan las praderas;  
Montañas azuladas y altos pinos,  
Y rebaños pastando en las laderas.

Una iglesia cercada de cipreses,  
Y al pié una casa limpia, no lujosa;  
Y dentro, niños rubios como mieses  
Y una mujer más bella que una rosa.

¡Mas ay! un día resonó el otero  
Al redoblar del parche, entrecortado  
Por el ronco gritar del pregonero  
Que á mi nombre añadía:—¡Desterrado!

Y así como el ardor de la jauría

Va acorralando perseguida fiera,  
Huyendo, me llevó la tiranía  
Hasta hallar salvacion en la frontera.

Llegué; mas los recuerdos, que en mi paso  
Me siguen, como pálidos reflejos  
De un sol muerto en las sombras del ocaso,  
Y cuya luz deslumbra desde léjos,

Dentro del alma evocan la quimera  
Del bien perdido, que en destierro lloro,  
Con el mentido albor que reverbera  
Aquella nube que se enciende en oro.

Y como en ella, sigue mi deseo  
La postrimera claridad del día,  
Mis ojos contemplando el Pirineo  
Buscan el cielo de la patria mía.—

El desterrado habló de esta manera;  
Y entónces, yo le dije:—Es tu destino  
Alejado vivir de una quimera  
A la que en vano sigues peregrino.

Yo tambien, como tú, patria tenía;  
Patria de amor, de dicha y de ilusiones;  
Y tambien, para mí, llegó aquel día  
Del redoblar del parche y los pregones.

Y tambien, perseguido como fiera,

Se alejó desterrada mi ventura,  
De la ilusion salvando la frontera  
A la region del desengaño oscura.

Y como tú, sin norte, y al acaso,  
Errante voy; y como tú, suspiro  
Cada vez que, de léjos, y á mi paso,  
De mi perdido bien la imágen miro.

---

# LOS DOS INFINITOS.

~~~~~

POEMA

À MI QUERIDO AMIGO FERNANDO ALVAREZ GUIJARRO.

Tienen una pupila telescopio y una pupila microscopio; registran fácilmente estas dos espantables profundidades inversas: lo infinitamente grande, y lo infinitamente pequeño.

Victor Hugo.

CANTO PRIMERO.

EL CANTO DE UN NIÑO.

I.

¡Madre, madre!

¡Qué pequeña es la flor que en los espinos

Cogí esta tarde!

¡Qué pequeñas sus hojas, qué pequeñas,

Y yo, qué grande!

¡Cuánto he crecido, cuánto! ya te llego

Por encima del talle,

Y seguiré creciendo hasta ser alto
Como tú, madre.

Más alto aún, como el heraldo Ansurez
Que ondea un estandarte,
Y va á caballo, y lleva casco y plumas,
Y es un gigante.

¡Qué gallardo parece cuando pasa
Trotando por la calle!
Tú, tan alta, á su lado eres pequeña.
¡Cómo es tan grande!

Y yo, que al lado tuyo, soy pequeño,
Al lado suyo, madre,
Soy chico, cual la flor que en los espinos
Cogí esta tarde.

II.

El niño que envidiaba la estatura
Del heraldo arrogante,
Le vió un día en el gótico castillo,
Junto al adarve.

Y de alborozo lleno, fué corriendo
A decir á su madre:
—La torre del castillo es aún más alta
Que el heraldo que lleva el estandarte.

CANTO II.

DE PROFUNDIS AD ALTUM.

I.

Muchos años despues, un peregrino
En el átrio de un gótico convento,
Descansaba del árido camino,
A los tÍbios fulgores
Del sol poniente que, se hundía lento,
Entre rojos vapores.

Los frailes, congregados
En torno del viajero que venía
De las regiones en que nace el día,
Donde entÓnces luchaban los cruzados
En espantosa guerra
Por la conquista de la Santa Tierra;
Con el afan que causa la ignorancia,
Oyeron referir el gran denuedo

Y la fé del valiente Godofredo,
Y la prision de Luis, el rey de Francia.

El sol se hundió; al *Angelus* tocaron;
Los frailes, de rodillas,
A coro, un lento rezo murmuraron;
Y luégo, por los claustros y capillas,
Cual sombras de otro mundo, se alejaron.

II.

Ya solos el abad y el peregrino,
Dijo el monje al viajero:
—Hablaste de la guerra; que hables quiero
De aquel mundo oriental, cuya hermosura
A solas por las noches me imagino,
Absorto en la lectura
De un libro que posco en pergamino.
—Padre, el Egipto ví; las siete bocas
Del Nilo, que el sol cubre de reflejos;
En márgenes de arena enrojecida
Ví, cual montañas de labradas rocas,
Pirámides que se alzan á lo léjos.
—¿Tan grandes son?

—No alcanzará la idea
A imaginar grandeza tan extraña.
Aquel río que el valle serpentea
Pasa al pié del castillo, que en mi aldea,
Por almenas cubierto,
Se eleva sobre una árida montaña.

Pues bien, aquel castillo, cuya altura
Causó á mi infancia asombros y pavora,
Comparado á las moles del desierto
Es mísera cabaña.

—¿Tan grandes son?

—Cual tromba tempestuosa

Que del profundo mar al cielo sube
En espiral hirviente y espumosa,
Así aquellas montañas de granito
Como revuelta nube
Se elevan del espacio al infinito.

Al verlas ignorante

Pensé hallar de lo inmenso la medida;

Proseguí caminante,

Y una tarde entre nubes escondida

La cima ví del Sinaí gigante.

—¿Tan alto es?

—Tan alto que, á su lado,

La más alta pirámide de Egipto

Es lo que á la pirámide la tienda

Del árabe, que guía su ganado

Por la arenosa senda

Que atraviesa el desierto calcinado.

—¿Ya nada habrá más grande?

—Tal creía;

Proseguí mi camino;

Cinta azulada hendía el horizonte.

Era la mar bravía

Que en extension inmensa se perdía

Mayor que la pirámide y que el monte.

III.

—¡Oh, grandeza sin fin! el abad dijo,
Y contemplando fijo
El disco de la luna refulgente,
Que el rostro enrojecido levantaba
Por el lejano Oriente,
Exclamó al fin:—Mayor que el mar profundo
Es el astro que sube al firmamento,
Y mayor que el planeta macilento
Es esta cárcel que llamamos mundo.
Y lo que al mar la luna,
Y lo que á la pirámide elevada
El Sinaí gigante,
Es esta estrecha tierra comparada
Con el astro radiante
Que por Oriente sube en la alborada.
Y el sol, del cielo luminar inmenso,
En ese mar de estrellas infinito,
Es lo que al mar extenso
Es el grano de arena
Rodando de montañas de granito.
¡Lo grande! ¡lo pequeño! ¡nombres vanos!
A lo mayor, otro mayor excede.
Lo grande es todo: todo lo pequeño;
El juicio de los míseros humanos
Que comprender no puede
Sin límites al todo, en vano intenta
Dividir lo infinito indivisible.

Lo que por grande admira
Es lo menor que en otro grande mira,
Y en aquel grande otro mayor se ostenta;
Y ofuscado no entiende, de este modo,
Que lo grande no está más que en el todo.

IV.

Mudo el anciano, absorto el peregrino
Perdiéronse en el átrio del convento.
Y la luna seguía su camino
Por el espacio azul del firmamento.

CANTO III.

LA GOTA DE AGUA.

I.

El peregrino atravesando el valle,
Al despuntar el alba:
—Lo grande es todo, todo lo pequeño,
Absorto murmuraba.

Cubriase de albores el Oriente;
Las brisas y las áuras,
En las flores, bebían el rocío
De la fresca mañana.

Y allá léjos, muy léjos, una aldea
En el valle humeaba,
Y á un gótico castillo se veía
Alzar sus atalayas.

—¡Oh, qué grande! decía el peregrino.
¡Qué grande, imaginaba,
La torre del castillo que, allá abajo,
Me recuerda mi infancia!

¡Y aquel heraldo Ansurez tan gallardo!...
Y mi madre tan alta!...
¡Mi madre!... y arrasáronse sus ojos
Por un raudal de lágrimas.

II.

Meditabundo y triste, de un espino
La flor sencilla arranca.
En la flor, una gota de rocío,
El iris reflejaba.

Contemplándola absorto, el caminante
Vertiginosa danza
Pensó ver de mil séres que, en la gota
Viviendo, se agitaban.

Adivinó los mundos que al sentido
De los hombres escapan;
Y vió que lo pequeño, se perdía
En infinita escala.

Y exclamó al fin:—No hay grande ni pequeño.
En esta rosa blanca

Tan inmenso infinito se comprende
Como el que el cielo abarca.

¡Verdad! dijo el prior. Grande y pequeño
Son dos palabras vanas
Con que el hombre, dar forma se imagina
Al infinito que á entender no alcanza.

¡ADIOS A LA BARCA!

A MI QUERIDO AMIGO M. CURROS ENRIQUEZ.

Spero lucem.

La sombra densa; el lago tormentoso;
Ancha la barca y de viajeros llena;
El agua turbia, el cielo tenebroso;
Lento el batir del remo vigoroso;
Suspiros de dolor, ayes de pena...

Tal fué la Stigia. El alma peregrina,
Entre niebla, vogaba por la charca
Del reino de Pluton y Proserpina,
Y al atracar en la region vecina
Se alejaba, por siempre, de la barca.

Despues, el hondo Averno ó las llanuras

Del florido Eliseo; al mal, castigo;
 Al bien, eternos goces y venturas;
 O se hundían en sombras más oscuras,
 O llevaban la luz siempre consigo.

.....

¡Esperar ó sufrir! A semejanza
 Del florentino vate, en el sendero
 De la vida, escribir: *¡No hay esperanza!*
 O al vislumbrar la aurora, en lontananza,
 Entre las sombras, murmurar: *espero.*

Este el dilema es, la duda es esta:
 Morar entre tinieblas y dolores,
 Vogando sin tocar la orilla opuesta,
 O la barca dejar, la amarra puesta,
 Y, para siempre, huir de sus horrores.

Huid, huid, fantasmas tenebrosos,
 Supersticiones vagas, sueños vanos,
 Románticos delirios pavorosos,
 Lúgubres ideales religiosos,
 Titánicos empeños sobrehumanos...

¡Yo quiero luz! Por fin, la sombra oscura
 Del pasado que el alma entristecía
 Huyó, como la herrumbre en la armadura,
 Como el polvo vetusto en la pintura,
 Como la noche al despuntar del día.

¿Por qué mirar atrás, cuando serena
Mirar la vista hacia delante puede?
Pasó la Stigia de terrores llena.
¡Huyamos, sí! Pudriéndose en la arena,
La vieja barca, entre las sombras quede.

LIBRO TERCERO



SAUDADES ⁽¹⁰⁾

Á UNA MUJER.

Parva, propria magna.

DE LA TIERRA AL CIELO

A UNA MUJER

De la tierra trepando al firmamento
Ve el día que se levanta el cometa,
Y de la tierra brota el flamenco
Que se va a salir, ya es momento
Y a su extremo se levanta el cometa

Atrás elevación, color, aroma,
Atrás día, raíz, sencilla vida,
Del fuego en color la rosa roja,
Y a la cometa, en sus impulsos, forma
La cometa que en un día se eleva

La vista ha de seguir, hasta que también
La alta cometa que en el cielo brilla

DE LA TIERRA AL CIELO.



I.

De la tierra trepando al firmamento,
Va el hilo que sostiene la cometa;
Y de la tierra brota el filamento,
Que de raíz á tallo, va en aumento
Y á su extremo la flor prende y sujeta.

Arriba elevacion, color, aroma;
Abajo hilo, raíz, semilla, nada.
Del fango su color la rosa toma,
Y á la cometa, en sus impulsos, doma
La cuerda que en un palo va arrollada.

La vista ha de seguir, hasta que pierda
La alta cometa que en el cielo brilla;

Se admirará á la flor. Mas ¿quién se acuerda
Del rollo aquel que deslió la cuerda,
Ni del surco en que brota la semilla?

¡Ay! del alma sublimes ambiciones,
Vértigo que persigue las alturas...
¡Cuántas veces tus grandes concepciones,
Del légamo más vil de las pasiones,
A los espacios se elevaron puras!

¡Cuántas veces, al modo que fulmina
La piedra contra el hierro en choque duro,
Sobre el lienzo, lanzó la Fornarina,
De la madre de Dios la faz divina,
Al trémulo latir de un beso impuro!

¡Oh misterio! La mística paleta,
La heroica hazaña, el libro portentoso,
Tienen, como la flor y la cometa,
Una raíz que al suelo les sujeta
Acaso sobre un fondo cenagoso.

II.

Yo nada soy: aunque tendió su vuelo
Mi escasa inspiracion, tendióle en vano.
¡Grande el impulso fué, grande el anhelo!
Pero ¡ay! el ave se remonta al cielo
Y por la tierra arrástrase el gusano.

Yo nada soy. Son locos desvaríos
En vez de concepciones ideales,
Mis pensamientos vagos y sombríos...
Mas no por ser pequeños, siendo míos,
Nacieron de más puros manantiales.

Dentro del corazón, hay un fermento
Como el que hay en el surco. Hay podredumbre
En el florido erial, y el sentimiento
Halla en el alma á veces crecimiento
De una pasión en la liviana lumbre.

Un día, amor fatal, deseo aciago,
En mí nació, y en dichas y en dolores
De su torpeza me arrulló el halago,
Como arrulla en las márgenes del lago,
La onda de cieno, el cáliz de las flores.

Pero aunque torpe fué, tal vez mi anhelo
Pudo inspirar con su calor mi mente,
¡Oh! ¡quién sabe! una cuerda rige el vuelo
De la cometa que se eleva al cielo,
Y del lodo, la flor alza la frente.

Y acaso del ardor de unos amores,
Que hoy la verdad del desengaño hiela,
Brotaron esperanzas y dolores,
Que en mis versos de SOMBRAS y de ALBORES,
Tal vez, dejaron prolongada estela.

La memoria nos queda de un ensueño;
Mi ensueño dejó un libro por memoria.
Muchos le juzgarán vano y pequeño,
Mas yo le estimaré porque es el dueño
De la ignorada clave de una historia.

Á ELLA.



Yo te hallé, Victorina, en mi camino,
Cuando apagado en mí el fuego divino
De la creencia en Dios, y ya agotada
La esperanza quimérica forjada
De aprender en los sábios mi destino;

Sin fé en el corazón, y el alma muerta
Por la amargura de la ciencia incierta;
Más que viviente, sombra vagarosa,
Corría mi existencia dolorosa
Una extensión estéril y desierta.

Te hallé y te amé; te amé con la locura
Con que adorára un tiempo en la impostura
Y en el orgullo de la ciencia humana;
Te amé como adoré en la fé cristiana
En mis años de infancia y de ventura.

Entre sombras yacía sepultado;
Angel de luz, pasaste por mi lado;
Tú reanimaste el fuego de mi frente,
Y al primer beso, de tu boca ardiente,
El corazon sentí resucitado.

¡Beso de maldicion! ¿Quién pensaría
Que el fuego que en mi pecho se vertía,
Bebiendo con pasion ardiente y loca
Las amantes caricias de tu boca,
En fuego destructor se trocaría?

¡Inmundo beso! Desgarrar quisiera
El labio que aquel beso recibiera
Y arrancarme del pecho palpitante
El corazon que débil y anhelante
Aún late al recordarlo y aún se altera.

¡Ay Victorina! Si en mortal veneno
Hubiérase trocado el torpe ceno
Que dejaba en tu labio fermentido,
Aquel amante como yo rendido,
Y al que engañó tambien, tu desenfreno...

La muerte hallara, en vez de esta agonía
En que se va extinguiendo el alma mía,
Que por el mundo arrastra su carrera
Solitaria y errante pasajera,
Sin calor y sin fe, sin luz ni guía.

¡ADULTERA!



I.

No es el mónstruo de tres caras y alado
Que vió el Dante morder con saña fiera,
Miéntras el ala, al desplegar ligera,
El Cocito dejaba en torno helado,

El mónstruo que, en la esposa encarnizado
Muerde, con la avidez de la pantera,
Y con fauce voraz, oculto espera
Para herir, en las sombras apostado.

Es la deshonra, mónstruo que murmura
Sobre la infame que, con torpe anhelo,
Vendió al esposo por pasión impura;

Demonio alado que, al batir su vuelo,
Imprime en la mujer su mordedura,
Y extiende sobre el alma sombra y hielo.

II.

Aún más, que pesa el plomo de aquel manto
Al alma del hipócrita que espía
En la *Ciudad doliente*, la falsía
Con que fingió falaz y engañó tanto,

Pesa á la infame adúltera el quebranto
De callar la pasión que la extravía,
Dando al esposo rostro de alegría,
En máscara de risa envuelto el llanto.

Más la abruma su crimen vergonzoso,
Que aquella capa de metal brillante
Castigo del infierno tenebroso.

Ella también, hipócrita incesante,
El adulterio ocúltale al esposo,
Y el deleite nupcial calla al amante.

III.

Nunca pudiera la eternal justicia
Dar más propio castigo y más tremendo
A la liviana esposa, que ir abriendo
Un cenagoso lago á su impudicia.

Y así, entre una ficción y una caricia,
El alma de la adúltera cayendo,

Se va, de día en día, sumergiéndose
En asqueroso fondo de inmundicia.

Aquel deleite que partir la toca,
Al par, entre el amante y el marido,
Es corrupcion que á náuseas provoca;

Que es cieno inmundo el ósculo vertido
Sobre la huella que, dejó en su boca,
El beso de otros labios recibido.

IV.

Vió el Dante en el infierno, que venía
Luenga fila de hipócritas malvados,
Bajo vestas de plomo, quebrantados
Al peso de su propia hipocresía.

Vió á Lucifer que, del traidor roía,
Los palpitantes miembros animados,
Y vió, en piélago inmundo, sepultados
Los que amaron la crápula y la orgía.

Si el infierno al hipócrita tortura
Y al liviano y traidor... ¡Ay de la esposa
Que vende y finge y se envilece impura!

¡Que ménos logrará su accion odiosa,
Que infernal y sangrienta mordedura,
Capa de plomo y charca cenagosa!

DECLARACION.



—¡Yo te amo!—la dije una mañana
En que cruzar la ví junto á mi lado;
Y no volvió los ojos á mirarme,
Y despreció mi halago.

Se hundía el sol, cayendo en Occidente,
Cuando otra vez apareció á mi paso;
—¡Te amo!—la dije; y, aunque altiva y fiera,
Sus ojos me miraron.

La hallé, otra tarde plácida y serena,
Cogiendo flores en el verde prado;
—¡Te amo!—la dije; me miró risueña
Y suspiró su labio.

En una noche del ardiente estío,
La blanca luna estaba contemplando:
—¡Te amo!—la dije; y con acento dulce
Me contestó:—¡Te amo!

SUS OJOS.

Sus ojos eran negros,
Negros como la pena que, en su ausencia
Al recordarlo siento.

Yo la miré; sus ojos me miraron
Con miradas de fuego,
Y el alma me abrasé con ver sus ojos,
Sus ojos, que eran negros.

Por verla, sentí al alma enamorada
Subirme desde el pecho,
Que por verla mejor, alma y sentidos
A mis ojos subieron.

Dicen que, de las almas que los mueven,
Los ojos son reflejos.

Yo ví que, al alma suya, reflejaban
Sus ojos que eran negros.

Lenguaje de las almas son los ojos
Que miran en silencio
Y dicen lo que, el labio enmudecido,
Se calla por recelo.

Mis ojos, desde el fondo de mi alma,
¿Me amas? la dijeron;
Y un sí, del alma suya, contestaron
Sus ojos que eran negros.

Mirar sus ojos que, entre sombras llevan,
Un infinito envuelto;
En sus ojos mirar el alma suya,
De amor ardiendo...

Callar, callar en éxtasis amante
Y mirarla en silencio;
Y no apartar mis ojos, contemplando
Sus ojos que eran negros.

Mirádonos, pasar horas tras horas
Cual rápidos momentos,
Ebrios de amor, y de ventura locos
Palpitantes los senos.

Ella, olvidando todos sus deberes...
Yo, olvidando mis celos;

Ella, viendo mis ojos, yo, mirando
Sus ojos que eran negros.

Los ojos ven; las almas no adivinan.
¡Qué ciegas estuvieron!
Un día, hasta mañana, nos dijimos;
¡Qué día tan funesto!

Amaneció aquel día, y se pasaron
Sus horas de tormento;
Y otros días despues... ¡Ay! ya no miro
Sus ojos que eran negros.

Sus ojos eran negros;
Negros como la pena que, en su ausencia,
Al recordarlos siento.

¡AMOR!

Amor en alma nacido,
La existencia á otro sér debe:
O es amor que orgullo mueve,
O amor de interés movido;
O amor que encendió el sentido,
O amor que el desden motiva,
O amor que en capricho estriba;
Causas de amor estas son,
Mas no hay en tal division
Un amor que de amor viva.

GRAVEDAD.

De niño, no entendía las lecciones
En que, explicaba el sabio preceptor
Como al caer los cuerpos, va creciendo
Su carrera veloz.

Hombre al fin, en la senda de mi vida
Te hallé, y en el instante en que te ví,
Te amé cual uno, y luégo como veinte
Y luégo como mil.

Y así creciendo mi pasión amante,
En proporción inmensa y sin cesar,
Llegué á entender lo que el maestro anciano
Llamó la gravedad.

Que aquella ley que comprender no pude
En erudita y sabia explicación,

Con un instante de mirar tus ojos,
Me reveló el amor.

Mi alma, de mi pecho desprendida,
Cayó en tu alma, y se cumplió la ley
De amarte como dos, y como cuatro,
Y más de diez y seis.

Y ciento, y mil, y miles de millones...
Y más aún; y en amoroso afan,
Hoy más que ayer, más luégo, más mañana,
Pasado, mucho más.

La misma ley que al universo rige,
Rige al alma que mueve la pasión;
La gravedad, se llama en la materia;
En las almas, amor.

¡PALABRAS!

Perfiles que parecen arrancados
A lienzos que pintara Rafael;
Voz dulce, como el arpa que preludia
Melódico cantar de Meyerbeer;

Formas divinas que, en belleza exceden
A la diosa que Fidias esculpió;
Ojos, en los que brilla el fuego ardiente
Que hizo al Petrarca el vate del amor.

Perfiles, ojos, voz, formas, conjunto
De armónica belleza celestial:
El alma, que en tan bello alcázar vive,
Creada para el arte debe estar.

Esto la dije, y ella ruborosa,
Más bella por las tintas del rubor,



Me contestó: «Ni de pintar entiendo,
Ni versos hice, ni cantó mi voz.

Inútiles serían en mis manos
La paleta, y el arpa, y el cincel;
Acaso mi ignorancia te avergüence;
Yo, sólo sé querer.»

HURACAN.



¿Te acuerdas?... La memoria de aquel día
Nunca, jamas, se apartará de mí;
Fué la primera vez que nos hallamos
Los dos solos, de un valle en el confin.

Surge de pronto vendabal bravío;
Tus rizos y tu velo de crespon
Baten mi frente, y el furioso viento,
En lazo estrecho, nos unió á los dos.

¡Ay! ¡Si, aquel viento en ráfaga impetuosa,
Del cielo en el espacio sin confin,
Nos hubiera lanzado, eternamente,
Sin apartarnos nunca y sin morir!

.....
.....

¡Y dice el Dante que el infierno pena
A los que en vida pecan por amar,
En girar abrazados, como giran
Las hojas que arrebató el huracán!

O el Dante se equivoca, ó Dios clemente
En vez de castigar, premia el amor.
¿Qué más gloria sería, que lanzarme
Contigo, en los espacios que creó?

¡Ay, no! la horrible pena del infierno
Es este cruel destino, este huracán
Que entre los dos surgiera, y cada día
Nos aleja y separa más y más

ODIO Y OLVIDO.

I.

Al pié de mis ventanas, una noche,
 Cuando pensaba en tí,
Los ecos de un cantar trajo la brisa
 Cantar que dijo así:

*«Niña, en ceder y en negar
Los polos de amor se encuentran;
Se olvida á quien cede á todo,
Y se odia á quien todo niega.»*

Que se odie á quien amor paga en desprecio,
 Sin duda puede ser,
Exclamé recordando unos amores
 En que me hirió el desden.

Pero olvidar á la mujer hermosa
Que, con amante afan,
Del hombre que la adora es tierna esclava,
¡Olvidarla!... jamas.

Y mientras alejándose, se oía
El lastimero son
De una guitarra á cuyo triste acento
Añadía una voz:

*«Niña, en ceder y en negar
Los polos de amor se encuentran;
Se olvida á quien cede á todo,
Y se odia á quien todo niega.»*

II.

Calló el cantar, durmió mi pensamiento
Y en mis sueños te ví.
Lució la aurora, recordé aquel canto
Y me acordé de tí.

Más amante que nunca y más rendido
A tus plantas llegué;
Apasionada y tierna, como nunca,
Estabas tú tambien.

Yo loco, tú inocente, allá en ocaso

Ocultándose el sol,
Sólo el jardin... cuando llegó la noche,
Cantar se oyó una voz:

*«Niña, en ceder y en negar
Los polos de amor se encuentran;
Se olvida á quien cede á todo,
Y se odia á quien todo niega.»*

III.

Nada oíste. Tus labios me decían
Mientras sonó el cantar:
«¡No me olvides!» Y yo te contestaba:
«¡Olvidarte!... jamas.»

Sólo mucho despues de aquella noche
De locura y de amor,
Pude entender que entónces te engañaba
Y me engañaba yo.

Y otra noche, decía al acordarme
De un olvido tan cruel:
«¡Qué ingrato fui!» Y el misterioso canto
Se oyó postrera vez:

«Niña, en ceder y en negar

*Los polos de amor se encuentran;
Se olvida á quien cede á todo,
Y se odia á quien todo niega.»*

¡Fatídico cantar! Aún su recuerdo
Me hiela el corazón.
Si en ceder y en negar, el amor muere,
¿De qué vive el amor?

EL BESO.

I.

Niña de quince abriles, casta virgen,
Si aún el amor no despertó en tu pecho,
¿Cómo pretendes, niña, que te diga
Lo que es un beso?

Ni tú mis frases á entender llegarás,
Ni yo, en palabras, explicarte puedo
Qué emoción sentirás si yo á tu boca
Mi labio acerco.

Mas tú no me amas, y aunque hermosa y pura
Sólo amistad por tu belleza siento,
Y beso sin amor, fuera liviano
Carnal deseo.

Fuerza será que á tu capricho ceda,
Y por cumplir tan singular empeño,
Escucha, niña, en relación escasa,
Lo que es un beso.

II.

No es de Tenorio la caricia ardiente,
Ni el puro halago del amor materno,
Que el beso ni ha de ser ósculo santo
Ni torpe cieno.

No ha de darse amistoso en la mejilla,
Ni ha de ser en la mano por respeto,
Que el beso de amistad y de obediencia,
Ese, no es beso.

Beso de amor, del corazón arranca,
Brotando en los labios al subir del pecho,
Une á dos bocas, y á dos almas prende
En lazo tierno.

Dos corazones que á la par palpitan,
Dos seres que respiran un aliento,
Dos labios que se chocan murmurando
Con dulces ecos.

Un alma confundiendo en otra alma
Sin límites de espacio ni de tiempo;
Un alma suspendida entre dos labios
De amor ardiendo.

Dulce embriaguez que aduerme los sentidos;
Un siglo de placer en un momento;

Locura, adoracion, gloria y delirio...

Ese es el beso.

III.

Mas, ¡ay, niña! Ni escuches codiciosa,
De tantas dichas, el relato cierto,
Ni tengas por gozar ventura tanta,
Vano deseo.

Que son, de amor, fugaces los encantos;
Y sus delicias pasan como en sueños;
Y es triste el despertar de unos amores
Que el alma hirieron.

Que es el beso fugaz dicha sentida,
Halago dulce del amor primero;
Y es al par que, primer beso del alma,
Último beso.

Así, niña, no anheles las venturas
Que ofrece del amor ósculo tierno,
Que el primer beso de sus labios rojos
Será el postrero.

Que el beso de un amor puro nacido,
Es del primer amor el dulce sello,
Y el alma que una vez tan sólo es virgen,
Sólo da un beso.

SIEMPREVIVA.



Siempreviva, ¡pobre flor!
Vive muerta y agostada;
No se deshoja arrancada
Ni se pierde su color.
Vive cual vive mi amor,
Que un imposible querer,
Muerto á manos de un deber,
Si no se puede olvidar,
Siempre vivo ha de quedar
Y siempre muerto ha de ser.

UN MÁRMOL.



Era en Mayo una mañana,
Cuando al cruzar un jardín,
En un sombrío confin,
Hallé una estatua de Diana.

El blanco mármol cubierto
Estaba de amantes fechas,
Y de versos y de endechas
En extraño desconcierto.

Corazones dibujados,
Y cifras entretejidas,
Y coronas esculpidas,
Y nombres medio borrados.

Si de vida se animára
La estatua, y hablar pudiera,

Ménos elocuente fuera
Que aquel mármol de Carrara.

¡Ay! del corazon humano
Aquella piedra era espejo,
De sus pasiones reflejo,
De sus miserias arcano.

Una mano un nombre escribe
Del mármol en la blanca,
Y otra, borra la pintura,
Y el mármol, otra recibe.

Y si borrarla le arredra,
Y escribe en otro rincon,
Poco á poco la inscripcion
Borra el tiempo de la piedra.

O aunque borrar no intentaron,
Tanta cifra luégo hicieron,
Que entre todas confundieron
Las primeras que grabaron.

¡Ay! del corazon mezquino
Recuerdos, dichas, pasiones,
Son frágiles inscripciones
Que graba y borra el destino.

Nace al alma una ilusion
Fantástica, pura y bella,

Y el tiempo borra la huella
Que ha impreso en el corazon.

Un deseo al pecho abrasa
Y le rinde y le domina,
Un nuevo afan le alucina
Y el primer deseo pasa.

¡Ay! del corazon humano
Aquella piedra era espejo,
De sus pasiones reflejo,
De sus miserias arcano.

Que es mármol el corazon,
Y nombre que en él se graba
O con el tiempo se acaba,
O le borra otra inscripcion.

ESPEJISMO.

Añrman que en la mirada,
Por ser los ojos espejo,
En copia fiel y reflejo
El alma se vé pintada.
Mas quien la vé reflejada,
Si al verla en amor se inspira,
No ha de ver sinó mentira,
Que ojos que se adoran, son
Reflejo de la ilusion
Con que, el que adora, los mira.

ERRORES.



I.

—¿Me amas?—Te adoro: Tu mirada ardiente
Rayo de sol que iluminó mi mente,
Llegó á mi pecho y me robó la calma.
¿Por qué ocultar mi amor cuando en mis ojos
Aun más que en el carmin de mis sonrojos
Leyeras que soy tuya en cuerpo y alma?
Yo quiero cuanto quieres.
Manda. La esclava soy de tus placeres.
¿Quién dijo amor no dijo sacrificio?
—Dijo así la mejor de las mujeres
Y el mundo murmuró ¡que torpe vicio!

II.

—¿Me amas?—No es bien que te conteste hoy día.
Si atestiguara el tiempo la hidalguía

De tu pasión y de tu noble intento,
 Yo que admiré tu gallardía apuesta,
 Con casto celo, y con virtud honesta,
 De amor diera expansión al sentimiento.
 Mas si piensas ufano
 Que has de rendirme con ardor liviano,
 Huye, que me avergüenza tu cinismo.
 —El egoísmo habló, y el mundo vano
 Apellidó virtud al egoísmo.

COLLAR DE PERLAS.

Sobre la falda un libro, la mejilla
Sobre la mano puesta,
Jugando la otra mano sobre el seno
Con un collar de perlas,
Y en mí fijos los ojos, me decía:
—¡Qué dicha tan inmensa
Ha de sentir el vate cuando escribe
Imágenes tan bellas!

Y yo la dije:—En torno de tu cuello
La semejanza llevas
Del venturoso goce que atribuyes
Al vate cuando crea.
En tu cuello las luces nacaradas
Admiras de tus perlas,

Y olvidas que las perlas sólo nacen
En una concha enferma.

La perla es llanto. Lágrimas del alma
Los versos del poeta
Que, en un libro vertidas, se trasforman
En un collar de perlas.

REFLEJOS.

Más triste que la luna se levanta
Sobre el oscuro azul del firmamento,
Sobre la oscura noche de mi espíritu,
Melancólico se alza tu recuerdo.

Con fúnebre lucir, se eleva triste
El que planeta fuera en otro tiempo,
Cadáver que rodando en el espacio
Brilla con rayos de fulgor ageno.

Al fuego de tu amor, luce en mi alma
De tu adorada imágen el reflejo,
Y en luz de melancólica ternura
Ilumina la noche de mi pecho.

Allí la luna, plateado disco
De un mundo que murió, pálido resto:
Aquí, en mi alma, otro fulgor sombrío;
Tambien otro cadáver: tu recuerdo.

LA FLOR EN EL LIBRO.



Una flor, una pobre violeta,
De un libro sepultada entre dos páginas,
Dice más que el volúmen abultado
Que sus despojos guarda.

Encierra el libro, lo que llaman ciencia,
A vueltas de períodos y palabras;
La flor encierra más; lleva en sus hojas
El poema de un alma.

AUSENCIA.

Penas de amor cura olvido;
La ausencia el olvido causa;
¡Dios mío! llegó la ausencia;
¡Mas ay! el olvido tarda.

Quien vive ausente, no vive
Si, al vivir, recuerda y ama,
Que amor recordado ausente,
Es algo muerto en el alma.

Sin vida queda, quien queda;
Sin vida marcha, quien marcha;
¡Y quien se queda no muere!
¡Y quien se va no se mata!

Ménos las penas serían
Para ausentes que se aman,
Si el ausente no viviera
O si el recuerdo acabara.

Pues yo, que olvidar no puedo,
En esta ausencia tan larga,
Antes la quisiera muerta
Que viva, si me olvidara.

Dicen: ojos que no ven
Corazon que vive en calma.
Dicen mal: la ausencia es ciega,
Y es la ceguedad amarga.

Tiemblo al pensar que me olvide,
Y siento celos y rabia
Pensando en lo que ella piensa
Al tiempo de recordarla.

Tal vez cuando en ella pienso,
Ella, voluble y liviana,
En amor que no es el mío,
Ventura goza colmada.

Más que el dolor de la ausencia
Es este miedo del alma,
De que ausencia para dos
Sea uno solo á llorarla.

Si es cierto que del olvido
Es siempre la ausencia causa:
¿Por qué ha llegado su ausencia
Y tanto mi olvido tarda?

LAS DOS MALDICIONES.

Cantaba una doncella
Con argentina voz:
«Más oscura que noche sin luna,
Más nublada que día sin sol
Vive el alma, si en ella no luce
La luz del amor.»

Y cantaba otra doncella
En doliente y triste son:
«La luz es la llama y el fuego;
De fuego es la luz del amor;
El que ama, de amor abrasado
Lleva el corazón.»

Y yo, cantando, añadía
Tras el cantar de las dos:
«Es no amar una vida entre nieblas,
Es amar abrasarse en pasión,
Es maldito vivir sin amores,
Y es maldito el amor.»

EL LAGO.

Ella decía contemplando un lago
Que retrató el pincel:
Como ese lago, diáfana y tranquila
El alma mía es.

Yo la dije: Del alma son los ojos
Imágen y color,
Y del color del lago trasparente,
Tus claros ojos son.

Mas ¡ay! ¡si un día al piélago sereno
Turba la tempestad,
Y ese tranquilo lago se convierte
En impetuoso mar!

ESTELA.



La tersa faz del lago cristalino
La góndola cruzó,
Luenga estela, dejando en su camino,
Un surco de oleaje blanquecino
Que rápido pasó.

Cruza en el alma un sentimiento vago,
Amor puro, ideal...
¡Ay! del amor el venturoso halago
Pasa, como la estela que, en el lago,
El remo deja atrás.

LAS BODAS DEL CIELO.

—¿De qué parroquia sois?
Gilliat alzó la mano derecha se-
ñaló al cielo y dijo:
—De aquella.

Victor Hugo.

Decía en noche callada,
En el cielo la mirada
La imaginacion en mí:
—Siento el alma desposada
En la parroquia de allí.

Mas mudable como todas,
Diciendo:—No me acomodas—
Se trocó su amor en hielo.
¡Qué poco duran las bodas
En la parroquia del cielo!

SAUDADES.

I.

«Olvídame:» la escribía.
Y ella al contestar, decía:
«Un imposible me pides.»
Y yo, al leerlo, añadía:
«No me olvides, no me olvides.»

II.

De la mujer dijo Shakespeare:
Pérfida como la onda;
Y dijo bien, porque ríe
Al mismo tiempo que ahoga.

III.

Ella dijo:—La abeja
En donde pica el aguijon se deja;

Cual aguijón tu beso
Tendré por siempre en mi mejilla impreso.

Y yo la dije:—Advierte
Como al picar la abeja halló la muerte:
Besé tu faz querida,
Y en aquel beso te entregué mi vida.

IV.

Tienen las golondrinas
Por asilo y hogar de sus amores,
Las solitarias ruínas;
Y tienen los amantes rui señores
Olmos y tejos, álamos y encinas.

¡Y nosotros!... Ni un muro carcomido,
Ni un árbol, ni una piedra, ni un instante
De reposo en la tierra para el nido
Que, por la vega errante,
Cruzaba sobre ruedas suspendido.

V.

Te quejas porque en un año de ausencia
No me acordé de tí, más que una vez.
Hay que olvidar, para acordar de nuevo;
Y yo, ni un solo instante te olvidé.

VI.

Volvió, mas fué mi dolor
Al verla volver mayor.
Si olvidan los que se van
Y dejan penas de amor,
¡Ay! ¡para qué volverán!

NOTAS

(1) Algunas de las apreciaciones críticas contenidas en este prólogo fueron publicadas en el *Boletín de la Academia de la Lengua* de Montevideo por el autor de este libro. Véase la revista *Boletín de la Academia de la Lengua* — Año I — Tomo I — Número 5, correspondiente al I.º de Setiembre de 1931 — La Nueva Prensa.

(2) Esta poesía forma parte de un parlamento del drama titulado *La Ley del Cerezo* — Acto III — Escena IV.

(3) Conocimiento de el famoso monólogo de Hamlet. Esta poesía está inspirada en su lectura y los versos señalados entre comillas son traducción. Entretanto, sin embargo, para no ser entendido, ni las palabras ni una versión. Lo primero porque no voy a traducirla y lo segundo completamente está, sobre todo, de acuerdo con la traducción que en algunos y sonetos varios caratillas ha hecho de este sublime poema de Shakespeare, el insigne poeta D. Francisco A. Barasana. — Por lo tanto es el mismo espíritu y espíritu de la vida el título de la obra de 1931 — La Nueva Prensa.

(4) Esta canto está meramente separado de la obra general del poema y por eso, sin duda, cuando en la primavera de 1931 fui invitado por la sección de literatura del Ateneo Científico y Literario de Montevideo para

NOTAS.

(1) Algunas de las apreciaciones críticas contenidas en este prólogo, principalmente las de carácter histórico, han sido ya en otra ocasión expuestas por el autor de este libro. Véase la REVISTA HISPANO-AMERICANA.—Año I.—Tomo I.—Número 5.º, correspondiente al 1.º de Setiembre de 1881.—*La poesía lírica.*

(2) Esta poesía forma parte de un parlamento del drama inédito *La Verja cerrada.*—Acto III.—Escena XI.

(3) Conocidísimo es el famoso monólogo de Hamlet. Esta poesía está inspirada en su lectura, y los versos señalados entre comillas son traducidos. Entiéndase, sin embargo, que no se ha intentado, ni una paráfrasis ni una versión. Lo primero hubiera sido vanamente inútil, y lo segundo completamente estéril, sobre todo, después de la fiel traducción que en valientes y sonoros versos castellanos ha hecho, de este sublime pasaje de Shakespeare, el inspirado poeta D. Francisco Abarzuza.—*Poesías leídas en el Ateneo científico y literario de Madrid el sábado 2 de Abril de 1881.*—Página 49.

(4) Este canto está ciertamente separado de la acción general del poema, y por esto, sin duda, cuando en la primavera de 1879 fui invitado por la sección de literatura del Ateneo científico y literario de Madrid para

dar una velada, mis buenos amigos Revilla y Sanchez Moguel opinaron que debiera leerse como composicion aparte; y, con efecto, así lo hice en la noche del 22 de Mayo. Sin embargo, como en este canto se expresa el pensamiento capital del poema, se inserta aquí en su propio lugar, toda vez que las exigencias de la lectura desaparecen en la publicacion. Además, así ha sido publicado en la REVISTA CONTEMPORÁNEA y en las dos ediciones que posteriormente se hicieron de esta poesia, y que están ya agotadas.

(5) Esta poesia se publicó por primera vez, en 1876, en LA CRÍTICA, reputada Revista literaria que dirigió el malogrado Revilla. De todas las incluídas en este tomo, ha sido la que ha logrado más popularidad; la prensa de Madrid y de provincias la ha reproducido muchas veces, y recientemente fué incluída en la coleccion de *Poetas contemporáneos* que dió á luz la BIBLIOTECA UNIVERSAL, tomo LXIII.

Ultimamente, el aleman M. Vicke, ha hecho de esta poesia una exacta traduccion en verso, que insertamos á continuacion:

PROMETHEUS.

meinem lieben freunde

RAMON CAMFOAMOR GEWIDMET.

Maechtige Goetter! ich erdulde
Qualen ohne Zahl; mein ganzes
Volk schvwindet dahin, und das
ganze menschliche Wissen ist ohn-
mächtig ihm zu helfen.

Sophocles, Köenig Oedipus.

Des Circus Raeume sind gefuellt,
kaum koennen sie alle fassen
die schaulustigen Massen,
die sich angesammelt unruhig, wild;
Athen wurde leer, einer Oede Bild,
vom Piraeus zur Burg hin, der hohen,

denn mehr als Milo's rohen
Kraefte, die staunen machten,
die edlen Athener achten
des Aeschylos sinnige Strophen.

Die Ungeduld des Volkes dehnt
sich aus, doch als der Chor
beginnt das Lied, verlor
sich selbst das leiseste Geraeusch;
es zucken Blitze, der Donner droehnt,
hoch auf des Kaukasus Ruecken
liegt stoehrend ein Mensch, mit dicken
Ketten gezwueengt an das rauhe Gestein
—die Gotter hoeren nicht sein Schrei'n—
Prometheus, in Schmerzenszucken.

Zum Ohr der Menge dringen
der Marter wehe Klagen,
die der Titan verzagend
ausstoesst in wildem Ringen;
geruehrt die Mengen bringen
Beifall, ohne zu schaeetzen,
dass was dort ringt in Schmerzen,
dass was die Buehne dort bewegt,
ist die Tragoedie, welche traegt
der Mensch in seinem Herzen.

Wieder gefallene Gigant
der dorten ringend tobt, voll Schmerz,
so schlaegt auch unser Menschenherz
an unsrer Brust verborgner Wand;
welch ein Geheimniss, unbekannt,
das es zu eigner Schuld verdammt,
unser Begeh'r es in Ketten bannt,
die es vergeblich zu brechen waegt;
denn jedes Menschenherz in sich traegt
einen Prometheus, zur Qual verdammt.

Mit Unrecht also sich die Mengen
verwundern vor jener Schreckensscene:
oben am Himmel des Donners Gedroehne,
unten auf Erden der Schmerz des Menschen;
eine andre Tragoedie ohne Namen
stellet die Menschheit als Gleichniss dar:
fuerchterlich und immerdar

Ihr der Tragoedie begegnet:
 waehrend es oben vom Himmel regnet,
 thraenenet dem Menschen der Augen Paar.

Welch grosse Unruh, die dem Geist
 des Menschen stete Kaempfe spinnt
 dem, was des Menschen Kopf ersinnt,
 dem, was des Menschen Herz verschleusst;
 oh weiter Raum, in dem zumeist
 des Menschen Streben sich bewegt,
 Zuversicht die Galilei gehegt,
 Columbus lehre Behaerlichkeit,
 ein Traum, ein Chaos, Suchen nach Wahrheit
 Prometheus, armer Prometheus.

Bestimmung, Schicksal, Irrthum,
 Tugend und reines Gewissen,
 hier das Gute, das Wissen,
 dort das Boese, das Falschthum;
 dazwischen edles Heldenthum,
 das im Herzen Raum sich schafft;
 dem Mann ziemt starke Willenskraft,
 dem Vaterlande Freiheit,
 dem echten Fortschritt Wahrheit,
 dem Himmel Glaubenskraft.

Fester Glaube, welcher gegen
 das Joch des Lasters, der Unwissenheit,
 mit heroischem Muth, zum Opfer bereit,
 den Hals reicht des Henkers Schlaegen;
 in titanischem Kampfe, verwegen
 das Gute zu wahren versucht er,
 es bekommt ihn keine Furcht mehr,
 vor der Wahrheit haelt nichts ihn ein,
 weder fuerchtet St. Stephan den Stein,
 noch Socrates den Becher.

Der Himmel ist wolkenbedeckt
 mit Nebel gefuellte sind die Luefte;
 hoch ueber der Felsen Kluefte
 liegt nackt ein Mensch, in Ketten gelegt.
 Das Boese siegt; zu Boden gestreckt
 liegt das Gute; Bestimmung Gottes,
 Christus wurde an's Kreuz genagelt,
 Schreck und Trauer, 's kaun nicht befremden

s' is die Tragoedie des Menschen
Prometheus in Ketten geschlagen.

Schweifend in die Ungeheuerlichkeit,
als grosser Felsblock die Erde erscheint,
als jaeher Berg, der in sich zaeunt
in ewigen Joch die Menschheit.
Im Kampfe fuer die Wahrheit
und als Sklavin der Unwissenheit
verschlimmert ihren Schmerz die Zeit,
zum Bessern das Uebel nie sich wendet.
Tragödie ist's die nimmer eadet,
Tragödie in Ewigkeit.

Weh, dem Volk, das Beifall brachte,
mehr als den rohen Kräeften Milo's
dem hehren Geiste des Aeschylus,
der in seinem Prometheus tagte,
Niemand an jenem Tage sagte:
Die poetische Erfindung
der Dein Applaus, Deine Bewegung
hin nach der Bühne Beifall zollt,
Tragödie ist's die sich entrollt
im armen Menschenherzen.

(6) Hasta hace poco, la dedicatoria de esta poesía, publicada por primera vez en 1876 en *La Crítica*, ha sido cariñoso tributo á una profunda y verdadera amistad; hoy la muerte la ha convertido en tristísima ofrenda funeraria. El 13 del pasado y próximo Setiembre, falleció en el Real Sitio de San Lorenzo, á los treinta y cinco años de edad, Manuel de la Revilla, el elocuente orador, el estilista elegante, el irremplazable crítico, el sapientísimo catedrático. Ambos nos conocimos en las aulas de la Universidad Central, en los juveniles años, y desde entonces la simpatía creó un afecto que, llegó más tarde al mayor grado de intimidad y de afición. En este trato frecuente recibí del malogrado Revilla animación y aliento en mis primeros pasos literarios, y no pocas veces, amparado por su intercesión protectora, allanáronse para mí muchas de esas grandes dificultades que parecen, á todos los que comienzan, abrumadoras é insuperables. El afecto y el agradecimiento me impulsan á dedicar á su memoria el triste recuerdo de una amistad inquebrantable, y la sincera confesion de lo

mucho que han podido influir en mi escaso merecimiento, sus atinados consejos y su proteccion inagotable y decidida.

(7) Esta oda fué inspirada en el decreto de abolición de la esclavitud que en el mes de Diciembre de 1872 promulgaron las Córtes. Fué leída en el teatro de Novedades la noche del 14 de Enero de 1873, publicándose al día siguiente íntegra, en el diario político *La Nueva España*, dirigido por el Sr. D. Aníbal Alvarez Ossorio.

(8) «En lo más escondido del valle, y cerca de un frondoso bosque, mana cristalina fuente. Aquí habitan las xanas, ninfas como de un codo de altura, de singular belleza y de esbeltez extraordinaria..... En las noches serenas y apacibles salen, ora á peinar con peines de oro su blonda cabellera, ora á devanar madejas misteriosas para engarzar perlas, ora á lavar sus ropas levísimas y blancas como la nieve.» (*B. Acevedo y Huelves.—Mitología Asturiana.—Las Xanas. III.*)

(9) Esta poesía fué escrita por invitacion del excelentísimo Sr. D. Antonio Romero Ortiz, presidente de la comision organizadora de los festejos del segundo Centenario de D. Pedro Calderon de la Barca, y fué incluida en el *Album Calderoriano*, publicado por la casa Gaspar, editores. (Pág. 8.)

(10) La palabra *saudade* es una voz portuguesa que no tiene correspondencia exacta en castellano. De manera aproximada solamente, podría interpretarse por recuerdo vago, tierno y melancólico á la vez; en francés podría traducirse *regret*, aunque no corresponde muy exactamente. Nuestro dialecto gallego tiene esta misma palabra con significado análogo, aunque en lo general se usa más bien para expresar el sentimiento de melancolía que en la ausencia experimenta el alejado de su patria. Entre nosotros algunos escritores reputados han usado ya esta palabra; pueden contarse en este número á D. Patricio de la Escosura y á D. Leopoldo Augusto de Cueto.

INDICE.

	<u>Pgs.</u>
PRÓLOGO.....	v
PENUMBRA.....	33

LIBRO PRIMERO.

SOMBRAS.

<i>A la memoria de la señora doña Joaquina Ascujó.....</i>	39
El Consejo de Job.....	41
La nave.....	44
El Cartujo.....	45
Nubes y olas.....	50
Sin fondo.....	51
El ciprés y el sáuce.....	53
Gólgota.....	55
Soledad.....	58
Clamavi.....	59
La gran trilogía.....	61
Ultratumba.....	67
Excepticismo.....	71
La estatua de sal.....	74
Esclavitud.....	75
La vida es el dolor.....	79
¡Esto marcha!.....	81

	Pgs.
PARED POR MEDIO (poema).	
Canto I.— <i>Al lado y léjos</i>	87
Canto II.— <i>El principio de una comedia</i>	90
Canto III.— <i>Ignoto Deo</i>	94
Canto IV.— <i>El final de un drama</i>	100
Canto V.— <i>Ni en la tumba</i>	106
La casa cerrada	112

LIBRO SEGUNDO.

ALBORES.

<i>A D. Gregorio Blanco</i>	119
La veta blanca.....	121
La ola.....	124
Prometeo.....	128
Eleccion.....	130
Aspasia.....	131
Arminda.....	137
El tiempo.....	141
In illo témpore.....	146
LA CLAVELLINA AZUL (poema).	
Canto I.— <i>Las flores pasan</i>	149
Canto II.— <i>Las hojas se marchitan</i>	152
Canto III.— <i>Invierno</i>	155
Canto IV.— <i>Primavera</i>	158
Canto V.— <i>Las flores vuelven</i>	162
Ambrosio y Bernardo.....	164
A la Abolicion de la Esclavitud (oda).....	169
Caída.....	174
NOSTALGIA (poema).	
Canto I.— <i>Orgia</i>	177
Canto II.— <i>Historia de un alma</i>	181
Canto III.— <i>Más allá</i>	186
A Calderon.....	189
Los dos desterrados.....	197

	<u>Pgs.</u>
LOS DOS INFINITOS.	
Canto I.— <i>El canto de un niño</i>	201
Canto II.— <i>De profundis ad altum</i>	203
Canto III.— <i>La gota de agua</i>	208
¡Adios á la barca!.....	211

LIBRO TERCERO.

SAUDADES.

<i>A una mujer</i>	217
De la tierra al cielo.....	219
A Ella.....	223
¡Adúltera!.....	225
Declaracion.....	228
Sus ojos.....	229
Amor.....	232
Gravedad.....	233
¡Palabras!.....	235
Huracan.....	237
Odio y olvido.....	239
El beso.....	243
Siempre viva.....	246
Un mármol.....	247
Espejismo.....	250
Errores.....	251
Collar de perlas.....	253
Reflejos.....	255
La flor en el libro.....	256
Ausencia.....	257
Las dos maldiciones.....	259
El lago.....	260
Estela.....	261
Las bodas del cielo.....	262
Saudades.....	263
NOTAS.....	267

ERRATAS.

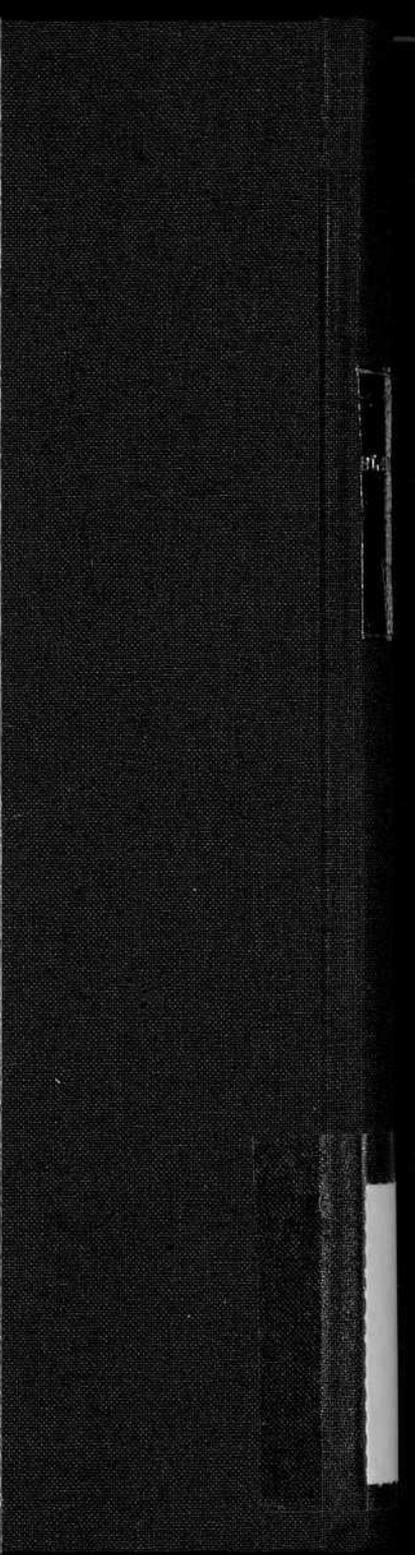


Pág.	Línea.	Dice.	Debe decir.
XXIII	32	ya la hemos dicho.	ya lo hemos dicho.
34	8	sobrevió al creyente,	sobrevivió al creyente.
113	4	más que verdad tenía	mas qué verdad tenía.
123	3	de que se halla lleno	de que me hallo lleno.
137	8	De tu noble pecho	En tu noble pecho.
138	20	de donçella;	de doncella;
272	24	Calderoriano.	Calderoniano.









BLANCO-ASEN
PENOMBRA

G 16286